Tamara Marín



LA VENGANZA perfecta o no

La venganza perfecta o no

Tamara Marín

La venganza perfecta o no

Mayo 2025

© de la obra Tamara Marín

tamaramarin0403@gmail.com

Instagram: @tamaramarin04

Twitter:@tamaramarin04

Facebook: Tamara Marín

Edita: Rubric

www.rubric.es

C/ María Díaz de Haro, 13 1ºa

48920 Portugalete

944 06 37 46

ISBN: 979-13-990123-3-0

Corrección: Rubric.

Ilustración y diseño de cubierta, diseño interior y maquetación:

Nerea Pérez Expósito de www.imagina-designs.com

No se permitirá la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de su autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Para todas las personas que alguna vez
han necesitado perderse para encontrarse.
.

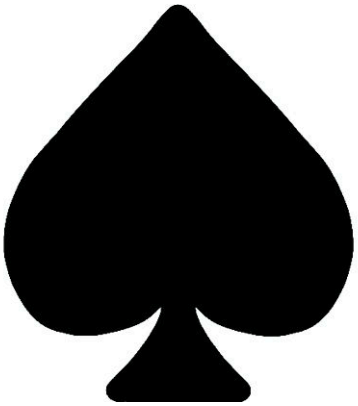
ÍNDICE

Primera parte
- 1. Hoy tengo una cita
- 2. Mi abuela
- 3. La venganza perfecta
- 4. Si él me dice ven, lo dejo todo
- 5. No se le ha pasado nunca
- 6. Eso ya lo veremos
- 7. Me estaba haciendo ilusiones y me estaban quedando preciosas
- 8. Culpable
- 9. Lo malo de las puñeteras expectativas
- 10. Una cita desastrosa
- 11. Un montón de despropósitos
- 12. Vas a saber quién es tu abuela
- 13. Cumplir sueños
- 14. Estaba jodido
- 15. Conectar con dos hombres
- 16. Ten cuidado con lo que deseas porque puede hacerse realidad
- 17. Rodeada de amigas
- 18. La peor cita
- 19. Aquello no tenía vuelta atrás
- 20. La primera vez que me rompían el corazón
- 21. Como si la vida fuera así de fácil
- 22. Solo tengo una condición
- 23. Amor a primera vista
- 24. Perderlos
- 25. Soltar la bomba

Segunda parte
- 26. Mi vida en Londres
- 27. Mejor una copa de vino
- 28. Debía de haber hecho algo muy malo en otra vida
- 29. Un vuelo de ida

30. Volver a verlo
31. De un humor pésimo
32. Un café juntos
33. ¿Amigos?
34. Del amor de mi vida a Satanás y después solo Enzo
35. No lo intentes, hazlo
36. ¿¡Cómo voy a hacer algo así!?
37. De vuelta a casa
38. Disfrutar de que estamos aquí
39. Claro que quería
40. Aquello no era una cita
41. ¿Estás bien?
42. ¿Me había vuelto idiota?
43. El alma otra vez hecha añicos
44. No había sido la mejor de mis ideas
45. Yo lo quiero a él
46. Con eso me vale
47. Nuestra historia de amor
Epílogo
Nota de autora
Agradecimientos
Música
Otras obras de Tamara Marín

Primera parte



1. Hoy tengo una cita

Carol

Llevar toda la vida enamorada del mismo tío era una mierda. Pero es que, además, resultar invisible para dicho hombre complicaba aún más las cosas. Imaginé que con el paso del tiempo, y a medida que transcurrieran los años, terminaría acostumbrándome al hecho de que él continuara ignorándome. Sin embargo, parecía que estaba sucediendo todo lo contrario.

Sacudí la cabeza, porque siempre que tenía dos minutos libres terminaba pensando en él. Aceleré el paso, pues ya había salido tarde del trabajo y si continuaba así me retrasaría aún más.

Abrí la puerta y antes de cerrarla ya recibí el saludo de mi hermano.

—¡Hola, Carol! Llegas tarde, para variar. —Entendí la coletilla que añadió porque yo llevaba semanas trabajando más de la cuenta.

—Lo sé, y ya puedo darme prisa si quiero llegar a la cita que tengo esta noche —dije a la vez que dejaba las cosas en el perchero y caminaba hacia mi habitación.

—¿Una cita? —La cabeza de David, el cotilla de mi hermano, apareció por la puerta del salón.

—Tampoco hace falta que me mires así —me quejé.

—Es que tú no tienes citas.

—No, claro; yo soy de piedra, ¡no te jode!

Mi respuesta fue firme. Sin embargo, no acabé de entender esa firmeza, porque David tenía razón: hacía demasiado tiempo que no salía con nadie y el motivo no era otro que el que os he comentado al principio.

Enzo era un amigo de mi hermano (todo un cliché, sí) y lo conocía desde hacía años. Ni siquiera recuerdo el momento exacto en el que empezó a gustarme, lo que sí sabía era que de aquello hacía mucho tiempo. El problema consistía —uno entre unos cuantos — en que nunca parecía ser el momento adecuado.

Primero esperé porque él era un poco mayor que yo y tenía demasiado éxito con las chicas como para fijarse en mí. Así pasé toda mi adolescencia, contemplándolo como se mira algo que sabes que no vas a tener, por más que lo desees. Cuando empezó a salir con Carla continué esperando porque entendía que tarde o temprano acabaría dejándola, como había hecho con el resto. Cuando Carla y él se casaron pasé unos años en los que dejé de esperar. Aquello fue un golpe muy duro, pues sabía que, por mucho que una parte de mí se resistiera, debía sacarlo de mi cabeza de una vez.

Durante aquel tiempo salí con Sergio y fue la primera relación seria que tuve. Jamás intenté engañarme, ya que no sentía por aquel chico ni una cuarta parte de lo que Enzo despertaba en mí; pero, tal y como dije, fue un periodo en el que intentaba sacarlo de mi cabeza. Sabía que estaba mal utilizar a otra persona, aunque por aquel entonces no me dio la sensación de que fuera así, simplemente encontré normal tener una relación con alguien por primera vez en mi vida —ya tocaba—.

Hasta que me enteré de que Enzo se había divorciado y, a pesar, de que me resistí, terminé dejando a Sergio para ver si tenía una oportunidad con él. Lo sé, me porté como una persona horrible, pero si os cuento todo esto es para que entendáis hasta qué punto estaba enamorada de él. Por supuesto, esa oportunidad no llegó, porque ya había pasado un año del divorcio y Enzo se había comportado conmigo de la misma manera que lo hizo siempre: como con la hermana pequeña de un amigo.

Así que, como comprenderéis, ya me había cansado de esperar. Por eso, cuando aquel día Sebas me invitó a ir a cenar y al cine, acepté. Lo malo era que Sebas también fue amigo de mi hermano, pero entre ellos había pasado algo —que yo desconocía— y habían dejado de hablarse, por eso estaba casi segura de que a David no le haría demasiada gracia que saliera con él.

—Ya sé que no, pero es que ni siquiera me acuerdo de la última vez que saliste con alguien —gritó a través del pasillo.

—Perdona, pero no sabía que estaba hablando con el rey de las citas —contraataqué volviendo sobre mis pasos.

—No, claro que no. Pero es que no soy yo quien tiene una, así que no desvíes el tema. ¿Quién es y dónde vas?

—David, si me pongo a hablar contigo terminaré llegando tarde.

—No me jodas, Carol. ¿Llevas casi un año sin salir con nadie y no piensas contármelo? —casi suplicó.

En realidad, llevaba once meses. Que era el tiempo que hacía que había dejado a Sergio. Decidí no alargar más aquello porque sabía que tarde o temprano iba a contárselo a mi hermano.

—He quedado con Sebas —solté con rapidez.

—¿Con qué Sebas? —preguntó alzando una ceja.

—Con el único Sebas que conocemos los dos.

—¡Vamos, que no hay más tíos en el mundo, que tienes que salir con él! —David había alzado la voz y yo estaba empezando a cabrearme.

—Creo que ya soy lo suficientemente mayorcita como para salir con quien me dé la gana.

—Me importa muy poco con quién salgas, pero no quiero que lo hagas con él —protestó.

—Si supiera la razón por la que dejasteis de hablaros, tal vez…

—No es una cosa que me incumba a mí y no soy quién para contártelo.

—Perfecto. Entonces, esta noche tengo una cita —bramé encerrándome en el baño y dando un fuerte portazo para darle más dramatismo.

Sí, yo era de ese tipo de personas: cuanto más me prohibían algo, más lo quería. Supongo que por eso llevaba tantos años enamorada de un tío que no me hacía el menor caso.

2. Mi abuela

Enzo

Quedar los viernes a cenar en casa de David se había convertido en una especie de tradición. Por eso pasé un momento por mi casa para darme una ducha rápida antes de irme para allá; total, desplazarme no me llevaría más que unos cuantos segundos.

—¿Eres tú, bonico?

—Sí, abuela. —Estuve a punto de añadir que quién leches quería que fuera, si era yo el único que vivía con ella… Pero entonces recordé que la hermana de David tenía copia de las llaves y me callé.

Y, por si no os lo he dicho, David y su hermana vivían en el mismo edificio que yo por aquel entonces. Bueno, por aquel entonces y, al paso que iba, parecía que para toda la vida. Porque cuando sucedió lo de Carla decidí dejar el piso de alquiler que no podía permitirme yo solo y, por más que busqué, no encontré nada que pudiera pagar sin tener que compartir espacio con desconocidos. Así que un día que fui a ver a mi abuela me dijo que antes de compartir piso con extraños lo hiciera con ella, que además iba a salirme gratis. Y lo que en un principio me pareció una idea descabellada empezó a parecérmelo menos a medida que iba viendo pisos y a las personas con las que me tocaría convivir.

A mi favor diré que el tiempo tampoco jugaba a mi favor y que tuve que tomar la decisión deprisa y corriendo. Por eso cuando mi madre me ofreció irme a vivir con el resto de la familia, algo que tampoco era demasiado viable, pues residían en la otra punta del país, le aseguré que ya le había dicho a la abuela que me iba con ella. Mi madre pareció respirar más tranquila, mi abuela se puso loca de contenta y yo solo quería que aquella pesadilla terminara, pues mi vida había cambiado tanto en tan poco tiempo que deseaba que solo se tratara de un mal sueño. Pero, claro, no tuve esa suerte.

Llegué a la cocina, donde sabía que encontraría a mi abuela. Era donde pasaba la mayor parte del tiempo, ya que pensaba que, en lugar de ser dos comiendo en aquella casa, éramos un equipo de fútbol entero.

—Hola, abuela. ¿Qué haces? —pregunté sin pensar.

—Corriendo una maratón, no te jode. ¿Tú qué crees?

—Me refería a qué estabas cocinando.

—Pues habla con propiedad, muchacho.

Por mucho que mi abuela, por aquel entonces, se dedicara a cocinar, no os engañéis pensando que era la típica abuelita de pelo blanco y moño que cosía y se pasaba el día en casa esperando mi llegada. Mi abuela cocinaba porque le encantaba, pero ahí acababan sus gustos por las labores domésticas. Así que su condición al irme a vivir a su casa fue que ella cocinaba a cambio de que yo hiciera todo lo demás. Si creéis que salió ganando con aquel trato es que no tenéis ni idea de cómo cocina mi querida abuela.

Ella era posiblemente a la persona que más admiraba en este mundo. Fue maestra de Historia toda su vida, estudió una carrera cuando lo normal para las mujeres de su época era tener solo los estudios básicos y a veces ni eso. Y tampoco imaginéis que sus padres se lo pusieron fácil. Le hicieron dejar los estudios en cuanto creyeron que ya había aprendido lo necesario para llevar una casa, así que, cuando se casó, robaba horas de sueño para poder estudiar y terminar una carrera en la que ella era la única mujer matriculada. Creedme cuando os digo que sus compañeros y profesores no la ayudaron en absoluto. Con todo, logró acabarla sin tener que repetir ni una sola asignatura.

Cuando finalmente encontró un lugar en el que trabajar y parecía que la vida le sonreía, mi abuelo murió dejándola sola con una niña que apenas había cumplido los tres años y que ella sola, sin la ayuda de nadie, tuvo que sacar adelante.

Sí, definitivamente mi abuela era digna de admirar.

—Eso huele de maravilla —dije acercándome a ella y dándole un beso en la sien.

—Estoy haciendo una tortilla de patata y una empanada para que te la lleves a casa de David, que hoy os toca cena y a Carol le

encanta mi tortilla.

—Abuela, no deberías mimarnos tanto —protesté con la boca pequeña.

—Si no lo hago con vosotros, ¿con quién quieres que lo haga?

—No, si yo estoy encantado, claro.

—Pues entonces deja de quejarte —dijo medio en broma, y yo decidí cambiar de tema.

—Voy a darme una ducha y ahora vuelvo. ¿Vas a salir?

—Sí. En cuanto acabe con esto, me ducho y me voy, que he quedado con las chicas —aclaró de carrerilla.

Las chicas eran Marga y Sole, sus amigas de toda la vida. La más joven tenía unos sesenta y tres años. Ya me había acostumbrado, pero al principio me resultaba gracioso que se llamaran «chicas». A mi abuela no le hacía ni pizca de gracia, pues, la primera vez que me reí al oírlo, ella me mató con la mirada. Nunca más volví ni siquiera a sonreír ante su manera de llamarse.

Salimos juntos de casa, ella para irse a cenar fuera y yo cargado con todo lo que me había preparado.

—Pásalo genial —dije sin girarme para no perder el equilibrio. Solo faltaba que se me cayera algo al suelo.

—Tú también, y dales un beso a David y a Carol.

—Claro, abuela. —Obvié decirle que no pensaba hacerlo ni con David y mucho menos con Carol, aquello quedaría rarísimo.

Subí un par de tramos de escalera y llamé al timbre como pude, pues llevaba las manos ocupadas.

—¡Dios! No quiero hacerme ilusiones, pero dime que ahí traes una tortilla que ha hecho tu abuela. —Fue lo primero que me dijo David.

—Tus deseos son órdenes —respondí sonriendo.

—¡No me jodas!, ¿hay tortilla de patata de la abuela? —gritó una voz masculina desde dentro.

Torcí un poco el gesto porque supe de quién era, y que conste que no lo hice porque me cayera mal ni nada por el estilo. Óscar era mi amigo, pero mi pensamiento era cenar e irme pronto a dormir, cosa que con él de por medio sería prácticamente imposible.

Dejé todas las cosas en la cocina antes de saludar a nadie.

—No sabía que venías hoy —dije acercándome a Óscar.

—He venido a amenizar la cena, que vosotros sin mí sois unos aburridos.

—Yo tengo que irme a dormir pronto, mañana madrugo —puse el escudo antes de que llegara la flecha. Para que quedara claro que no pensaba dejarme enredar.

—No seas aguafiestas, que madrugamos todos; porque, que yo sepa, ninguno vivimos de rentas. —Eso venía a ser lo mismo que decir que aquella noche nos liábamos.

Justo cuando estaba a punto de contestarle, salió Carol de su cuarto y Óscar clavó sus ojos en ella soltando un prolongado silbido. Él siempre hacía aquel tipo de cosas con Carol, así que no le di ninguna importancia. Sin embargo, cuando me fijé bien en ella, me sorprendió el aspecto que presentaba, pues normalmente solía ir con ropa de estar por casa y si alguna vez salía no lo hacía tan elegante como iba aquella noche.

—Imagino que ese despliegue se debe a que tienes una cita… —comentó Óscar.

—Quizá me he perdido algo, pero me parece que no tengo que darte ninguna explicación sobre con quién me acuesto y con quién no.

—¡Vaya! Así que va a haber sexo —ronroneó Óscar, y a mí me entraron ganas de darle una colleja.

—Eso tampoco te importa. De verdad que eres insoportable —soltó Carol acompañando la frase de un suspiro.

—Por eso te gusto tanto.

A Carol se le escapó una sonrisa. Siempre era así, había veces que el coqueteo entre aquellos dos resultaba tan descarado que me extrañaba sobremanera que no se hubieran acostado ya.

—Me marcho, pasadlo bien.

—¡No será lo mismo sin ti, pero lo intentaremos! —gritó Óscar mientras Carol desaparecía por el pasillo.

La hermana de David nos acompañaba muchas noches, casi se había convertido en uno más. Aunque de tanto en tanto también estaba bien quedarnos nosotros tres solos.

Por aquel entonces no era consciente de aquello, pero esa noche habría sido mucho mejor que ella se hubiera quedado.

3. La venganza perfecta

Enzo

Óscar se tocaba la barriga mientras miraba los platos vacíos. La verdad era que nos habíamos puesto finos. Acabamos con todo lo que había preparado mi abuela y, además, con dos botellas de vino.

—Mi abuela va a matarme cuando se entere de que no le hemos guardado nada a Carol —dije sabiendo que la hermana de David era la debilidad de mi abuela.

—Que no se hubiera ido —gruñó Óscar.

—No te preocupes; antes de sacarla, le he guardado un trozo de tortilla y otro de empanada en la nevera —añadió David, y yo casi suspiré aliviado.

Las copas de vino empezaban a hacer su efecto, por eso cuando David sacó los *gin-tonics* yo estaba ya achispado y al servirme el segundo iba bastante borracho.

Que conste que no era una excusa para todo lo que sucedió, pero estoy convencido de que, si no hubiera bebido tanto, las cosas habrían transcurrido de manera muy distinta.

—Tu hermana está tardando mucho, ¿no? —preguntó Óscar, tras lo cual yo puse los ojos en blanco.

—Mi hermana ya es mayorcita para volver a la hora que quiera o para pasar la noche fuera si eso es lo que le apetece —respondió David molesto.

—Por cierto, ¿con quién ha quedado?

—Pero ¿a ti qué te importa? —intervine yo, porque Óscar se estaba pasando.

—La verdad es que podría decir que no es asunto vuestro, aunque estaría mintiendo. —Cuando David clavó sus ojos en mí, una sensación extraña recorrió mi espalda—. Carol ha quedado con Sebas.

—¿Qué Sebas? —susurré bajito, como si me diera miedo la respuesta.

—El único Sebas que conocemos.

Me levanté de golpe de la silla y me dirigí a la cocina. A pesar de que era muy consciente de que ya había bebido bastante, necesitaba otra copa.

Me llegó el cuchicheo de David y Óscar, pero no oí lo que decían. Cuando serví las tres copas, apoyé mis manos en el mármol y respiré hondo. ¡Mierda! Sería que no había tíos en el mundo para que Carol tuviera que salir con Sebas.

A partir de aquel momento todo se me fue de las manos, supongo que debido al alcohol, o por lo menos eso era lo que quería pensar.

—Tenemos que hacer algo, no podemos dejar que Carol salga con él. —Óscar arrastraba las palabras.

—¿Y qué quieres que haga? No puedo decirle a mi hermana con quién debe salir y con quién no —se defendió David.

—Propongo meternos en medio de esa relación —terció Óscar.

—Carol no saldría contigo. Eres consciente de eso, ¿verdad?

—Conmigo no, pero con Enzo sí, y de paso él se la devuelve a Sebas. Es la venganza perfecta, no digáis que no.

—No voy a permitir que juguéis así con mi hermana. —David se había puesto muy serio.

—El que está jugando con Carol es Sebas, parece mentira que no lo conozcas y que no hayas deducido por qué la ha elegido a ella.

—No voy a decir que no me seduzca la idea de hacerle algo así a Sebas, pero Carol no va a querer salir conmigo y yo… yo no siento nada por ella y no puedo hacerle eso —dije, y me sorprendió acabar una frase tan larga sin que la lengua se me trabara.

—¿Ves? No puede —afirmó David mirando a Óscar.

—No es que no pueda, es que Sebas lo anula como hombre y no se atreve por miedo a volver a perder.

Nadie entenderá nunca lo que aquellas palabras me dolieron. Tanto me afectaron que hice algo que jamás creí capaz de hacer —el alcohol también tuvo algo que ver, estoy convencido—.

—Me juego lo que quieras a que logro que Carol deje a Sebas para salir conmigo —sentencié con mucha más seguridad de la que sentía.

—¡Pero vamos a ver! —bramó David levantándose de la silla y tambaleándose ligeramente. Estaba claro que yo no era el único que había bebido más de la cuenta—. Que estáis hablando de mi hermana.

—Precisamente porque es tu hermana y la quieres no puedes dejar que salga con Sebas —agregó Óscar. Yo estaba seguro de que, si David hubiera estado en posesión de todas sus facultades, no habría aceptado algo como aquello. Lo malo fue que no lo estaba.

—Acepto la apuesta —intervine casi sin pensármelo.

—Pero vamos a hacerlo más interesante. Vamos a jugárnoslo a las cartas —propuso Óscar. Yo no tenía la certeza de ser capaz de jugar a nada, pero estaba convencido de que ellos tampoco—. Si ganas tú, Enzo, te metes en medio de la relación o de lo que sea que Carol tiene con Sebas, pero si gana David la dejas en paz y nos olvidamos del tema.

—Pero ¿cómo he terminado yo metido en medio de toda esta mierda? —se quejó David.

—Es tu hermana, tiene más gracia si juegas tú, además de que yo no tengo claro qué prefiero que pase —farfulló Óscar.

—Venga, pues que así sea —acepté.

—Tíos, yo no lo veo. Me da que mi hermana va a ser la que salga mal parada de todo esto.

—¿Y crees que si sigue con Sebas no acabará mal? —preguntó Óscar.

David se encogió de hombros y supe que estaba bastante borracho. Me lo confirmó que aceptara las cartas cuando Óscar las repartió. Tenía el convencimiento de que David me daría una paliza, yo no era muy bueno jugando a las cartas. Si a eso le sumamos lo perjudicado que estaba por todo lo que había bebido, dudaba que diera pie con bola. Sin embargo, la suerte debía de estar de mi parte —llamémosla suerte, o podemos decir que David estaba como una cuba—. Con todo, cuando Óscar se puso a gritar y a felicitarme por haber ganado yo, tuve la extraña sensación de que todo aquello no iba a hacerle ningún bien a nadie.

Continuamos hablando un poco más —por lo menos Óscar y yo, porque David vocalizaba regular— y después me fui a dormir a mi

casa. No pude hacerlo en la de mi amigo porque Óscar iba tan borracho que cayó medio inconsciente en el sofá de David.

Cuando logré meterme en la cama supe que lo que había aceptado aquella noche no estaba bien y que, si a la mañana siguiente me echaba para atrás, no pasaría nada, incluso sería lo adecuado. Pero no iba a hacerlo. La idea de poder devolvérsela a Sebas me atraía más que cualquier otra cosa en el mundo. De hecho, aquella situación, tal y como había dicho Óscar, era la venganza perfecta.

4. Si él me dice ven, lo dejo todo

Carol

Llegué cinco minutos tarde al restaurante donde había quedado con Sebas. No estaba especialmente nerviosa, pues lo conocía bastante bien. Enzo, Óscar, Sebas y mi hermano habían sido inseparables desde el instituto, lo hacían todo juntos. Supongo que por eso no entendí qué fue lo que sucedió con él para que se separaran de aquella manera, estaba claro que no se trataba de una simple tontería. Pero mi hermano no soltaba prenda y Óscar y Enzo cambiaban de tema cuando yo les preguntaba. Hasta que me cansé y dejé de hacerlo.

Yo había empezado a coincidir con Sebas en la cafetería a la que iba en el descanso del trabajo y llevábamos meses tomando el café juntos. Por eso aquella cita no me alteró lo más mínimo, aunque he de reconocer que me sorprendió que me propusiera ir a cenar, pues en ningún momento noté que yo le gustara para quedar. Simplemente me dio la sensación de que éramos dos amigos compartiendo un café en el tiempo de descanso.

De lo que sí me di cuenta fue de que tal vez me había venido arriba eligiendo vestido y maquillaje, pero hacía tanto que no tenía una cita…

En fin, que no le di más vueltas y caminé hacia la mesa donde Sebas me esperaba.

—Vaya, estás preciosa —dijo al verme, y yo ratifiqué lo que ya sabía: me había pasado.

—Gracias —respondí apurada—. ¿Hace mucho que esperas?

—No, qué va. Acabo de llegar.

Durante los siguientes minutos Sebas y yo elegimos lo que queríamos para cenar. Cuando el camarero nos tomó nota, conversábamos sobre temas laborales. Cada uno trabajaba en un instituto diferente y, aunque nuestros puestos no tenían nada que ver, era un punto en común que solíamos explotar bastante.

—Bueno, ya está bien de hablar de trabajo. Cuéntame cosas sobre ti —me pidió, y yo me quedé en blanco—. Quiero decir que cuando coincidimos en la cafetería también hablamos de trabajo…

—Sebas, no sé qué quieres que te cuente de mí que no sepas, nos conocemos desde hace un montón de años…

—No, yo conocí a la hermana de David, ahora quiero conocer a Carol. —Aquel comentario me gustó, aunque no pude evitar preguntarme por qué a Enzo no le pasaba eso también. Sacudí la cabeza en un intento de sacarlo de ahí, ya que no debería ocupar mis pensamientos, por lo menos mientras estaba con otro.

Debía reconocer que la cena estuvo bien, mucho mejor de lo que creí en un principio, pues Sebas me mostró una parte de él que había sido desconocida para mí hasta el momento. Incluso tonteamos, mucho. Tanto que cuando llegamos a mi portal ni siquiera nos planteamos no besarnos. Y, para terminar de redondear aquella cita, fue un beso estupendo.

Aquella noche me fui a dormir con una estúpida sonrisa en la cara. Hacía tiempo que no me sentía así y pensaba disfrutarlo.

La felicidad me duró hasta la mañana siguiente, cuando me levanté y vi cómo estaban la cocina y el salón. Mi cuarto quedaba a la entrada, por eso al llegar la noche anterior no vi más partes de la casa. Me encontré a mi hermano y a Óscar en calzoncillos, con un par de tazas de café frente a ellos y con cara de tener una señora resaca.

—Veo que no os puedo dejar solos, ¿eh?

—Dile a tu hermana que deje de gritar —susurró Óscar.

—Creo que no está gritando —respondió David, y yo sonreí.

—Joder —exclamó Óscar bajito y llevándose las manos a la cara.

—Voy a ir a ver a Olga, que seguro que ha hecho uno de esos bizcochos que tanto me gustan y, desde luego, será mucho mejor compañía que vosotros dos.

Ni siquiera me respondieron, así que me puse unas zapatillas —sí, soy de esas a las que les encanta ir descalza por casa—, cogí las llaves al salir y me fui a casa de Olga.

Hacía años que entre mi vecina y yo se había establecido una amistad que no tenía en cuenta los años que nos separaban ni lo diferentes que éramos.

Una de las cosas que más me gustaban en el mundo era tomarme el café con ella, en su terracita, rodeada de olor a jazmín y albahaca. Una maravilla.

—Ya tengo puesta la mesa, vamos —dijo nada más abrir la puerta.

La seguí hasta llegar a la terraza y en cuanto puse un pie en ella inspiré profundamente. La paz que podía dar un olor determinado.

Observé la mesa perfectamente puesta, con un par de tazas, mermeladas, pan recién hecho, el bizcocho que tanto me gustaba y la cafetera que despendía un maravilloso olor a café.

—Esto es un lujo —murmuré.

—Y que lo digas —añadió Olga apartando su silla, ya que siempre nos sentábamos en el mismo sitio.

Los silencios con ella no eran como con el resto de las personas, no nos hacía falta hablar para sentirnos cómodas. Por eso desayunábamos así, en el más absoluto silencio, solo roto por el sonido de los vasos y los cubiertos.

—Anoche tuve una cita —dije dándole el último trago a mi café.

—Vaya, eso sí es una sorpresa. ¿Qué tal fue?

—Bastante bien.

—Lo dices como si parecieras sorprendida.

—Es que lo estoy. No sé, no creí que fuera a sentirme así.

—¿Así cómo?

—Atraída, ilusionada… No sé.

—La juventud tenéis una manía de no explicar bien las cosas… —se quejó Olga.

—Lo dices tú, que te refieres a todo con «pásame eso» o «aquel cacharro de allí». —Olga sonrió ante mi comentario, sabía que no me faltaba razón.

—Pero es que, si decidiste quedar con él, no comprendo que estés sorprendida porque te guste.

—Es que ya lo conocía de antes y nunca sentí por él… nada.

—Ah, vale, ya entiendo…

Sin embargo, nunca supe lo que Olga entendía porque Enzo eligió aquel momento para aparecer en la terraza. Tenía exactamente la misma pinta que Óscar y que mi hermano.

—Anoche se os fue un poquito de las manos, ¿eh? —dije levantando la cabeza para mirarlo.

—Un poquito, sí.

Enzo se sentó frente a mí, se puso una taza de café que llenó hasta arriba y cogió un buen pedazo de bizcocho. Intenté despegar los ojos de él y de cada uno de sus movimientos, pero fracasé estrepitosamente. Que no llevara puesta una camiseta tampoco ayudaba a mi propósito. Recorrí con la mirada sus antebrazos y fui subiendo hasta llegar a sus… El carraspeo de Olga logró sacarme de mi estado de embriaguez visual.

—Continúa, Carol, me estabas comentando lo bien que te fue ayer con tu cita —me apremió Olga. Quise gritarle que no iba a mantener aquella conversación con Enzo delante, pero luego recordé que yo tuve que asistir a su boda y se me pasó.

—Bueno, pues es que ese sería el resumen: me fue bien, muy bien. —Sonreí mirándola solo a ella.

—Es un buen resumen, sí, pero te has quedado para ti todos los detalles.

—Si es que tampoco hay mucho que decir: cenamos, lo pasamos bien y nos besamos en el portal —solté de carrerilla.

Enzo se atragantó con el bizcocho y tuve que darle unas palmadas en la espalda. No os lo he dicho, pero me encanta la espalda de Enzo. ¿Mantuve la mano más tiempo del necesario en ella? Sí, lo hice.

—¿Estás bien? —pregunté cuando dejó de toser.

—Sí, se me ha ido el bizcocho por otro lado.

—Bueno, pues si ha ido así de bien supongo que volverás a quedar con él, ¿no? —Me sorprendió porque Olga no solía ser tan insistente con mi vida privada, quizá se tratara de que yo no tenía de eso.

—No hemos quedado en nada, pero esta mañana me ha enviado un mensaje y el lunes nos vemos a la hora del descanso. Trabajamos

bastante cerca y nos hemos estado tomando el café juntos desde hace meses.

—Ah, por eso decías que lo conocías —añadió Olga.

Iba a decirle que no, que con quien había salido era con Sebas y que ella también lo conocía; sin embargo, no pude porque Enzo se levantó de golpe de la silla y dirigió su mirada hacia mí.

—Carol, ¿puedes acompañarme un momento?

Yo miré a Olga, ni siquiera sé por qué, pero ella se levantó sin soltar palabra y yo también lo hice, más por imitación que por otra cosa. Giré la mirada hacia Enzo y seguí la dirección que me marcó con un simple gesto de cabeza.

Sí, esa era yo. Podía tener las citas que quisiera, pero, si él me decía ven, yo lo dejaba todo.

5. No se le ha pasado nunca

Enzo

No quería continuar oyendo a Carol hablar de él. No se trataba de celos ni de nada por el estilo, yo no sentía nada por ella más allá de la amistad que nos unía por ser la hermana de mi mejor amigo. Pero Sebas… Sebas era otra historia.

Tenía que pensar rápido y sobre todo debía acallar a mi conciencia, que me gritaba que sacara a Carol de mi habitación, la enviara de vuelta a su casa y la dejara en paz. Sin embargo, no hice nada de eso.

No podía proponerle a Carol una cita, sería demasiado extraño y ni siquiera ella se lo creería. Así que rebusqué en mi cabeza intentando dar con algo que nos hiciera pasar tiempo juntos, pero sin que llegara a ser una cita.

—¿Te ocurre algo? Estás muy raro —preguntó alzando una ceja. Yo no quería saber el aspecto que presentaba, entre la resaca y mi cabeza intentado ahogar a mi conciencia.

—No, nada. Es que… quería pedirte un favor. —De pronto la idea llegó a mí como por arte de magia.

—Sí, claro. Si puedo, cuenta conmigo. —La miré parpadeando un par de veces. Siempre me sorprendía que Carol estuviera dispuesta a ayudarme sin condiciones ni dobleces.

—Tengo que ir a un evento que monta la empresa y es preferible llevar pareja. Me preguntaba si tú querrías acompañarme.

—¿Yo? —Fue su turno de parpadear y parecer confusa.

No tenía la menor idea de hacia dónde iba ni qué pasos seguir. ¿Pensaba meterla en mi cama solo para vengarme de él? ¿Iba a ser capaz de utilizar a Carol como daño colateral? ¿Debía dar un paso más? Sabía que tendría que hacerlo porque, si solo le pedía que me acompañara a aquel tipo de eventos, ella podría continuar saliendo con él y nada tendría sentido. ¿Sería capaz de hacerlo? La realidad era que yo ni me acordaba ya de la apuesta que había hecho con

Óscar la noche anterior. Aquello solo sirvió para fijar un objetivo en mi cabeza: joder a Sebas. Y si tenía que utilizar a Carol para hacerlo, estaba dispuesto a asumir las consecuencias.

—Me pareces la persona perfecta: me conoces lo suficiente como para hacerte pasar por mi pareja, nos llevamos bien… Tampoco te creas que vamos a tener que fingir demasiado. Mi empresa tiene un montón de trabajadores, nadie se va a fijar en nosotros. —Tengo que matizar que aquello lo dije creyéndolo sinceramente—. Ya sé que te deberé un favor y que será aburrido, pero…

—Está bien, no hay problema, te acompaño —respondió sin perder la sonrisa.

—¿De verdad? —Había sido más fácil de lo que creía.

—Claro, no me cuesta nada.

—Genial. Gracias.

—¿Tengo que vestirme de algún modo en concreto?

—Con un vestido, supongo —dije por decir, porque no tenía ni la menor idea.

—Vale, ya encontraré algo, no te preocupes.

Se hizo un silencio incómodo, pues yo había dicho todo lo que le quería decir y ella no se movía. Ni yo tampoco, todo sea dicho.

—Voy a ayudar a tu abuela en la cocina —soltó Carol de pronto.

—Sí, sí.

Ella salió de mi habitación y yo suspiré hondo. No pude evitar sonreír, la cosa había salido bastante bien. El plan para vengarme de Sebas estaba en marcha y me daba la sensación de que acababa de marcarle un gol.

Cuando finalmente salí de mi cuarto, Carol ya se había marchado a su casa y mi abuela se metió en la ducha porque había quedado con no sé quién.

Cinco minutos después de que mi abuela cerrara la puerta para marcharse sonó el timbre. David entró como un vendaval sin siquiera saludar.

—¡Esto no está bien! —bramó enfadado.

—Define «esto».

—No te hagas el idiota conmigo. Vas a hacerle daño a mi hermana y no me da la gana. Habla con Óscar, acabad con esta tontería, me la suda la puta apuesta. Déjalo ya. La única persona que va a salir mal de todo esto va a ser ella.

—David, tranquilízate. Solo he quedado con ella para que me acompañe a una cosa del trabajo. Estaremos rodeados de gente. No pasará nada.

—Claro que pasará. Es que tú no entiendes nada… —La última frase se le escapó en un susurro, mientras se llevaba las manos a la cabeza y se amasaba el pelo.

—¿Qué es lo que tengo que entender? —escupí molesto.

—Nada, da igual.

—No, claro que no da igual. Está pasando algo y yo quiero saberlo. No vuelvas a pisar ese terreno si no piensas contarme nada.

—Es que esto es diferente. No me incumbe solo a mí, pero me temo que, si no te lo cuento, todo este asunto se nos va a ir de las manos.

—No sé de qué coño estás hablando —murmuré apretando la mandíbula y ya muy cabreado.

—Enzo, mi hermana está enamorada de ti desde que era una cría.

No pude evitar reírme ante aquel comentario. Así que se trataba de eso. No, Carol no estaba enamorada de mí. Cuando era una adolescente yo le hacía gracia. No era tan descabellado, por aquel entonces la diferencia de edad era mucho más evidente entre nosotros y me veía como a alguien más mayor, el amigo de su hermano. Lo típico, vaya. Pero aquella tontería se le acabó conforme fueron pasando los años.

—Anda, no digas chorradas —verbalicé en voz alta—. Aquello fue una tontería de adolescente, un encaprichamiento pasajero, nada más.

—No, no las digo. ¿No te pareció extraño que dejara a Sergio justo cuando tú te separaste?

—Cuando eso ocurrió yo estaba demasiado jodido como para fijarme en nada.

—Por eso te lo comento ahora, fue pedir tú el divorcio y dejar ella a Sergio.

—Quizá solo se tratara de una casualidad, eso no quiere decir nada.

—Ya te digo yo que no fue una casualidad.

—Pero no puede ser, David. Aquella tontería que tenía conmigo cuando era una niña se le pasó.

—No, Enzo, no se le ha pasado nunca. —Por cómo dijo aquello mi amigo, supe que era verdad.

Mierda. Estaba jodido. Jodido de verdad.

6. Eso ya lo veremos

Olga

Como no me diera prisa al final acabaría llegando tarde, y no me apetecía en absoluto oír otro sermón de Marga. Qué poquito toleraba esa mujer la impuntualidad.

Afortunadamente llegué antes que Sole, así que yo me libré aquel día porque la charla se la daría a ella.

—Buenos días —saludé antes de sentarme.

—Buenos días.

Pedí al camarero, y Marga y yo hablamos un poco de los detalles de un viaje que teníamos pensado hacer, hasta que llegó Sole.

—¡Por fin! Si no es una es la otra, pero nunca llegáis a la hora que quedamos —se quejó Marga.

—Eh, a mí déjame, que hoy he llegado bien y no me toca bronca —refunfuñé.

Sabía muy bien lo que pasaría en cuanto Sole hubiera pedido y, por supuesto, no me equivoqué.

—Bueno, venga, explícanos qué ha pasado con tu nieto. Tu mensaje nos ha dejado intrigadas —dijo Marga.

—No hay mucho que contar porque ya sabéis cómo es, no suelta prenda.

—Pero ¿para qué ha querido hablar con Carol a solas? Eso es nuevo.

—Ah, pues porque mi nieto es tonto y no sería capaz de ver algo bueno aunque lo tuviera enfrente de sus narices.

—Es que Enzo ha pasado mucho, es normal que esté cerrado al amor. —Mi nieto tenía en Marga a su defensora número uno.

—Si no digo yo que no, pero ya es hora de que vaya espabilando.

—¿Y qué papel juega Carol en todo esto? —preguntó Sole. Y a partir de aquí siguió interrogándome.

—Si me preguntas a mí te diría que me encantaría que jugara un papel protagonista, pero me temo que mi nieto no está por la labor.

—¿Y qué quería hoy de ella?

—Eso es lo que me tiene más mosqueada. Por lo que he podido escuchar a través de la puerta, le ha pedido que lo acompañe a algo relacionado con el trabajo.

—Pero eso es bueno, ¿no?

—No sé, hay algo que se me escapa y no tengo ni idea de qué. Aunque una cosa os digo: ya sabéis lo mucho que quiero a Enzo, pero, como le haga daño a Carol, lo mato.

—Esa chica es demasiado buena para él.

—Esa chica es demasiado buena para cualquiera, pero mi nieto tiene la tremenda suerte de que esté enamorada de él. Lo malo es que el muy idiota no lo ve. Y mira que es obvio.

—¿Estás segura de eso?

—Segurísima. No me lo ha dicho nadie, pero lo sé. —Aquello no era nada nuevo para mí. Llevaba años viendo cómo la pobre chica bebía los vientos por él. Si solo había que ver cómo lo miraba cuando él no se daba cuenta (que eran todas las veces, porque Enzo parecía estar ciego con Carol).

—Pues, quizá, que le haya pedido que lo acompañe sea el inicio de algo.

—Me gustaría pensar que sí, en cambio tengo el presentimiento de que no será así.

—¿Por qué dices eso?

—No sé, me gustaría no pensar mal, pero no puedo evitarlo. Y lo peor es que Carol acaba de empezar a salir con alguien y me temo que mi nieto va a fastidiarle también eso. Y me sabría fatal por ella, porque la quiero muchísimo.

—Sí, pero ahí no puedes meterte.

—Eso es verdad, ahí no puedes ni debes meterte —intervino Marga.

—Bueno, eso ya lo veremos —rebatí yo, y vi cómo las dos ponían los ojos en blanco.

7. Me estaba haciendo ilusiones y me estaban quedando preciosas

Carol

Me sentía orgullosa de mí porque había logrado mantener la calma delante de él, Enzo me pidió que lo acompañara a un evento y yo no grité ni hiperventilé ni salté ni nada de eso. No puedo asegurar que no me pusiera roja como un tomate, pero, teniendo en cuenta todo lo que podría haber hecho, me parecían daños mínimos. Tampoco soy tan ingenua como para pensar que aquello fuera una cita, pero se parecía y yo estaba feliz. ¿Me conformaba con poco? Posiblemente, si bien hacía años que estaba enamorada de Enzo y jamás, en todo aquel tiempo, me había pedido nada parecido. Así que pensaba disfrutarlo. Y lo primero que iba a hacer era comprarme un vestido, porque, claro, en mi fondo de armario no contaba con ese tipo de prendas.

Arrastré a mi amiga para que me acompañara porque yo de vaqueros y ropa cómoda sabía mucho, pero de vestidos elegante bastante menos.

Podría decir que lo encontré con rapidez, aunque mentiría. Nos costó mucho más de lo que creí y, cuando ya pensaba que tendría que ponerme un vestido estampado que tenía olvidado en mi armario, di con él.

Lo encontré en una tienda pequeñita donde estuve a punto de no entrar y en cuanto me lo puse supe que era ese. No era nada espectacular, un sencillo vestido negro ceñido. Me sentía cómoda, y me gustaba cómo me quedaba. Cuando salí del probador para enseñárselo a Virginia, ella gritó de emoción; eso sí, insinuó que se ceñía tanto a mi cuerpo que tendría que suprimir la ropa interior. Yo pensé que tampoco importaba demasiado, pues debía recordar que aquello no era una cita.

Virginia y yo nos quedamos a tomar algo por ahí, así que llegué a casa más tarde de lo que iba siendo habitual en mí.

Nada más abrir la puerta cargada con un par de bolsas y con una sonrisa que me resultó imposible borrar, mi hermano saltó a mi yugular.

—¿Se puede saber qué te pasa para que vengas sonriendo como una boba? —Desde luego aquello era amor de hermano.

—A ver si ahora tampoco voy a poder sonreír, ¡no te jode!

—Deja de decir tonterías, los dos sabemos que esa no es una «sonrisa» normal.

—Vaya, pues ya me explicarás qué es para ti una sonrisa normal y cómo debo ponerla.

—Ven, siéntate aquí, que quiero hablar contigo —me pidió cambiando de tema.

¡Mierda!, lo último que necesitaba en aquellos momentos era una charla con mi hermano. Con todo, dejé las bolsas en el suelo y me senté junto a él.

—Enzo te ha pedido que lo acompañes a un evento de su trabajo. —Solo asentí porque aquello no era una pregunta—. Carol, los dos sabemos lo que sientes por él y lo último que quiero es que salgas herida.

—Ni siquiera es una cita —me defendí.

—Ya…, y por eso has ido de compras y no eres capaz de borrar la sonrisa de tu cara. No quiero ser el palo en la rueda de nadie, pero ten cuidado y, sobre todo, no te hagas ilusiones, por favor te lo pido.

—Pues claro que no voy a hacerme ilusiones, no soy tonta, ¿sabes? —Sí, aquella era mi manera de protegerme, porque todos sabemos que me las estaba haciendo y me estaban quedando preciosas.

—Me alegra oír eso, a pesar de que ninguno de los dos nos lo creamos.

—Bueno, David, da igual. Voy a ir con él a ese evento y continuaré con mi vida como si nada. —O como si mucho. Porque aquello no iba a suceder así y todos lo sabíamos.

—Yo lo que no quiero es que te hagan daño.

—Eso no puedes evitarlo —añadí levantándome y caminando hacia mi cuarto.

Me pareció oír que decía algo como «o tal vez sí», pero no estaba segura.

Coloqué el vestido en mi armario, no sin antes volver a mirarlo. Había que reconocer que en la percha colgado perdía gran parte de su encanto. No quise pensar si sería el más adecuado o si me había pasado y era demasiado corto y haría el ridículo cuando… Paré mis pensamientos porque estaban yendo por un camino que no me hacía ningún bien.

Como no quería volver al salón y que mi hermano reanudara el tema, me tumbé en la cama, miré el móvil y recordé que no había contestado al último wasap de Sebas. ¡Qué mal!

Yo:
Sí, yo también lo pasé muy bien y me gustaría repetir.

Sebas:
A mí también me gustaría repetir.

Yo:
¿Te apetece quedar para comer mañana? Ya sé que es un poco justo y que igual ya tienes planes…

Lo envié así, con puntos suspensivos y sin darle más vueltas ni pensarlo mucho. Era una de las cosas que más me gustaban de Sebas, lo cómoda que me sentía con él.

Sebas:
Me parece perfecto. ¿Quedamos en algún sitio o te paso a recoger a las dos?

Yo:
Lo que prefieras.

Sebas:
Pues te voy a buscar, que me pilla de paso. Hasta mañana.

Yo:
Genial. Hasta mañana.

Añadí un emoji de una cara contenta y dejé el móvil encima de la mesita de noche. Suspiré porque había pasado de no tener vida social —iba a decir amorosa, pero dadas las circunstancias no creí que fuera lo más adecuado— a que se me acumularan las citas.

Tampoco sería demasiado correcto llamarlas citas, porque en el caso de Enzo solo era acompañar a un amigo a un evento de trabajo. Pero se trataba de la primera vez que él me pedía algo así y yo pensaba recrearme en ello.

8. Culpable

Enzo

El día del evento había llegado y yo hacía rato que estaba listo. Me había puesto el mismo traje que siempre utilizaba para acudir a esos sitios y salí al salón a esperar a que Carol llamara a la puerta.

—La verdad es que ese traje te sienta bien, pero ¿no crees que ya le has sacado bastante rendimiento? —me echó en cara mi abuela.

—¿Por qué dices eso, se ve viejo? —pregunté mirando el traje. Tal vez se notaba desgastado y no me había fijado.

—Viejo no, pero no sé…

Después de aquel comentario por parte de mi abuela —benditas las que veían a sus nietos siempre guapos, desde luego la mía era mucho más crítica—, me acerqué al espejo para mirarme. Quizá tuviera razón y había utilizado mucho aquel traje, pero aún se veía bien, yo estaba cómodo y me gustaba; ¿qué más quería?

Volví a salir al salón para decirle que mi atuendo era perfecto cuando llamaron al timbre y las palabras se quedaron atascadas en mi boca. Ni siquiera me molesté en abrir y fue mi abuela quien lo hizo.

—Enzo, ya está aquí Carol —anunció, y yo me giré para encontrarme con la susodicha.

—Perfecto, ¿nos vamos? —dije dando dos pasos hacia ella.

Me percaté por el rabillo del ojo de que mi abuela hacía un gesto extraño con la cabeza. La miré durante unos segundos y no entendí bien lo que quería hasta que casi le provoco, a la pobre, una contractura.

—Estás muy guapa, Carol —susurré, y mi tono fue tan poco efusivo que mi abuela puso los ojos en blanco.

—Gracias, tú también. —Por lo menos parecía que ella no se había dado cuenta de nada.

Caminamos hacia la puerta y cuando pesé por delante de mi abuela oí que susurraba:

—Menudo idiota estás hecho.

Alcé los hombros porque no supe a qué venía aquel comentario, aunque tampoco iba a pararme a preguntárselo.

El viaje en coche fue un poco incómodo. Carol y yo habíamos compartido un montón de momentos, ratos en casa de ambos, fiestas, salidas, cenas…, pero siempre acompañados de alguien más. Nunca habíamos hecho nada los dos solos y, a pesar de que hacía años que pasábamos tiempo juntos, pocas veces lo hacíamos a solas; supongo que por eso me dio la sensación de estar junto a una desconocida.

Lo peor de todo era que tenía que hacer algo si quería que aquello saliera bien, porque mi intención era joder a Sebas y debía mover ficha antes de que él se me adelantara. Aunque, desde luego, se me estaba dando de pena.

No me di cuenta de la largura del vestido de Carol hasta que salió del coche y este se le levantó un poco por la parte de atrás enseñando mucha pierna. Demasiada.

Creo que aquella fue la primera vez que vi a Carol como a una mujer y no como a la hermana de mi amigo. Sin embargo, yo seguía siendo bastante idiota, así que aparté la mirada y salí de allí para adentrarnos en aquel evento al que tan pocas ganas tenía de asistir.

Llevábamos allí casi dos horas y hacía más de una que no veía a Carol. Me puse a hablar con un compañero que hacía tiempo que no veía, pues lo habían trasladado a otro departamento, y se me fue la noción del tiempo. Pero, cuando miré el reloj y vi la hora que era, me despedí de él y me dispuse a buscarla. Una cosa era que aquel fuera nuestro primer acercamiento y que no le diera mayor importancia y otra pasar de ella como lo estaba haciendo.

Alcé la mirada, aunque no la vi alrededor de donde yo me encontraba. Imaginé lo mal que lo estaría pasando Carol en un sitio donde no conocía a nadie y donde hacía tanto rato que se encontraba sola. Me sentí un poco culpable. Por lo menos debía

haberla avisado de dónde iba a estar, en lugar de dejarla en la zona de las bebidas nada más entrar.

Me dispuse a buscarla por el gran salón, pero no había dado ni dos pasos cuando una carcajada llamó mi atención. Me giré para comprobar de dónde procedía y entonces la vi. Llevaba una copa en la mano y tenía la seguridad de que no era la primera. Estaba sonrojada y rodeada de gente. Su mano izquierda se encontraba apoyada en el brazo de José, uno de administración que no tenía demasiada buena fama entre las mujeres.

Me acerqué despacio, pues me daba la sensación de que cuando yo llegara allí la actitud de Carol cambiaría.

Por más que me jodió, no me equivoqué.

—¿Qué tal? Siento haberte dejado sola tanto tiempo —susurré para que solo me oyera ella.

—No pasa nada, he estado bien —respondió seca.

—Ya lo veo —dije acercándome un poco a ella, porque José se había pegado cual lapa—. ¿Te apetece algo de beber?

—No te preocupes, cuando quiera algo ya voy yo —soltó sin mirarme.

La contemplé alzando una ceja, pues me daba la sensación de que estaba mosqueada y de que yo era el culpable de dicho cabreo. Cosa que tampoco me extrañaba demasiado, dado que la había invitado a asistir a esa fiesta conmigo y la dejé sola la mayor parte del tiempo.

Me quedé junto a ella y me puse a charlar con alguno de los compañeros que la rodeaban. No tardé en darme cuenta del cambio que se produjo en Carol. Dejó de hablar y de interactuar con las personas de nuestro alrededor y, lo más importante, la sonrisa desapareció de sus labios.

—¿Quieres que nos marchemos ya? —pregunté, más por ser amable que porque quisiera marcharme.

—No, estoy bien, gracias.

Carol no me había vuelto a mirar a la cara y yo no podía hacer otra cosa que sentirme culpable.

La persona que tenía a mi lado —en el otro estaba Carol— sacó un tema sobre la empresa que era bastante controvertido y nos

embarcamos en una interesante conversación. Desconozco el tiempo que estuvimos hablando, pero cuando quise darme cuenta había pasado casi media hora.

Me giré para mirar a Carol, estaba a punto de abrir la boca en el instante que…

—¿Te apetece salir? Aquí hace bastante calor. — Y no, aquella pregunta no la hice yo, sino José.

—Sí, claro.

En esa ocasión fui yo el que se quedó allí solo, con bastante cara de idiota, todo sea dicho.

9. Lo malo de las puñeteras expectativas

Carol

Había sido una tonta. ¿Cómo fui capaz de hacerme ilusiones con él? ¿En qué cabeza cabía? Si Enzo jamás me había mirado como a una mujer, ¿por qué iba a hacerlo en esos momentos? Simplemente necesitaba acudir acompañado y yo era la persona del sexo femenino que tenía más a mano. Nada más.

Tampoco eso era nada nuevo para mí. ¡Joder!, se remontaba a años atrás y había sido imbécil al creer que aquella situación sería distinta. Era imposible que Enzo cambiara su percepción de mí. No porque yo fuera horrorosa ni nada por el estilo, que, a ver, tampoco era guapísima; simplemente una chica bastante normal. El problema residía en que él jamás me había mirado como nada más que a la hermana pequeña de su amigo. Y, aunque Enzo siempre me pareció guapísimo y a mis ojos me daba la sensación de que hacíamos buena pareja —o por lo menos la haríamos si yo existiera para él—, estaba claro que sobre este punto no pensábamos lo mismo.

El rato que estuve con José en el jardín lo pasé bien, era bastante hablador y le dejé a él todo el peso de la conversación, cosa que me vino de maravilla porque yo estaba un poco mustia por el comportamiento de aquella noche de Enzo. No obstante, cuando miré el reloj vi que se había hecho tarde, así que decidí despedirme de él. Seguramente no volvería a verlo, pero me sorprendió al pedirme mi número de teléfono.

—Mira, lo he pasado muy bien contigo hoy, lo que ocurre es que ya salgo con alguien…

—Sí, imagino, por eso has venido con Enzo —respondió, y recordé a tiempo que en aquel evento yo me hacía pasar por su pareja.

La gente alucinaría porque, para ser pareja, no habíamos estado ni dos minutos juntos.

—Sí, exacto —afirmé, ya que no me apetecía darle más detalles ni tampoco aceptar su petición. Pensé que ya contaba con suficientes citas por el momento, sobre todo teniendo en cuenta que me había pasado mucho tiempo sin ninguna.

Cuando regresé dentro del salón, Enzo parecía estar buscándome y agradecí enormemente que me propusiera marcharnos ya, pues empezaban a dolerme los pies debido a los zapatos que me había puesto y que tan poco acostumbrada estaba a llevar. Y menos me apetecía aún tener que pasar tiempo con él. No en aquel momento.

La vuelta en el coche fue tensa, por lo que me alegré de que no estuviéramos demasiado lejos de casa. Supongo que por haber tenido que aguantar aquel silencio prolongado e incómodo, me dio cierta rabia que eligiera esperar a que llegáramos al portal para hablar, como si no hubiera tenido tiempo antes.

—Siento haberme comportado así.

—¿Así cómo? —Enzo pedía disculpas, pero me daba la sensación de que ni siquiera tenía claro el motivo.

—Por haberte dejado sola tanto tiempo.

—No me importa estar sola y tampoco lo he estado…

—Ya me he dado cuenta —me cortó.

—La cuestión es que era un evento de trabajo y entiendo que tuvieras que estar pendiente de otras cosas.

—¿Entonces por qué me da la impresión de que estás enfadada conmigo?

—No estoy enfadada. —Aquello era una gran mentira, pero no podía decirle que me hubiera gustado que me mirara en alguna ocasión o que se mostrara atento conmigo, y con eso no me refiero a que me trajera la bebida, eso podía hacerlo yo. Era que en cuanto llegamos allí me dejó sola, sin presentarme a nadie y sin ninguna consideración hacia mí.

—No me parece que sea del todo cierto, pero si tú lo dices…

—Estoy cansada y quiero irme a dormir. Buenas noches, Enzo.

Ya habíamos llegado a la puerta de su casa y yo puse el pie en el primer escalón para subir a la mía cuando volvió a hablar.

—¿Podremos quedar otro día? Sin trabajo de por medio —escupió, como si aquella frase le quemara en la boca.

Estaba convencida de que si hubiera empezado a subir las escaleras me habría tropezado con mis propios pies. Es que no entendía nada.

—No lo sé, Enzo. No es que hoy lo hayamos pasado demasiado bien. —Y, sí, necesité tirar de toda mi fuerza de voluntad para no gritarle que claro que quería quedar con él, que llevaba años esperando una propuesta como esa, que nunca pensé que aquellas palabras irían dirigidas a mí. Sin embargo, la noche había sido una gran decepción. Tal vez me quería a mí misma un poquito más de lo que pensaba.

—Lo sé, por eso quiero arreglarlo. Una cena, en un sitio no demasiado elegante, algo informal. Vamos, di que sí y prometo hacerlo mucho mejor que hoy. ¿Qué tal mañana? —preguntó tanteando.

—Mañana he quedado, así que ya lo hablamos. —Noté cómo su rostro se ensombrecía, aunque no tuve ni idea del motivo. Así que hice un gesto de despedida con la mano y subí las escaleras.

—Pues reservo para el viernes y te guardas esa noche para mí.

No entendía toda aquella insistencia; con todo, mi fuerza de voluntad llegó hasta ahí.

—De acuerdo. Buenas noches, Enzo.

—Buenas noches, Carol.

Terminé de subir las escaleras con una mezcla de emociones rara. Por una parte, estaba triste por lo decepcionante de la noche, y por otra, ilusionada con la cena del viernes, la cual se parecía mucho más a una cita que aquella invitación a que lo acompañara a aquel evento de trabajo.

Abrí la puerta con cuidado, me asomé al salón y vi que todo estaba a oscuras. Tal y como imaginaba, mi hermano estaba dormido. Caminé hacia mi cuarto y cuando llegué me quité el vestido negro que compré con tanta ilusión. Suspiré, pues me daba la

sensación de que, si hubiera ido disfrazada de zombi, Enzo me hubiera mirado de la misma manera.

En fin, a ver si lograba dormirme pronto, por lo menos para olvidar aquella noche durante unas horas. Eso era lo malo de las puñeteras expectativas. No hay nada peor que imaginar un escenario que nada tiene que ver con lo que luego resulta ser. Lo único bueno que sacaba de todo aquello era que a la «cita» del viernes iba sin una sola expectativa.

Ingenua de mí, pensé que con eso sería suficiente.

10. Una cita desastrosa

Enzo

Abrí la puerta de mi casa y cuando la cerré me quedé unos minutos apoyado en ella. Desde luego la velada no salió como yo deseaba. No era que esperara que hubiera algo romántico entre nosotros, pero tampoco aquella frialdad ni la indiferencia. He de reconocer que la culpa fue toda mía, pues actué como un auténtico gilipollas. Pero si, tal y como decía David —y que yo no acababa de creer—, Carol estaba enamorada de mí, lo disimulaba de puta madre.

Sabía que debía hacer algo para arreglar aquel desastre, así que cuando la vi alejarse por las escaleras dije lo primero que se me pasó por la cabeza, y contra todo pronóstico no me supuso un esfuerzo pedirle que cenara conmigo. Estaba casi seguro de que podríamos hasta pasarlo bien, si yo dejaba de actuar así, claro. Aunque al darme largas y mencionar que había quedado —yo sabía que era con Sebas— me dio la sensación de que recibía un puñetazo en el estómago, ya no por la negativa en sí, sino por lo que supuso para mi ego. Menos mal que finalmente aceptó y yo me fui a dormir más tranquilo. A pesar de que no entendía qué era lo que quería hacer, más allá de joder a Sebas. Porque, ¿y si las cosas con Carol iban a más? ¿Qué haría luego para cortar con aquello sin hacerle daño? Pues, a pesar de que no creía a David, continuar quedando con ella para luego dejarla me parecía de ser muy cabrón. ¿Estaba dispuesto a llegar tan lejos solo por fastidiar a ese tío?

Tardé bastante en quedarme dormido. Al final lo logré, pero sin poder dejar de hacerme todas aquellas preguntas una y otra vez. Por supuesto, a la mañana siguiente me levanté con dolor de cabeza.

Había tenido una semana de mierda en el trabajo. Dos compañeros cogieron la baja y aún no habían encontrado a nadie para sustituirlos. Mi jefe me pidió como favor que llevara un par de cuentas de ellos que se habían quedado colgadas, que eran bastante

importantes y no podíamos dejar tiradas. El problema residía en que aquellos clientes eran de los que pensaban que las personas estábamos a su disposición y debían creer que yo vivía en el despacho. Les daba igual la hora o el día, debías de estar disponible para ellos en cualquier momento.

El viernes era el día que no trabajábamos por la tarde, pero debido a esos maravillosos clientes tuve que quedarme no solo un rato, sino que cuando quise darme cuenta llegaba tarde a buscar a Carol y aún no había sido capaz de solucionar el problema que surgió unas horas antes.

Tal y como suponía, cuando llegué a casa Carol ya se encontraba allí, pues no habíamos concretado quién pasaría a recoger a quién y se había hecho bastante tarde.

Entré casi a la carrera y, al comprobar que estaba hablando con mi abuela, caminé con rapidez hacia la puerta que llevaba al baño.

—Me ducho en un momento y vuelvo —dije sin esperar respuesta.

Intenté ir lo más rápido que pude, pero ya sabéis qué pasa cuando quieres darte prisa. Exacto, que todo termina saliendo mal y tardas más que si te lo hubieras tomado con calma.

Cuando por fin acabé y salí del baño me acerqué a la terraza para decirle a Carol que ya estaba listo. Mi abuela me fulminó con la mirada; no era para menos, se había hecho bastante tarde y Carol ya llevaba rato esperándome.

Llegamos al restaurante casi una hora tarde y, por supuesto, no nos habían guardado la mesa porque pensaron que no nos presentaríamos. Pedí disculpas y salí de allí con mucha vergüenza y un agobio importante.

—Creo que en esta misma calle hay un restaurante que no está mal, ¿miramos si tienen mesa? —le pregunté.

—Vale —susurró no muy convencida.

Caminamos en silencio y al llegar vimos que el restaurante estaba lleno. Suspiré, ya que mi agobio no hacía más que aumentar. Con todo, tuvimos suerte y nos consiguieron una mesa, de una anulación

de última hora, dijeron. Estaba cerca del baño y el restaurante no era una maravilla, pero no podía hacer otra cosa.

Una vez que pedimos, y viendo que Carol no tenía la más mínima predisposición a empezar a hablar, decidí romper yo el silencio.

—Y dime, ¿qué tal te va el trabajo? —pregunté intentando sacar un tema de conversación neutro.

—Bien, cada día es una nueva aventura. Pero no me quejo, siempre me ha gustado trabajar con adolescentes.

Arrugué el ceño ante su respuesta, pues daba por hecho que Carol trabajaba en una oficina y la palabra «adolescente» no encajaba allí.

—No tienes ni idea de en qué trabajo, ¿verdad? —No me costó notar el matiz de tristeza en su voz, algo normal porque estaba convencido de que había hablado de ello en otras ocasiones, pero es que no lograba recordar en qué consistía.

—Lo siento —me disculpé alzando los hombros y un poco avergonzado.

—No pasa nada —respondió, pero estaba claro que mentía—. Soy orientadora en un instituto.

—¿Y en qué consiste eso exactamente? —pregunté con interés.

El cambio en la expresión de Carol resultó evidente, pues a partir de aquel momento ya no fue capaz de dejar de sonreír. Yo la escuchaba un poco fascinado, dado que debía de ser maravilloso que tu trabajo te apasionara de aquella manera.

Miré mi móvil porque sonó un mensaje. Era del trabajo, contesté y lo volví a dejar sobre la mesa.

—Lo único malo es que no tengo plaza fija, pero ya me he acostumbrado a ir cambiando de centro.

—Se nota que te gusta tu trabajo.

—Estuve un tiempo en otro que odiaba. Aquello me enseñó que no quería permanecer toda mi vida allí, así que me matriculé en la universidad, me saqué la carrera que quería y dejé mi antiguo trabajo para dedicarme a lo que de verdad me entusiasma.

—Lo dices como si pareciera fácil.

—A veces somos nosotros los que complicamos las cosas.

—Yo no podría hacer algo así —declaré, pues me parecía realmente difícil.

—¿Por qué?

—Porque necesito mi trabajo para vivir.

—Te aseguro que no más de lo que yo lo necesitaba. Tú por lo menos vives con tu abuela, pero es que yo nunca dejé de trabajar. No podía permitírmelo.

Los padres de David murieron en un accidente de coche cuando él apenas tenía veintidós años y Carol acababa de alcanzar la mayoría de edad. Aún recuerdo lo complicado que fue para ellos reponerse no solo del golpe que aquello supuso, sino de vivir solos los dos. Tampoco contaban con demasiado dinero, así que vendieron el piso donde vivieron hasta aquel momento y se mudaron al que había encima de casa de mi abuela, que era más pequeño y barato. Con el dinero que les quedó pudieron estudiar y acabar las carreras, aunque por lo visto no les dio para dejar de trabajar. David me había contado algunas cosas, pero se mostraba bastante reservado al hablar de aquel tema y yo intentaba no sacarlo para evitarle un mal rato.

—Tienes toda mi admiración, porque no debe de ser fácil sacarse una carrera trabajando.

—Lo que no es fácil es pasarse toda la vida trabajando en algo que odias.

—¿Sabes?, no conocía esta faceta tuya —dije con asombro.

—No te engañes, no conoces ni esta ni ninguna otra. Por más que hayas estado en nuestra casa un millón de veces y que hayamos coincidido otras tantas a lo largo de la vida, no me conoces en absoluto.

—Tienes razón, no nos conocemos.

—Yo no he dicho eso. He dicho que tú no me conoces a mí porque jamás te ha interesado hacerlo.

—¿Eso quiere decir que tú sí te has interesado por mí? —pregunté sonriendo.

—A mí es que me gusta escuchar cuando las personas hablan. Independientemente del interés que tenga por ellas.

Me daba la sensación de que me estaban dando el repaso de mi vida y, claro, es que encima tenía toda la razón. No entendía por qué me había comportado así con ella, pero tenía intención de cambiarlo.

Mi móvil volvió a sonar, era mi jefe. Le mandé un mensaje y volví a dejar el teléfono encima de la mesa.

El camarero llegó y tomó nota de los postres. No pude evitar hablar en cuanto se marchó.

—Eso sí lo sabía.

—¿El qué?

—Que pedirías el postre que más chocolate llevara.

—Me conoces desde que era una cría, si no sabes eso… —No me daba tregua. Iba a responderle cuando sonó mi móvil.

Al ver de quién se trataba estuve a punto de soltar una maldición. No me habían dejado en toda la noche. La baja de mis compañeros iba a terminar conmigo.

—Perdóname un segundo, es una cosa de trabajo.

El problema fue que el segundo se convirtió en más de media hora y que, cuando quise darme cuenta, Carol caminaba hacia mi coche.

Me despedí sin haber logrado resolver el problema y caminé a paso ligero hacia ella.

—Lo siento mucho, Carol, era del trabajo.

—No pasa nada. Es tarde, ¿me llevas a mi casa?

—Por supuesto. —No era tan tarde y al día siguiente no trabajábamos, pero no dije nada más. Con todo, cuando me acomodé en mi asiento caí en una cosa.

—Has pagado tú la cena. —No era una pregunta.

—Sí, claro, tú no estabas.

—Pero la invitación la hice yo.

—Da igual, Enzo —respondió girando la cara hacia la ventanilla y dando por finalizada la conversación.

Media hora después estaba metido en mi cama pensando que había sido la cita más desastrosa que tuve jamás.

11. Un montón de despropósitos

Carol

No llevaba ninguna expectativa a aquella cita, lo juro. Ninguna. Pero una cosa era no ir con expectativas y otra muy diferente en lo que se acabó convirtiendo.

Para empezar, llegó tarde y ni siquiera se disculpó. No sé, creo que es algo que no cuesta demasiado, ¿no? Y cuando digo «tarde» no hablo de unos pocos minutos, no. Se demoró más de media hora, pero es que terminamos saliendo de casa casi una hora después de la que habíamos quedado. Me sentí como una auténtica idiota cuando, al despedirnos, Olga me miró con cara de pena. Hasta ahí aún podría haberlo pasado por alto si después no se hubiera convertido en un montón de despropósitos que paso a enumerar:

No tiene ni idea de en qué trabajo, a pesar de que he hablado de ello mil veces con él presente.

Parece sorprenderse de mi forma de pensar, corroborando que no ha escuchado nunca ni una palabra que saliera por mi boca.

No dejaba de mirar el móvil y responder mensajes, algo que me parece una falta de respeto hacia la persona que está hablándote.

Se fue en mitad de una cena, en principio un momento, pero que acabó convirtiéndose en más de media hora. Y me dejó sola todo ese tiempo.

Me tocó pagar a mí, que no es algo que me importe, pero la proposición la hizo él.

¡Y todo eso sin olvidarnos de que se presentó media hora tarde! Menudo desastre. Nunca hubiera imaginado que conseguir aquello que llevaba tantos años añorando iba a resultar así de decepcionante.

No podía sacarme aquella cita de la cabeza mientras me iba quitando la ropa que elegí para esa noche, nada que ver con el vestido que me puse para el evento. En esta otra ocasión opté por unos vaqueros y un top que me gustaba mucho; pero, vaya, que

podía haberme puesto una bolsa de basura y Enzo no se habría dado ni cuenta.

No había hecho nada más que posar la cabeza en la almohada cuando mi móvil sonó. Lo cogí de la mesita de noche con la leve sospecha de quién había mandado el wasap. No me equivoqué.

El amor de mi vida:
Siento mucho la desastrosa velada de hoy. Déjame arreglarlo y demostrarte que no soy un auténtico gilipollas invitándote a cenar otro día. Prometo pagar yo.

Yo:
Me da igual quién pague, pero cuando voy a cenar con otra persona me gusta que esa persona ESTÉ.

El amor de mi vida:
De verdad que lo siento. Prometo compensarte.

Una cosa estaba clara: por más enfadada que me encontrara, no podía dejar de sentir, en dos días, lo que llevaba años sintiendo por él.

Yo:
El sábado de la próxima semana estoy libre.

Cedí finalmente, pero intentando poner cierto margen de tiempo de por medio, pues no me apetecía volver a pasar por lo mismo de aquella noche. Por lo menos no a corto plazo, se me haría insoportable.

El amor de mi vida:
¿No podría ser antes?

No entendía que, con lo desastrosa que había sido la cita, tuviera ganas de más. Aunque también era verdad que fue así de mal por su culpa.

Yo:
El jueves podría, pero tengo que volver pronto.

En realidad no tenía ninguna prisa, pero era la excusa perfecta por si la cita se torcía.

El amor de mi vida:
¡Perfecto! Buenas noches, Carol.

Yo:
Buenas noches.

Dejé el móvil en la mesita y me di la vuelta. Tenía un buen puñado de sentimientos encontrados. Por un lado, no me apetecía volver a pasarlo mal y que mis ilusiones se fueran a la mierda —otra vez—. Pero, por otro, quería probar a ver si solo se había tratado de un mal día por su parte y la siguiente cita iba mejor, aunque mucho tenía que mejorar, lo sé.

A la mañana siguiente me levanté de mejor humor de lo que imaginaba, teniendo en cuenta el desastre de la noche anterior.

Fui directa a la cocina e hice café. Cuando di el primer trago todo mejoró, así que cuando mi hermano entró yo tenía una tonta sonrisa dibujada en la cara.

—Parece que tu cita con Enzo fue bien —gruñó.

—En realidad resultó un auténtico desastre —confesé suspirando.

—¿Y por qué estás tan contenta?

—No sabría decirte.

—¿Es por Sebas?

—No, tampoco es por él.

Mi sonrisa aún se ensanchó más al pensar que hacía un montón de tiempo que no salía con nadie y, de golpe, tenía citas con dos tíos. Y, por si fuera poco, de uno de ellos estaba profundamente enamorada.

—Pues no lo entiendo.

—¿Qué pasa, que solo puedo estar de buen humor por un tío?

—Hermanita, sueles tener un despertar de mierda, y es peor si aún no te has terminado el café. Es más, no recuerdo haberte visto

de tan buen humor antes de las diez de la mañana desde hace años.

—Ya casi no me queda café y como sigas así se me van a ir las ganas de sonreír.

David hizo una señal con su mano en la boca dando a entender que iba a callarse, aunque yo sabía que le duraría poco. No llegó a dos minutos. Lo cronometré.

—¿Por qué dices que la cita con Enzo fue un desastre? —preguntó, dando al traste con el silencio.

—Es largo de explicar y tampoco me apetece demasiado, quédate con que hacerte ilusiones y expectativas es una mierda.

—Eso es algo que ya deberías saber… Y hablando de Enzo… —Mi hermano bajó la mirada al suelo y empezó a restregarse las manos con más ímpetu del necesario. De pronto parecía estar nervioso y yo no entendía el motivo—. Hay algo que quería contarte, verás…

No pudo terminar la frase porque llamaron al timbre y David se levantó para abrir. Unos segundos después un torbellino llamado Olga entró en nuestra cocina.

—¡Buenos días! Espero que aún no hayáis desayunado, porque os he traído un bizcocho que me ha salido de muerte. —No era que Olga fuera modesta, pero si ella decía que le había salido bien, el bizcocho debía de estar impresionante.

—Siéntate y tomate un café con nosotros —propuso David.

—Pues no voy a decir que no, en casa me aburría. Enzo aún duerme y yo llevo horas levantada. Por cierto, ¿qué tal te fue anoche con mi nieto? —Lo soltó todo tan rápido que necesité unos segundos para procesar la pregunta. Mi hermano tenía razón y yo no empezaba a ser persona antes de la diez de la mañana.

—Digamos que no fue la cita que esperaba. —No tenía pensado ser tan parca en palabras con Olga. Tampoco explicarle todos los detalles, pero a ella siempre le contaba muchas cosas. Sin embargo, en aquella ocasión debería morderme la lengua, pues no se trataba de un desconocido, sino de su nieto.

—Una cosa voy a decirte: ya puedes contarme qué ha hecho mal el idiota de mi nieto.

—No es que haya hecho algo mal, es que…

—Ah, no. Por muy nieto mío que sea, no consiento que lo defiendas; no, si no se lo merece. Porque si te ha hecho daño de alguna forma seré la primera en soltarle un buen sermón.

—Verás, Olga. Yo…

—Yo me marcho, que tengo muchas cosas que hacer —dijo mi hermano interrumpiéndome y saliendo de la cocina.

No quería ser una chivata ni nada parecido, pero tampoco le conté ninguna mentira. Me limité a relatarle lo que pasó en la cita mientras una Olga cada vez más cabreada me miraba sin interrumpirme.

12. Vas a saber quién es tu abuela

Enzo

A puntito estuvo de darme un infarto cuando la puerta se abrió golpeando la pared con un ruido sordo. Me incorporé de golpe en la cama, con los ojos aún medio cerrados.

—¿Qué pasa? —pregunté con preocupación.

—Lo que pasa es que ya puedes levantarte y lavarte la cara, que quiero hablar contigo. Te espero en la cocina. —El tono de voz de mi abuela no daba opción a réplica.

Salió de mi cuarto sin añadir nada más. Yo me desperecé y casi salté de la cama para meterme en el baño. Me di una ducha rápida y en diez minutos estaba sentado en una de las sillas de la cocina.

—¿Qué querías? —pregunté con la boca pequeña, pues el ceño fruncido de mi abuela no presagiaba nada bueno.

—No, aquí el que tiene que hablar eres tú. ¿Se puede saber qué pretendes con Carol?

—¿A qué te refieres?

—Ah, no, bonico. Conmigo no te hagas el idiota. Vas a explicarme por qué hasta hace dos días ni siquiera le dedicabas una mirada, prácticamente ni sabías que existía, y ahora insistes en volver a llevarla a cenar aun con lo fatal que te comportaste en la primera cita.

—Vaya, sí que estás bien informada —solté con ironía—. No creo que sea muy adecuado que…

—Ni se te ocurra cambiar de tema. Desembucha.

Durante un breve instante se me pasó por la cabeza explicárselo todo. Mi abuela ejercía ese efecto en mí, imagino que sería por los años que llevaba practicándolo. Sin embargo, la cordura llegó a tiempo y me lo callé.

—No hay nada que explicar. Invité a Carol a un evento de la empresa y despertó mi curiosidad. —Os juro que yo mismo pensé en

lo bien que me había quedado aquella frase, pero mi abuela me miró entrecerrando los ojos.

—Mira, tal vez eso colara en alguien que no os conociera ni a ti ni a ella, pero da la casualidad de que yo no soy esa persona.

¡Mierda! No quería explicarle a mi abuela que estaba quedando con Carol por una maldita apuesta, aunque aquello tampoco era cien por cien cierto; más que por la apuesta, era por Sebas. Y eso no se lo iba a contar ni de coña.

—Abuela, dame un respiro, ¿vale?

Ella se giró y me miró como si fuera un toro y yo le hubiera enseñado algo rojo.

—¿Que te dé un respiro? Mira, niño —cuando me llamaba niño era que estaba muy enfadada—, deja de jugar con Carol.

—Ya sabes que mi intención no es esa, solo se trata de conocernos.

—Si me parece estupendo, lo que me extraña es que todo esto haya surgido de golpe, por tu parte, claro.

—¿Por mi parte? —Estaba empezando a mosquearme que todos dieran por hecho que Carol tenía algún tipo de interés en mí, porque yo no lograba verlo por ningún sitio.

—Mira, da igual. No voy a ponerme ahora a abrirle los ojos a alguien que no quiere ver. Solo voy a decirte una cosa: como le hagas daño intencionadamente, vas a saber quién es tu abuela.

—¿Eso es una amenaza? —intenté bromear para quitarle un poco de hierro al asunto.

—No lo dudes.

Entendía lo que había querido decir con «intencionadamente». Es decir, mi abuela no me diría nada ni se metería por medio si yo saliera con Carol, la cosa no funcionara y terminara dejándola. Lo malo fue que con aquella palabra dio en el clavo de mis intenciones.

¿Sabría más de lo que decía?

♠

Aquella vez sí fui a buscarla a su casa. No se me pasó por alto que también en esa ocasión iba mucho menos maquillada que la primera

vez que quedamos; bueno, diría que menos aún que la última vez, porque en realidad no llevaba nada de maquillaje, ni de tacones, nada de vestidos, nada de bolsos de mano, nada de pendientes, nada de sonrisas… Vaya, nada que ver con cuando fuimos al evento de trabajo. Que, a ver, no era lo mismo, pero la había visto más entusiasmada en cualquier cena en su casa, un viernes cualquiera.

La entendía. La última cita con ella fue un desastre, solo superada por la que tuve con una amiga de unos amigos y que solo hablaba con monosílabos. Resultó horrible; sin embargo, en esa ocasión no fue culpa mía que aquello no fluyera.

Realmente, no es que yo hubiera empleado horas en preparar esta nueva cita con Carol para que fuera mejor que la última vez. Simplemente reservé en un restaurante que me gustó y esperé que silenciando el móvil todo fluyera. Que, puestos a pedir, no era demasiado.

Entré en su piso mientras ella terminaba de meter algunas cosas en el bolso y busqué a David, pero no había rastro de él, así que me dirigí solo a Carol.

—¿Nos vamos? He reservado para dentro de media hora en un restaurante, pero hay que ir en coche y tendremos que buscar sitio para aparcar.

—Sí, claro.

Ella se puso una especie de bolso, en el que acababa de guardarlo todo y que parecía más una mochila, y nos fuimos.

Esa vez sí llegamos puntuales, el problema fue que cuando nos acomodamos me quedé un poco cortado, pues no sabía de qué hablar.

—¿Habías venido antes a este restaurante? —preguntó.

—No, pero me han hablado bien de él.

—Sí, por eso te lo decía, vine aquí hace dos días. El *risotto* está muy rico.

¡Vamos, no me jodas! Será que no había restaurantes como para coincidir con el que, seguramente, acudió con Sebas. Ni siquiera tuve tiempo de contestar cuando tres tíos se acercaron a nuestra mesa.

—¡Hola, Carol! —saludó con efusividad uno de ellos sin siquiera mirarme.

—Vaya, ¿qué hacéis aquí? —preguntó ella extendiendo una sonrisa por sus labios, una sonrisa que jamás me había dedicado a mí.

—Hemos venido a cenar. ¿Y tú?

—He salido con un amigo.

La palabra «amigo» se quedó resonando en mi cabeza sin saber por qué.

—Oye, ¿te has enterado de lo de Roque?

Durante un momento desconecté, porque, a pesar de que los otros dos se habían marchado a su mesa, aquel hombre no parecía tener ninguna prisa por marcharse.

No se me pasó por alto la forma en la que miraba a Carol. Ese tío estaba colado por ella y lo disimulaba fatal.

Atendiendo a lo que hablaban, parecían compañeros de trabajo.

Un tiempo indeterminado después —a mí se me hizo larguísimo, pero quizá solo fueron unos minutos— por fin se despidió y se largó, sin dedicarme ni una sola mirada, por supuesto.

—Lo siento, cuando nos ponemos a hablar de trabajo no sabemos callar —se disculpó Carol.

—No pasa nada. ¿Quién es exactamente?

—Un compañero. Es el profesor de Educación Física del centro donde trabajo actualmente —explicó sin levantar la cabeza de la carta.

Claro; por supuesto, no iba a ser el de Historia con el cuerpo que tenía. Y, sí, me había fijado en su cuerpo porque, como no me prestaron la más mínima atención, algo tenía que mirar —y envidiar, todo sea dicho—.

—Sabes que le gustas, ¿verdad?

—¿A Enrique?

—No sé cómo se llama porque no me lo has presentado, pero supongo que sí, si es el tío que acaba de irse.

—¡Qué va! Lo que pasa es que nos llevamos muy bien.

—Hazme caso, ese no solo quiere llevarse bien contigo.

Carol desvió la mirada para centrarla en la mesa donde estaban y yo me arrepentí de haberle dicho eso. Todos sabemos que en ocasiones no nos fijamos en alguien hasta que descubrimos que esa persona está interesada.

—No sé, nunca me ha dado a entender nada de eso… —Se calló y se sonrojó como si recordara algo. No tuve ni idea de qué, pero pensé que ya había llegado el momento de desviar el tema hacia otra cosa que no fuera aquel tío.

—Le has contado a mi abuela lo mala que fue nuestra anterior cita —le dije medio en broma, pero con mucha curiosidad por saber qué contestaría.

—Lo siento, ya sabes que me llevo muy bien con ella y, no sé…, es que no puedo ocultarle cosas…

—Espero que eso no te pase siempre o tendremos un problema. —Yo lo solté con doble sentido y, por el color que adquirieron sus mejillas, ella lo entendió a la primera. Decidí apiadarme y echarle un cable—. No te preocupes, ya sé que mi abuela puede llegar a ser muy persuasiva. —Y si no que me lo digan a mí, que me había hasta amenazado.

—Ojalá yo tuviera una abuela así.

—Ya sabes que te la presto cuando quieras.

—Hablo en serio, tienes mucha suerte. —Percibí muy bien la tristeza en su voz.

—Lo sé. Soy muy consciente de ello. Pero no olvides que tú la tienes como amiga.

—Eso también lo sé.

—Menos mal que me acogió en su casa cuando todo se derrumbó… —Me callé de golpe cuando me percaté de que estaba entrando en un tema del que no quería hablar.

—Nunca supe qué os pasó a Carla y a ti, parecíais muy enamorados.

—Y lo estábamos; bueno, por lo menos yo. Ella no tanto, pero no quiero hablar de eso.

—Claro, lo entiendo —susurró posando su mano sobre la mía y haciendo que me sobresaltara. No esperaba ese contacto. Sin embargo, ella no retiró la mano y yo pude sentir su calor a través de

mi piel. Me reconfortó aquella caricia y cuando movió su dedo pulgar por ella hizo mucho más que reconfortarme, pues todas las terminaciones de mi piel parecieron despertarse. Contemplé unos segundos la unión de nuestras manos y después alcé la vista hacia ella. Ciertamente jamás había mirado dos veces a Carol, era la hermana pequeña de un amigo y nunca despertó mi interés. Aunque aquella noche, cuando posé los ojos en ella, no lo entendí, no comprendí cómo ni siquiera me había fijado en su boca, pues tenía unos labios gruesos y perfectos, en sus ojos, que transmitían calidez, y en el lunar que tenía justo encima de una de sus mejillas. Definitivamente me parecía imposible no haberme percatado de todo aquello antes, porque, tal y como había podido comprobar, debía de haber sido de los pocos tíos a los que se les escapara.

Ante mi silencio y el escrutinio al que la estaba sometiendo, Carol apartó su mano y yo sentí que la mía se quedaba fría.

13. Cumplir sueños

Carol

Sabía que hablar de Carla y de lo que pasó no le gustaba en absoluto. Lo corroboró la forma en que se tensó cuando le pregunté. Pero es que no podía evitarlo, siempre fue un tema que me generó mucha curiosidad y mi hermano se cerró en banda a explicarme nada. Carla y él parecían muy enamorados y se separaron rápido y mal; pero, claro, por la reacción de Enzo supe que tampoco él soltaría prenda de lo que les ocurrió.

Acariciar su mano resultó mucho más natural de lo que imaginé, si bien cuando posó sus ojos en mí y me miró con tanta intensidad la aparté. No tenía ni idea de qué era lo que miraba con tanto interés, solo se trataba de mí, la hermana invisible de su mejor amigo, a la que él jamás le había dedicado una mirada como aquella. Bueno, ni como aquella ni como ninguna, porque mirarme, lo que se dice mirarme, me miraba poco, por no decir nada.

Menos mal que al reanudar la conversación la tensión desapareció. Desde luego aquella cita no tuvo nada que ver con la primera, menos mal. Era verdad que me seguía mosqueando que yo conociera su vida al dedillo —pues jamás me perdía nada de lo que decía— y que él desconociera por completo cualquier detalle de la mía. Con todo, lo pasé bien, así que cuando llegamos a la puerta de su casa e insistió en acompañarme a la mía sonreí.

—No es como si tuvieras que dejarme en el portal de mi edificio, vivimos en el mismo bloque. No es necesario que subas un par de tramos de escaleras, puedo hacerlo sola.

—Ya sé que puedes hacerlo sola, pero quiero acompañarte.

Me abstuve de añadir nada más, empecé a subir los escalones y, cuando me giré para comentarle una chorrada, las palabras se quedaron atascadas en mi garganta al comprobar que sus ojos estaban posados en mi culo. ¿Desde cuándo Enzo me miraba el culo? Desde nunca, por supuesto. Me quedé tan cortada que volví a

girar la cabeza sin decir palabra. Descubrir aquello hizo que me pusiera nerviosa, ya ves tú qué tontería, como si ese pequeño y simple gesto fuera a cambiar algo entre nosotros.

Me paré en la puerta de mi casa sin dejar de mover las llaves que llevaba en mis manos.

—Lo he pasado muy bien. Hoy sí. Siento que el primer día fuera tan mal, pero espero que esta noche te hayas divertido —susurró con una inseguridad en su voz que yo había oído muy pocas veces.

—Sí, ha sido estupendo —murmuré lo más bajito que pude, pues lo último que deseaba era despertar a mi hermano, que saliera al rellano y que interrumpiera aquella despedida.

—¿Eso quiere decir que podemos quedar otro día? —preguntó, y ni en mis mejores fantasías imaginé que llegaría a tener tantas citas con él.

—Sí, podría ser… —respondí sonriendo.

—Se está haciendo la dura conmigo, señorita —replicó devolviéndome la sonrisa.

No fui capaz de responder a aquello porque Enzo se había acercado a mí y subido una de sus manos para acariciar mi mejilla. Contuve el aliento. Y continué conteniéndolo mientras él acortaba la distancia que nos separaba. En cuanto posó sus labios sobre los míos cerré los ojos. ¿Cuántas veces había soñado con eso? Tantas que sería imposible contarlas.

Agarró mi nuca con una mano y la parte baja de mi espalda con la otra, para acercarme más a él. Yo puse una de mis manos en su hombro y con la otra agarré bien las llaves para que no se me cayeran.

Fue un beso increíble, seguramente el mejor que había dado y me habían dado nunca —y el más esperado y ansiado, eso también —. Fue tierno, fue duro, fue sucio y terminó por dejarnos a los dos con la respiración entrecortada.

—Será mejor que me vaya y lo dejemos aquí. —Tuve ganas de oponerme a aquella afirmación, pero tenía razón, mi hermano estaba en casa y no era plan—. Buenas noches, Carol.

A mí lo que de verdad me apetecía era que entrara para poder continuar con aquello o que se marchara para poder bailar por mi

salón y celebrar que Enzo Acosta por fin me había besado. Y eso fue justo lo que hice en cuanto cerré la puerta de mi casa y así fue como me encontró mi hermano cuando se levantó a beber agua; seguramente lo había despertado el golpe de la puerta al cerrarse.

—¿Qué coño te pasa? —refunfuñó.

—A mí nada —respondí parando de golpe mi bailecito.

—Creía que te había dado un ataque de epilepsia —gruñó.

—Estoy de tan buen humor que ni tus comentarios de mierda van a poder afectarme.

Me marché a mi habitación sin volver a hablar con él. Estaba convencida de que a la mañana siguiente me sometería a un tercer grado, pero aquella noche era para mí y para recrearme una y otra vez en ese beso.

Aquel día entraba a trabajar un poco más tarde, si bien me desperté bastante antes de que sonara mi despertador y eso…, eso no venía siendo normal en mí. Pero aún fue más extraño que saltara de la cama como si llevara medio litro de café en vena. Me di una ducha rápida y estuve lista en tiempo récord. Hay que ver la energía que da cumplir sueños.

Caminé hacia la cocina y, tal como imaginaba, nada más poner un pie en ella mi hermano disparó la primera pregunta.

—¿Con quién quedaste ayer, que venías tan contenta?

—¿Desde cuándo tú y yo nos contamos esas cosas? —Era verdad que David y yo no entrábamos en demasiados detalles, pero sí nos contábamos con quién quedábamos o las citas que teníamos. Por eso no me extrañó que entrecerrara los ojos ante mi comentario.

—No te estoy pidiendo detalles, solo te he preguntado con quién has quedado —insistió.

—Es curioso que hasta hace un par de semanas llevara casi un año sin salir con nadie y que ahora me preguntes con quién fui a cenar.

—Carol, ¿puedes dejar de darle la vuelta a todo y de cambiar de tema?

—No es eso… —Llamaron al timbre y yo me sentí salvada por la campana.

Pero, cuando abrí la puerta y lo vi, casi se me cae la taza que llevaba entre las manos. Aquella escena se había repetido un millón de veces a lo largo de los años, aunque en ninguna ocasión anterior fue después de besarnos.

—Buenos días —saludó con seriedad, y mis mariposas del estómago pararon de volar en seco—. ¿Está David? —Creo que disimulé bastante bien lo mucho que me dolió aquella pregunta. No se trataba de que esperara que fuera a verme a mí y que de buena mañana nos fundiéramos en un bonito beso matutino, pero tampoco puedo decir que me hubiera encantado la idea de que me ignorara de aquella manera.

—Sí, en la cocina. ¿Está tu abuela en tu casa? —Y la voz me salió mucho más firme de lo que pensé.

—Sí, también en la cocina —respondió seco.

—Pues bajo a verla y os dejo solos.

—Genial.

Nada, ni una sonrisa ni un guiño. Nada. Actuaba como si la noche anterior no nos hubiéramos besado o, peor aún, como si ni siquiera hubiéramos quedado.

Yo bajé las escaleras como si me pesara el cuerpo.

—Vaya, visita a primera hora de la mañana. ¿No trabajas hoy?

—Sí, pero empiezo más tarde.

—Anda, entra, que he hecho tortitas —dijo Olga echándose a un lado. Al pasar junto a ella me entraron unas inmensas ganas de abrazarla y quedarme allí el resto de mi vida.

14. Estaba jodido

Enzo

Aquella noche no logré dormir mucho. Quizá fuera la mala conciencia, o tal vez se debiera a que no lograba sacarme de la cabeza el beso que Carol y yo habíamos compartido y lo mucho que me costó apartarme de ella y dejarlo ahí. El caso fue que me dormí a las tantas y me desperté casi al alba, por eso me vestí y estuve listo mucho antes de la hora habitual y decidí subir a hacerle una visita a mi amigo.

Cuando ella me abrió la puerta una mezcla de sentimientos me aplastaron, pero por encima de todos estaba la culpa. He de reconocer que en la cita de la noche anterior ni siquiera había pensado en la dichosa apuesta, pero aquella mañana se cernió con más fuerza sobre mí.

Tuve ganas de agarrarla de la cintura y besarla. Nunca me di cuenta de lo guapa que estaba con aquel conjunto —que no sabía si lo había visto anteriormente, pues no me sonaba de nada y, si la hermana de David hubiera llevado una prenda tan ceñida a su cuerpo habría reparado en ella, ¿verdad?— y con los labios y los ojos un poco hinchados por el sueño. No, jamás me había fijado en nada de eso, pero parecía que a partir de aquel momento no se me escaparía ni un solo detalle que tuviera que ver con Carol.

En un intento por mantenerme firme y no acercarme a ella para besarla, mis palabras salieron con más dureza de la habitual y pude comprobar la sombra que pasó por sus ojos cuando directamente le pregunté por su hermano.

Lo que no pude controlar fue que mis ojos la siguieran con la mirada mientras bajaba las escaleras que la llevaban a mi casa. Nada más perderla de vista cerré la puerta y llegué a la cocina arrastrando ligeramente los pies.

—Buenos días —saludé al entrar, y fui directo a por una taza de café porque sabía que iba a necesitarla.

—Enzo, déjalo ya —bramó mi amigo desde su silla.

—¿Que deje el qué? —Sabía muy bien a qué se refería.

—A mi hermana, la apuesta, todo. Déjalo todo, te lo pido por favor.

Me senté frente a David porque sabía que aquella conversación la íbamos a mantener tarde o temprano, y por lo visto sería aquella mañana.

—David, por extraño que te parezca, cuando anoche quedé con ella no me acordé de la apuesta ni una sola vez.

—Así que fue contigo con quien quedó —afirmó como para sí mismo—. Debería haberlo imaginado. Y deduzco, por cómo llegó, que la cita fue bien.

—Eso es exactamente de lo que quería hablar, de que fue muy bien, de que me sentí genial con ella y de que no… —Mi amigo no me dejó terminar la frase.

—¡Basta! ¿No crees que es mucha casualidad que justo ahora te fijes en ella?

—¿Justo ahora?

—Sí, justo cuando empieza a salir con Sebas.

—Sí; reconozco que al principio fue así, que si di el primer paso fue por eso, pero es que, cuanto más la conozco, más fascinante me parece.

—Enzo, la conoces de toda la vida. Solo has quedado con ella dos veces ¿y ya te parece fascinante?

—Lo que no acabo de entender es cómo no me había fijado antes.

—Pues has tenido un montón de oportunidades. Hablo en serio, si no la dejas tranquila le contaré la verdad. Lo extraño es que no lo haya hecho ya, lo cierto es que he estado un par de veces a punto, pero siempre había algo que terminaba interrumpiéndome.

—No le digas nada, será mejor que sea yo mismo quien hable con ella.

—Pues date prisa o lo haré yo. Carol no se merece que juegues así con ella.

—Te aseguro que no estoy jugando.

—Enzo, Carol lleva toda la vida enamorada de ti, todo esto terminará explotándole en la cara y no pienso consentirlo. Una cosa es que en una noche de borrachera se dijera la tontería de la apuesta y otra muy distinta que la lleves a cabo.

—Ya te he dicho que ni siquiera me acuerdo de la maldita apuesta. No la he tenido en mente ni una sola vez.

—No, pero estoy seguro de que sí te acuerdas de Sebas y de que Carol está saliendo con él.

Ahí tuve que callar porque David me conocía demasiado bien y sabía de sobra lo que tan solo pronunciar su nombre despertaba en mí.

—Yo he podido juntar unos cuantos días que me debían en la empresa y me largo a Londres, a casa de John. Si cuando regrese no le has contado nada, se lo diré yo.

Vale, disponía de algunos días de plazo para poder hablar con ella. No tenía ni puta idea de por dónde empezar a explicarle todo lo que había sucedido, pero contaba con tiempo —o eso fue lo que yo creí, claro—.

—Lo haré, no te preocupes —murmuré, y David no me respondió.

Después de aquello no volvimos a hablar y, en cuanto me terminé el café, me despedí de él y regresé a casa de mi abuela.

Las encontré a las dos sentadas en la terraza, como era habitual en ellas. Incluso cuando refrescaba se sentaban allí tapadas con mantas.

Observé que delante de Carol había un plato con una torre inmensa de tortitas coronada con frutos rojos y algo que parecía miel. Se me hizo la boca agua y no tenía claro si por la comida o por ver cómo se la comía ella.

—Yo también quiero —dije mirando a mi abuela, con un tono que sonó a queja.

—Envidioso —murmuró Carol.

La miré para hacerle una burla, pero la sonrisa que me dedicó me dejó momentáneamente deslumbrado.

Analicé la situación; lo que Carol empezaba a despertar en mí y lo que tendría que aclarar con ella, y pensé que aquello no haría

más que complicarse. Pero es que, cuando levanté la vista hasta toparme con los ojos de mi abuela y comprobé la forma en la que me miraba, tuve claro que estaba jodido.

Mucho.

15. Conectar con dos hombres

Carol

Estaba terminando de ponerme el rímel cuando sonó mi móvil. Era un wasap de mi hermano. Parecía mentira, pero la casa estaba vacía y aburrida desde que se marchó. Y, sí, ya sabía que solo hacía dos días que se había ido y que volvería dentro de poco, pero lo echaba de menos.

David:
Espero que estés saliendo mucho a la calle, se me había olvidado el mal tiempo de Londres. Esto es deprimente. Lo peor es que hay gente que vive aquí todo el año.

Yo:
Ja, ja, ja. Sí, básicamente todos los londinenses. Anda, no seas quejica y disfruta, que Londres es espectacular en esta época del año.

David:
Sí, maravilla pura.

Yo:
Desde luego, no hay quien te entienda. Cuando estás aquí te pasas el día deseando ir a Londres, y cuando estás allí no haces más que quejarte.

David:
Es que no es Londres precisamente lo que extraño, sino a John.

Yo:
Ahí voy a callarme porque eso ha sido bonito. ¿Cómo está?

David:
Bien. Un poco agobiado porque tiene mucho trabajo, pero bien.

Yo:
Por cierto, ¿cuándo vuelves? Porque no terminas de concretar fechas.

David:
Es que no estoy del todo seguro, ya te iré contando. Y tú, ¿qué haces?

Yo:
Pues estaba terminando de maquillarme para, como tú dices, salir a la calle.

David:
¿Has quedado?

Yo:
Sí, con Sebas. Y voy a dejarte, que si no terminaré llegando tarde.

David:
Te quiero.

Yo:
Yo también te quiero.

Guardé el móvil en mi bolso y salí corriendo, aún no había llegado abajo cuando volvió a sonar. Pensé que David debía de estar aburriéndose mucho en Londres, pero no era él.

El amor de mi vida:
¿Estás en casa? He pensado que podríamos ver una película juntos.

Ya era mala suerte que, justo la noche que quedaba con Sebas, Enzo me propusiera un plan como ese.

Yo:
Lo siento, pero esta noche estoy fuera, he quedado.

El amor de mi vida:
Ah, bueno, pues lo dejamos para otro día.

Yo:
Sí, claro. Ya lo hablamos.

Enzo se desconectó y no me contestó, aunque tampoco había mucho que responder.

Tan concentrada iba pensando en aquella conversación que llegué a donde había quedado con Sebas sin apenas darme cuenta.

—Hola, Sebas —saludé acercándome a él.

El saludo fue raro, pues, a pesar de que ya nos habíamos besado, después de unir mis labios a los de Enzo no estaba segura de querer volver a besar a Sebas. Yo era de la premisa de que no hacía a los demás lo que no me gustaba que me hicieran a mí. Lo malo era que no estaba segura de la relación que tenía con Enzo. Tal vez no fuera a más, y menos después del recibimiento que me había dado después de nuestro primer beso. Era cierto que cuando estuvimos en la terraza de su abuela su comportamiento cambió y que me había enviado algún mensaje sin importancia después de eso; pero, vaya, nada hacía presagiar que nuestra «relación» iba a pasar de ahí. Por eso tenía la cabeza hecha un lío y no sabía qué hacer con Sebas.

En un principio quedé con él, aquella noche, para decirle que dejáramos de vernos, pero a medida que avanzaba la velada no lo vi tan claro, pues no parecíamos más que dos amigos cenando juntos. Y, la verdad, es que tampoco vi en Sebas un interés especial en que fuéramos algo más.

El restaurante que habíamos elegido era bastante normalito, si bien la comida estaba rica. Llevábamos un rato hablando de cosas banales cuando noté cómo Sebas se tensaba y supe que iba a preguntarme algo que le incomodaba.

—¿Qué tal está tu hermano?

La pregunta no me resultó extraña, pues Sebas había sido muy amigo tanto de David como de Enzo y Óscar.

—Está bien, como siempre. Ahora pasando unos días en Londres.

—¿Y Enzo? —Ahí quien se tensó un poco fui yo, porque no me apetecía hablar de él con Sebas.

—También está bien.

—Me alegro. A ver si cuando vuelva tu hermano podemos subir un día a tu casa y lo saludo. —Sí, aquella propuesta me pareció algo extraña, pero pensé que su única intención era coincidir, si se daba el caso, con mi hermano. No le di más vueltas.

—Claro —respondí sin pensarlo.

El resto de la noche me sentí sumamente cómoda con él. Sebas tenía un carácter divertido y fácil. Ya lo conocía de cuando era amigo de mi hermano y, aunque por aquel entonces no llegué a mantener una conversación solo con él, sí lo habíamos hecho en los muchos cafés que tomamos en los descansos del trabajo. Sin embargo, aquella noche parecía más animado de lo normal. Me reí mucho y cuando quise darme cuenta ya estaba de vuelta en mi casa.

—Lo he pasado muy bien —dijo cuando llegamos a mi puerta.

—Yo también, no tenía ni idea de que fueras tan divertido.

—¿Me estás llamando payaso? —Le di un golpe en el brazo porque sabía que bromeaba.

La despedida fue un abrazo que nos salió con toda la naturalidad del mundo y quedamos para tomar café en nuestro próximo descanso, en el bar de siempre.

Cuando aquella noche me metí en la cama sonreí, parecía que había conectado con dos hombres. Con uno para lo que parecía el comienzo de una bonita amistad —muy a lo Humphrey Bogart—, y con el otro…, con el otro no tenía ni la menor idea de en qué punto me encontraba, pero desde luego jamás imaginé que llegaría a estar donde estaba.

16. Ten cuidado con lo que deseas porque puede hacerse realidad

Enzo

Dejé el móvil encima de la mesita de noche e intenté apartar a un lado la extraña sensación que me invadió cuando Carol me dijo que había quedado con alguien.

Y, como ella no podía salir conmigo porque ya tenía planes con otra persona, decidí llamar a Óscar para ir a tomar algo, pero antes de salir de mi habitación tuve que enfrentarme a lo que llevaba tiempo esquivando: mi queridísima abuela.

Cuando apenas había llegado al salón, ella se giró y espetó:

—Haz el favor de sentarte ahí. —Me dio la orden señalando una silla. Por supuesto lo hice sin rechistar—. La otra vez que te pedí explicaciones dejé que me contaras una sarta de tonterías, pero en esta ocasión no vas a tener tanta suerte, así que ya puedes empezar a desembuchar.

—Abuela…

—Ni abuela ni leches, ¡que hables!

—Pero ¿no puede ser que Carol haya despertado mi interés? —Mi abuela me miró alzando una ceja.

—No; te conozco y sé que no es eso, o por lo menos no se trata tan solo de eso. —Recalcó la palabra «solo»—. Hay algo más y quiero saber lo que es.

Resoplé, ella clavó su mirada como si pudiera ver dentro de mí y supe que estaba perdido, no me dejaría tranquilo hasta que se lo contara. Me contemplaba igual que aquella vez que rompí su figura favorita y le eché la culpa a mi perro. No sé cómo, pero ella sabía que había sido yo y no me dejó hasta que lo confesé. Temía, o más bien sabía, que en aquella ocasión sería igual. Aunque yo no fuera ya un crío, estaba claro que ella seguía ejerciendo el mismo poder sobre mí.

—Todo empezó por una tontería que ahora no tiene ninguna importancia…

—Vale, pues quiero saber qué tontería es y deducir por mí misma si tiene o no importancia.

—Habíamos bebido —dije a modo de excusa— más de la cuenta y Óscar se puso a decir chorradas…

—No me sirve; si no sabes beber sin liarla, mejor no bebas —me regañó.

—Vale, abuela, solo era por ponerte en antecedentes de la situación.

—Ahórratelos y ve directo al grano.

—De acuerdo, pues me enteré de que Sebas había salido con ella y Óscar me retó.

—Deberías empezar a olvidarte de Sebas, te lo he dicho más de una vez. ¿Y qué quieres decir con que te retó?

—Que hicimos una apuesta.

—¡¿Me intentas decir que estás saliendo con Carol por una maldita apuesta?! —La verdad era que sonaba fatal.

—Eso fue solo al principio; luego, cuando quedé con ella…

—Me da exactamente igual lo que pasara luego, no deberías haberla metido en medio de esto. Quiero que lo arregles antes de que la pelota se haga más grande.

—Dame tiempo, porque no sé…

—Tiempo es precisamente lo que no tienes.

—Estoy buscando el momento adecuado.

—Enzo, no hay un momento adecuado para hacerle daño a otra persona, lo único que puedes hacer es confesarlo antes de que el daño sea irreparable. ¿Me has entendido?

—Perfectamente. —Si la conversación no fuera tan seria me habría levantado para cuadrarme.

—Entonces hazlo, y hazlo ya.

Dicho esto, mi abuela se dirigió a la cocina. Estaba muy enfadada, lo sabía por lo tajante de su última frase.

Apoyé los codos en la mesa y me amasé el pelo. En el fondo sabía que mi abuela tenía razón. Debía hablar con Carol y aclarar las cosas antes de que se complicaran más.

Salí de casa porque ya había quedado con Óscar, pero no tenía ningunas ganas. Acordamos encontrarnos en la puerta de un restaurante que nos gustaba mucho a los dos. Ya sabía que salir con él, los dos solos, no era una de mis ideas más brillantes, pero pensé que se conformaría con tomar algo y marcharnos cada uno a su casa. No fue así. Aunque por más que insistió me negué a acompañarlo a otro local. Tenía ganas de llegar a casa y meterme en la cama, la conversación con mi abuela me había dejado el cuerpo raro.

Aceleré el paso para llegar cuanto antes, ya no me quedaba demasiado y fue al girar la esquina cuando la oí. Al principio pensé que me lo había imaginado, pero seguí aquel sonido y entonces los vi.

Carol reía con la cabeza ligeramente inclinada hacia un lado y lo miraba sonriendo. No sabría decir qué fue lo que pasó por mi cabeza en aquel momento, pero una ira profunda y antigua me invadió.

Aparté la vista de ellos y casi corrí hasta mi casa.

Cuando aquella noche me metí en la cama, solo pude pensar en una cosa: por encima de todo iba a alejar a Carol de Sebas.

Aunque yo me perdiera por el camino.

Me levanté con un solo objetivo en mente, así que lo primero que hice fue coger el teléfono y enviarle a Carol un mensaje.

Yo:
Guárdame un ratito durante esta semana para quedar a cenar.

La hermana de David:
No hago nada ninguna noche de esta semana, pero no quiero irme a dormir tarde.

Yo:
Tu hermano no está, podemos pedir algo y cenar en tu casa mientras vemos una peli.

Tardó unos instantes en contestar y yo pensé que quizá había sido demasiado directo.

La hermana de David:
Vale. ¿Te va bien el martes?

Yo:
Perfecto.

De verdad que no tenía claro qué pretendía quedando en su casa, para cenar, los dos solos. El único pensamiento que ocupaba mi mente era joder a Sebas.

¿Conocéis ese refrán que dice «ten cuidado con lo que deseas porque puede hacerse realidad»?

Pues eso.

17. Rodeada de amigas

Olga

Aquel día me levanté enfadada. Cabreada con Enzo porque pensaba que la vida ya le había dado lecciones suficientes como para convertirlo en un hombre de provecho, y darme cuenta de que no había sido así me mosqueaba sobremanera.

También triste porque hacía mucho tiempo que sabía lo que Carol sentía por él. Lo mal que lo había pasado por ello y lo ilusionada que estaba con el cambio obrado en mi nieto. Cambio que, por lo que descubrí la noche anterior, nada tenía que ver con un interés real.

Si me preguntaban a mí podría afirmar que lo que para mi nieto empezó siendo una apuesta se había convertido en algo diferente, ya que por primera vez le dio una oportunidad a Carol y, o mucho me equivocaba, o se estaba dando cuenta de lo maravillosa que era esa muchacha. El problema residía en que yo tenía la sospecha de que nada bueno iba a salir de todo aquello.

Me levanté refunfuñando y di gracias porque aquel día había quedado e iría a comer con las chicas. Con ellas podría desahogarme y pedirles sus puntos de vista, que siempre venían bien.

Por primera vez en mucho tiempo fui la primera en llegar al bar de Juan. Y es que todo aquel tema me tenía preocupada y necesitaba salir de mi casa cuanto antes.

Me senté en nuestra mesa de siempre y esperé a que llegaran, ya que sabía de sobra que Marga no tardaría mucho. No me equivoqué, pues apareció un minuto antes de la hora.

—Buenos días —saludó antes de sentarse—. Esperamos a que llegue Sole y así nos explicas a las dos, que me has dejado un poco intranquila. Te noté muy seria por teléfono.

—Sí, la verdad es que no he dejado de darle vueltas al tema.

—Vaya, no sé… —Marga no pudo terminar la frase porque Sole la interrumpió.

—Hoy no puedes decirme nada, apenas me he retrasado dos minutos —se defendió antes de sentarse.

—Pues dos minutos que llegas tarde —contraatacó Marga.

—Esta mujer tiene un problema con la puntualidad.

—No, las que tenéis un problema con llegar a la hora sois vosotras, que… —Decidí pararlas antes de que se enzarzaran en una discusión.

—Bueno, ¿queréis saber por qué os he llamado? —Aquella simple pregunta sirvió para que se callaran en el acto.

Les conté todo lo que me había explicado mi nieto, sin dejarme ni un solo detalle. En cuanto terminé llegaron sus reacciones.

—¡Una apuesta! —gritó Marga.

—Sí, una maldita apuesta —respondí.

Las había puesto al día de todo lo que Enzo me había contado, pero no expuse mi punto de vista por miedo a estar equivocada. No quería precipitarme sacando conclusiones, aunque conocía a mi nieto como si fuera mi hijo y estaba prácticamente segura de que no me equivocaba y de que él empezaba a ver a Carol por primera vez en su vida. Y no solo eso, me atrevería a decir que le gustaba lo que veía.

—Pero cuando esa chica se entere…

—Cuando eso ocurra, lo va a pasar fatal —refunfuñé.

—¿No sería mejor que se lo dijeras? Quieres muchísimo a Carol, es buena chica y yo creo que merece saberlo —opinó Sole.

—Yo también creo que merece saberlo; sin embargo, no soy la persona que debe decírselo.

—Ya sé que lo ideal sería que se lo contara Enzo, pero ¿y si él no lo hace?

—Tendrá que hacerlo tarde o temprano —alegué con toda la seguridad que pude.

—Sí, claro; pero cuanto más se lo piense, más daño le hará.

—Si veo que se retrasa, seré yo misma quien se lo diga —aclaré.

—Esa chica va a pasarlo fatal, se lo diga ahora o de aquí a unas semanas. ¿A quién se le ocurre hacer una apuesta con algo así? —se quejó Marga.

—La verdad es que si mi nieto fuera un crío lo hubiera castigado de por vida, pero ya es mayorcito y él mismo pagará las consecuencias de lo que está haciendo. Solo espero que, cuando eso suceda, aprenda algo.

—Hay que reconocer que el pobre lo pasó fatal con Carla… —Marga sentía devoción por Enzo.

—Sí, pero eso no le da derecho a comportarse así con Carol, ella no tiene la culpa. —Y Sole por Carol.

—No, claro que no. Yo no he dicho eso —se defendió Marga.

—Chicas —susurré intentando poner paz—, ya sabéis lo mucho que yo quiero a los dos, pero en esta ocasión no puedo justificar lo que Enzo está haciendo. Tal vez no sabe lo que Carol siente por él, estoy casi segura de ello. Puede intuir cierta atracción, pero no todos los sentimientos que esa chica tiene desde hace tanto tiempo, aunque eso no es excusa para que se comporte como lo está haciendo.

Justo en ese instante llegaron los platos, así que hasta que no terminamos la paella no volvimos a hablar.

—Juan se supera cada día —suspiró Marga. Las paellas de Juan eran impresionantes y nosotras no nos las perdíamos jamás.

—Pues sí, porque hoy estaba espectacular.

—Volviendo al tema de antes, tienes que mantenernos informadas. Podríamos hacer un grupo de esos que hacen ahora los jóvenes.

—¿Un grupo de WhatsApp? —pregunté incrédula.

—¡Sí, eso!

—¿Y para qué demonios vamos a querer nosotras un grupo de esos? —volví a preguntar.

—Pues para estar al día.

—Si hubiera alguna novedad es tan sencillo como llamarnos por teléfono y quedar. Yo quiero enterarme de las cosas cara a cara. Y salir de casa para veros, por supuesto —soltó Sole de carrerilla, como si se tuviera el discurso aprendido.

—Pues también es verdad —terminó cediendo Marga .

Yo no pude decir nada porque estaba completamente de acuerdo con Sole. En aquellos momentos aún me encontraba acompañada

por Enzo. Y, aunque vivir sola tenía su parte buena, la mala intentábamos suplirla quedando con frecuencia y saliendo de casa con asiduidad. Y es que las vivencias, los problemas, las alegrías y las tristezas se llevaban mucho mejor rodeada de amigas.

18. La peor cita

Carol

Aquella misma mañana había coincidido con Sebas a la hora del café. No mencionó nada de volver a quedar ni tampoco lo hice yo. Estaba cómoda con él, aunque de una manera muy distinta a la que Enzo me hacía sentir. Por eso pensé que estaría bien dejarlo ahí. Que tal vez podríamos quedar en alguna otra ocasión, tomar el café juntos y esas cosas, pero nada más. De esa manera podría centrarme en Enzo y en las citas que tenía con él. Aunque, bien pensado, si me concentraba un poco más acabaría desmayándome, pues ya estaba lo suficientemente nerviosa sabiendo que aquella noche cenaríamos solos en mi casa como para darle más vueltas al tema.

En cambio, la vida tenía otro plan preparado para mí, dado que aquella mañana me levanté con dolor de cabeza, pero, a medida que el día avanzaba, peor me iba sintiendo. Cuando salí del trabajo, me encontraba tan mal que prácticamente me arrastré a mi casa y de mi casa a mi cama. Por el camino cogí el termómetro y unas pastillas para ver si tenía fiebre. Cuando me quité el termómetro, me asusté. No recordaba la última vez que había tenido la temperatura tan alta. Me tomé la pastilla y, cuando me hizo efecto y los temblores cesaron, me quedé dormida.

Me despertó un estruendo que no supe de dónde provenía. Me di cuenta enseguida de que se me había pasado el dolor de cabeza, aunque continuaba hecha polvo. El estruendo volvió a sonar y me percaté de que se trataba del timbre, así que me arrastré hasta la puerta.

Cuando la abrí y vi a Enzo parpadeé un par de veces. Me pareció tan guapo que por un momento dudé de si estaba despierta o seguía soñando.

—¿Qué te pasa? —preguntó con la preocupación reflejada en su voz.

—Creo que me estoy muriendo —dramaticé.

Él sonrió de medio lado por mi exageración.

—¿Puedes traducírmelo? —pidió.

—Que me he resfriado, me ha subido mucho la fiebre y estoy destruida.

—Anda, vuelve a la cama, que voy a prepararte algo para cenar.

—¿Tú sabes cocinar? —pregunté perpleja, no por el hecho en sí, sino porque no quería que Enzo siguiera sumando puntos a su ya abultada lista de cosas que me gustaban de él.

—No, pero para calentar un poco de caldo y ponerle algo de pasta no necesito una estrella Michelin, ¿verdad?

—Tienes razón. —Nada de puntos extras, todo bien.

—Déjame un momento las llaves, que voy a ir a mi casa. Mi abuela siempre tiene caldo congelado y eso revive a un muerto.

Yo me había acomodado en el sofá en cuanto Enzo entró en casa y creo que mientras él preparaba la sopa volví a quedarme dormida, porque no recuerdo mucho. De pronto lo vi salir de mi casa y cuando volví a abrir los párpados estaba sentado junto a mí, en el sofá, con un cuenco entre las manos.

—Carol —susurró para que me incorporara.

—Voy —respondí, pero levantarme me costó más de lo que pensé.

—Toma —dijo tendiéndome el cuenco con caldo—, te sentará bien. Dime dónde está el termómetro y te lo pones.

—Hace poco que me he tomado la pastilla, seguramente aún no me haya subido la fiebre.

Sin embargo, cuando el termómetro pitó me di cuenta de que sí tenía. Además, bastante alta.

—Carol, será mejor que te vistas. Tienes mucha fiebre, deberías ir al médico.

Lo miré un momento, o quizá no fue solo un momento, porque Enzo se removió incómodo.

—Qué guapo eres —solté, y en cuanto me di cuenta de que lo había dicho en voz alta me llevé las manos a la boca.

—Anda, vamos, que creo que empiezas a delirar.

—No, no desvarío. —Me acerqué a él sin ser consciente de que aún sujetaba el cuenco de caldo. Estuve a punto de derramármelo encima.

—Dame eso o terminarás quemándote. Cuando volvamos, si tienes hambre, te lo tomas.

—¿Cuando volvamos?

—Del hospital, Carol. Ahora vamos a ir al médico —explicó, como si a mí me costara entender lo que decía.

—¿Vas a acompañarme al médico? —Después de eso me dio la risa; yo creo que tenía razón y que empezaba a delirar, porque tengo un sutil recuerdo de estar como flotando.

—Hombre, desde luego no estás para ir sola. —En eso tenía toda la razón.

Intenté levantarme para ir a vestirme, pero no fui capaz de hacerlo. Mi cuerpo parecía no poder sostenerme. Me flojeaban las piernas y tenía un temblor y una especie de cansancio muy raro. Joder, qué sensación más mala.

—¿Dónde intentas ir?

—A vestirme de persona normal.

—Vale, dime qué necesitas y te lo traigo.

Me había puesto el pijama al volver del trabajo, lo que necesitaba era quitármelo y ponerme algo de ropa, pero —por muy mal que estuviera y muchos delirios que sufriera— me negaba a que lo hiciera él. El problema era que el simple hecho de levantarme del sofá ya se me hacía casi imposible, así que no quería ni pensar en lo que supondría desvestirme para volverme a vestir.

—Casi no puedo moverme, pero no quiero ir al médico con el pijama —lloriqueé.

—Pues, a menos que quieras que te vista yo, no te va a quedar más remedio. —Su nuez se movió al tragar saliva después de decir esa frase.

—Tampoco veo nada de malo en ir así; total, los médicos ya deben de estar acostumbrados. —Desde luego, si era Enzo el que iba a desnudarme, mejor me largaba en pijama. En otro momento hubiera sido una idea que me hubiera encantado, pero, tal y como estaba…

Enzo soltó una carcajada y me ayudó a levantarme. No tenía claro si lo de moverme fue mala idea o que cada vez me encontraba peor, pero me mareé y tuve que pararme.

—Vamos a hacer una cosa —propuso tumbándome de nuevo—. Voy a pedir un taxi porque no te veo en condiciones de caminar hasta el coche y después volver a hacerlo del aparcamiento al hospital. Cuando esté en la puerta te ayudo a llegar hasta él.

Dejé caer la cabeza en el cojín y pensé que, después de los nervios que había pasado por aquella cita con Enzo, nada estaba saliendo como esperaba.

Lo que aún no sabía era que iba a pasar la noche en urgencias y que no llegaría a casa hasta la mañana siguiente. Eso sí, Enzo no se separó de mi lado en todas las horas que estuve allí, por más que insistí en que se marchara a descansar.

Lo bueno que saqué de aquella noche fue que, si Enzo me vio delirando, con una bata de hospital y vomitando en un barreño, ya no era posible que tuviera una cita peor que aquella.

19. Aquello no tenía vuelta atrás

Enzo

Supe que Carol tenía que ir al hospital en cuanto miré el termómetro. Bueno, tal vez sospeché que no estaba bien cuando me soltó a bocajarro lo guapo que era, pero lo del termómetro me lo confirmó.

Debo confesar que casi me vi rezando cuando dijo lo del pijama, porque no me sentía capaz de desnudarla. A ver, que si tenía que hacerlo lo haría y ya está, ella estaba enferma y yo me había quedado para ayudarla; pero he de reconocer que resoplé agradecido a algún dios en el que no creía cuando finalmente descartó cambiarse de ropa.

No tardamos mucho en llegar, pues a esas horas no había casi tráfico. Nada más mirar a través de la puerta me percaté de que la sala de espera estaba llena. Por lo visto, se encontraba todo el mundo igual y había un montón de gente en urgencias con síntomas muy parecidos a los de Carol. Por ese motivo el tiempo allí se alargó más de lo que pensé en un primer momento. Tanto que, entre que la atendieron y le hicieron algunas pruebas, terminamos pasando la noche en el hospital. Sin embargo, por más que insistió en que me marchara, ni se me pasó por la cabeza hacerlo. Es cierto que cuando le lograron bajar la fiebre se sentía mucho mejor, pero ni con esas iba a largarme de su lado.

No puedo concretar el motivo exacto que me llevó a contárselo a David —quizá la preocupación, lo indefensa que la vi o todas las veces que él me llamó—, pero, en cuanto le dije que su hermana estaba en el hospital, no dejó de acribillarme a mensajes y llamadas.

Y, sí, me arrepentí de habérselo contado, porque podía haber esperado a que Carol estuviera bien y que fuera ella quien lo aguantara. El caso fue que lo hice y que me tocó a mí soportarlo. Sea como sea, no puedo decir cuál de los motivos anteriores tuvo la culpa (quizá fuera una suma de todos) de que un sentimiento

extraño, una mezcla de protección, preocupación y una inmensa ternura se apoderara de mí. Pero no como la que podía haber sentido hasta hacía relativamente poco, no; no era una ternura como la que se siente por una hermana o en este caso por la hermana de tu mejor amigo, aquello era diferente. No quise darle demasiadas vueltas y lo achaqué a lo terriblemente cansado que me encontraba, y es que siempre me sorprendía lo que destroza un hospital cuando solo vas de acompañante y no haces otra cosa que permanecer sentado en una silla.

Cuando por fin dijeron que Carol podía marcharse fuimos directos a su casa. La dejé metida en su cama con la medicación y el móvil en la mesita y con su firme promesa de que me llamaría al mínimo síntoma de fiebre, ya que con la medicación que le habían dado eso no debía ocurrir.

—Intenta descansar, que llevas toda la noche despierta —dije mientras caminaba hacia la puerta.

Me llegó un sonido indescifrable, con voz somnolienta, por lo que deduje que antes de cerrar la puerta de la calle Carol estaría dormida.

En cuanto llegué a mi casa hice algo por primera vez en mi vida: llamé al trabajo para avisar que había pasado mala noche, que me encontraba mal y que no podía ir.

Me metí en mi cama y creo que antes de poner la cabeza en la almohada ya estaba dormido. Dormí unas cuantas horas, y digo «unas cuantas» porque me desperté sobresaltado cuando a mi móvil llegó un mensaje. Me preocupé por si era de Carol, pero me equivoqué; solo se trataba de un compañero de trabajo, preguntando cómo me encontraba. Miré el reloj y me percaté de que llevaba cerca de cinco horas durmiendo y de que, a pesar de que Carol no me había dicho nada, tal vez me necesitara. Así que me levanté, me di una ducha y me fui directo a su casa.

Cogí las llaves que mi abuela guardaba de la casa de ellos por si Carol aún estaba durmiendo, aunque llamé primero para no entrar sin avisar. No tardó mucho en abrir.

—No sé si darte las gracias o matarte —soltó de pronto apoyada en la puerta.

—¿Y eso por qué?

—No te imaginas la de veces que me ha llamado David, quería hasta adelantar su regreso de Londres —dijo poniendo los ojos en blanco.

Y es que, a pesar de que mi amigo se había ido para unos pocos días, cuando estos pasaron llamó para comunicarnos que iba a alargar su estancia allí.

—¿Y qué le has dicho? —pregunté cruzando los dedos, porque, por mucho que quisiera a David, me gustaba tener su casa para Carol y para mí.

—Al final he logrado convencerlo. Estaría loco si volviera por una simple gripe.

—Hombre, yo no la llamaría simple. Has estado bastante regular —respondí mientras ella se echaba a un lado para que yo pudiera pasar.

—Joder, no recuerdo haberme puesto nunca tan mala, pero hoy estoy bastante mejor. Oye, ¿y tú qué haces, que no estás trabajando?

—Estaba destrozado.

—Ay, lo siento mucho. Mil gracias por quedarte anoche conmigo.

—No hay de qué, pero que te encuentres mejor no quiere decir que estés recuperada del todo, así que será mejor que vuelvas a la cama.

—En realidad, he terminado de ver una película e iba a ponerme otra.

—Has dormido poco, entonces.

—Me había cansado de estar en la cama.

—Pues venga, que te acompaño.

—¿Qué quieres ver? —preguntó a la vez que se acomodaba en el sofá.

—Me da igual, porque voy a quedarme dormido en menos de diez minutos.

—Pues menuda compañía —ironizó.

—La compañía es la mejor, solo que estaré con los ojos cerrados —bromeé.

Efectivamente, ni siquiera sé qué película eligió porque en cuanto me acomodé en el sofá me quedé frito.

Tampoco tengo ni idea del tiempo que estuve durmiendo, pero me desperté un poco desorientado. Incluso me costó unos segundos averiguar dónde me encontraba, aunque no tardé mucho en comprobarlo.

Carol también se había quedado dormida y apoyaba su cabeza cerca de mi hombro, pero no encima de él. La observé unos instantes. Nunca me había dado cuenta de lo largas que eran sus pestañas ni de lo grueso que se veía su labio superior. Llevé una mano hacia él para poder tocarlo, lo hice con mucha suavidad porque no quería despertarla, debía de estar muy cansada. No soy capaz de recordar cuánto tiempo estuve observándola hasta que noté algo extraño en el estómago. Me levanté como un resorte y me giré para asegurarme de que no la había despertado, después entré en la cocina. Debía preparar algo, pues seguramente lo que había notado era hambre y lo menos que podía hacer era cocinar para que cuando ella se levantara pudiera comer antes de que le tocara tomarse las pastillas.

Por aquel entonces no tenía ni puta idea de la vida y sabía poco del amor, pero me estaba enamorando de Carol y aquello no tenía vuelta atrás.

20. La primera vez que me rompían el corazón

Carol

No tardé mucho en recuperarme por completo. Hasta ahí todo bien y normal, estábamos hablando de una simple gripe, por muy mal que me hubiera encontrado. Lo que me tenía completamente desconcertada eran los cuidados de Enzo. No sabría decir con claridad si me gustaban o si me resultaban excesivos. Podría ser que fuera la falta de costumbre de que Enzo me prestara tanta atención, aunque también era probable que lo hiciera amenazado por mi hermano, que se había puesto de lo más pesado. Fuera como fuese, Enzo pasaba la mayor parte de las horas conmigo. Vimos series y películas, hablamos hasta bien entrada la madrugada, cocinamos juntos y cuando estuve más recuperada salimos a cenar. Una cena informal en la pizzería de la esquina de nuestra calle.

Lo pasamos genial; con todo, había algo a lo que no dejaba de darle vueltas. Y es que no sabía si estábamos estrechando nuestra amistad o si Enzo empezaba a sentir algo más por mí. Lo había pillado unas pocas veces mirándome, pero aquello no quería decir nada, porque después del beso que nos dimos no volvimos a tocarnos de ninguna otra manera.

Lo más jodido de todo era que yo, por increíble que pudiera parecer, cada día me enamoraba más de él y como siguiera así terminaría perdiendo la cabeza. Si es que no la había perdido ya, claro.

Aquella noche nos quedamos en casa acabando de ver una serie que habíamos dejado a medias. Todo parecía transcurrir igual que siempre, sin embargo, cuando me giré para comentarle una cosa, lo encontré mucho más cerca de mí de lo que esperaba. Tragué saliva porque tenía los ojos clavados en mi boca y supe que iba a besarme. Y eso fue exactamente lo que hizo. La diferencia con la otra vez fue

que en esta ocasión nos encontrábamos solos, en mi casa, en mi sofá.

No tardamos en tumbarnos en él. Yo casi estaba esperando el momento en el que pusiera fin a aquel beso, se levantara y se fuera a su casa, pero eso no sucedió —menos mal—. Lo que sí ocurrió fue que Enzo empezó a desnudarme y yo, por supuesto, le facilité la tarea a la vez que lo desnudaba a él. No quería que aquello fuera rápido o se precipitase, quería disfrutarlo, pero por otro lado me daba pavor que él se arrepintiera y decidiera terminar antes de empezar.

Supongo que por eso gruñí cuando se retiró un poco para quitarme el pantalón, no quería notar que se alejaba. Al hacerlo también me quitó las bragas, dejándome completamente desnuda frente a él. Enzo se tomó unos instantes para mirarme y yo sonreí por la expresión que se dibujó en su cara.

—Anda, ven aquí —ordené, porque tenía ganas de tocarlo y de que me tocara. Había esperado demasiado tiempo aquel momento y estaba ansiosa por vivirlo.

—Dame un segundo —pidió repasándome con la mirada, parecía que quisiera memorizarme.

Cuando finalmente se tumbó sobre mí pasé mis brazos por su cuello, como si pretendiera retenerlo ahí, que era justo donde quería que estuviera.

—¿Estás segura de esto? —preguntó alzando la cabeza, y a mí me dieron ganas de reír. Si él supiera la de veces que había soñado e imaginado ese momento…

Me daba tanto miedo que se echara atrás que respondí rápido y se me pasó por alto el matiz de su voz, algo que no supe identificar. Supongo que eran la duda y la culpa que lo corroían por dentro, aunque yo en aquel momento no tuviera ni idea.

—Segurísima. No se te ocurra parar ahora —ordené.

—No lo haré. —Y por lo menos eso lo cumplió.

Empezó besando mi boca y fue bajando poco a poco. No puedo asegurar si aquello me gustó o se me hizo demasiado largo, porque Enzo se tomó su tiempo hasta llegar al punto exacto donde yo quería que se detuviera. Cuando, por fin, posó su boca entre mis

muslos jadeé con fuerza. Tampoco puedo darle todo el mérito a él porque estaba tan excitada que apenas tardé unos minutos en que un espectacular orgasmo me sacudiera por completo.

—Eso ha sido maravilloso, aunque espero poder arrancarte alguno más —murmuró con voz ronca.

—Estoy segura de ello —respondí sonriendo.

Cuando se tumbó encima de mí y nuestras pieles se tocaron, me recorrió un escalofrío. Durante unos pocos segundos pensé en el tiempo que había pasado anhelando aquel momento. Era verdad que no tardé demasiado en dejar de darle vueltas a eso, pues, en cuanto Enzo me penetró de una sola embestida, yo simplemente dejé de pensar. Después del increíble orgasmo que había tenido hacía tan poco, imaginé que me costaría volver a correrme, pero Enzo parecía no estar dispuesto a dejarlo estar. Por eso cuando se metió mi pezón en la boca, bajó una de sus manos hacia donde se unían nuestros cuerpos y empezó a acariciarme yo contuve el aliento, porque, por lo visto, después de todo sí podría volver a disfrutar de otro impresionante orgasmo.

Se suele tender a exagerar el primer encuentro sexual, pues la mayoría de las veces desconoces tanto lo que le gusta a la otra persona, sus puntos erógenos, con lo que más disfruta que se necesitan bastantes encuentros más para conocer todo eso. Yo creo que lo que a mí me pasó fue que tenía a Enzo tan idealizado que todo hubiera estado bien —bueno, entendedme, todo, todo desde luego que no—. Sin embargo, si hago honor a la verdad, para ser la primera vez no estuvo mal. Nada mal.

Abrí los ojos alterada, como si algo me hubiera despertado. Solo tardé unos segundos en darme cuenta de lo que había sido. Se oían voces en el salón. Más que voces, aquello eran gritos. Cogí un pijama del cajón y me lo fui poniendo mientras caminaba hacia la puerta. Cuando llegué al salón acababa de colocarme la camiseta.

Me sorprendió ver allí a mi hermano, porque, a pesar de que sabía que tarde o temprano iba a regresar, ni lo esperaba aquella mañana ni me había avisado de que llegaba. Aunque lo que de

verdad me desconcertó fue que él y Enzo parecían estar discutiendo. A voces.

—¡¿De verdad te has acostado con ella?! —gritó mi hermano.

—David, puedo explicártelo…

Parpadeé unas cuantas veces, porque, joder, ¿qué leches hacía mi hermano pidiendo explicaciones a Enzo de algo que solo nos concernía a él y a mí?

No entendía nada.

—¡¿No crees que esto ha llegado demasiado lejos?! —le echó en cara mi hermano, y yo no pude contenerme más.

—¡David! ¿Se puede saber qué te pasa? No sabía que teníamos que darnos explicaciones de con quién nos acostábamos —dije cabreada, pero mi hermano no me miraba a mí—. ¡David, ya basta! —terminé gritando yo también.

—¿Se lo dices tú o se lo digo yo? —le preguntó mi hermano a Enzo, tras lo cual a mí se me erizó la piel. ¿De qué demonios estaban hablando?

—David, no creo que sea un buen momento —susurró Enzo sin levantar la mirada del suelo.

Sabía que lo que fuera que tuvieran que decirme iba a hacerme daño. Aunque no tenía ni la menor idea de lo que se me venía encima.

—Te lo dije. Te lo advertí. Has tenido tiempo de sobra. —Nunca había oído a mi hermano utilizar ese tono para hablarle a él. Después clavó su mirada en mí y yo me encogí sin ser consciente de ello—. Carol, cuando Enzo se enteró de que estabas empezando a salir con Sebas… la cuestión es… lo que quiero decir… —Mi hermano no era capaz de terminar una sola frase—. Verás, nosotros bebimos mucho y Óscar retó a Enzo a una apuesta.

—¿Qué apuesta? —No estoy segura de que la voz no se me rompiera al final de aquellas dos palabras.

—David, ya basta —rogó Enzo.

—No, quiero saberlo —pedí yo, porque era verdad; quería saberlo, a pesar de que sabía que aquello no iba a terminar bien.

—Él y Óscar se apostaron a que Enzo no era capaz de interponerse entre Sebas y tú.

—¿De interponerse? —Todo aquello me estaba secando el cerebro. Acababa de levantarme después de haber vivido una de las mejores noches de mi vida. Es que no comprendía nada.

—Enzo tenía que conseguir que dejaras a Sebas por él —sentenció mi hermano.

Yo clavé la mirada en Enzo porque necesitaba mirarlo a la cara cuando hiciera aquella pregunta.

—Todo esto ha sido por una apuesta. —Y no fue una pregunta, fue la constatación de un hecho.

Por fin lo entendí. Llevaba desde que todo empezó pensando que no era normal que, de golpe y porrazo, Enzo se interesara de aquella forma por mí. Después de años de mirarme sin verme, toda aquella atención, su preocupación, las citas, la noche que acabábamos de pasar juntos… por supuesto no era interés, era una maldita apuesta entre borrachos.

Pese a que intenté retenerlo, un sollozo escapó de entre mis labios. Se suponía que ya se me había pasado la edad de que aquello me sucediera, pero era la primera vez que me rompían el corazón.

21. Como si la vida fuera así de fácil

Enzo

Me levanté antes que ella porque quería prepararle su desayuno favorito. Hacía un par de noches me había confesado que le encantaba desayunar tortitas y, a pesar de que no tenía ni idea de cómo se hacían, estaba dispuesto a intentarlo. Me pasé un rato buscando por internet hasta que di con una receta que parecía sencilla.

Saqué los ingredientes y los dejé sobre la encimera mientras los observaba, sin saber bien por dónde empezar. Me puse manos a la obra pensando que había sido una noche extraña. Últimamente, todo lo relacionado con Carol me lo parecía. Aunque lo de aquella noche había superado todas mis expectativas. De bien y de extraño. De bien porque el sexo fue impresionante, y de extraño porque aquel sentimiento que empezaba a formarse dentro de mí cuando la tocaba solo lo tuve con Carla, que fue mi mujer y la quería. E incluso con ella era distinto, pues con Carol todo parecía fluir de otra manera. Supongo que lo raro de todo aquello era que hasta hacía relativamente poco yo ni siquiera miraba a Carol; iba a decir que no la miraba con deseo, pero lo cierto era que no la miraba de ninguna forma. Tal vez por eso estaba tan abrumado con lo que empezaba a sentir por ella, por lo mucho que deseaba quedarme allí, en aquella casa, y no salir nunca de entre esas cuatro paredes. Todo con Carol me parecía fácil y cómodo, el problema residía en que a aquellas dos cosas se había sumado una atracción exagerada hacia ella y no tenía ni idea de si lograría saciarme alguna vez. Sacudí la cabeza pensando que debía terminar ya el desayuno y llevárselo a la cama cuanto antes, para no perder el tiempo. Sonreí al imaginarlo, pero la sonrisa se me borró de golpe cuando oí la puerta abrirse. Nada más salir de la cocina me topé con David, que llegó cargando una maleta. Se detuvo de golpe en cuanto reparó en mi presencia y me observó de arriba abajo con incredulidad, aunque pude notar en la expresión

de su rostro que, cuanto más me miraba, la incredulidad iba pasando a enfado. Había que matizar que solo llevaba puestos unos calzoncillos.

—¿Qué haces desnudo en mi cocina? —Fue lo primero que dijo.

—No estoy desnudo.

—Enzo, no me jodas. ¿Has pasado la noche aquí? ¿Te has acostado con mi hermana? —Lo miré a la cara porque su voz destilaba rabia.

—No es lo que parece… —Sí, aquel fue un argumento de mierda.

Por si la llegada de David no fuera suficiente, justo en ese instante Carol apareció en el salón y yo supe que aquello iba a empeorar. Mucho.

Lo que no esperaba o para lo que no estaba preparado era para ver a Carol destrozada, porque eso me mató un poco.

Cuando David se lo contó todo —yo fui cobarde hasta el extremo y lo dejé hablar a él— y un sollozo salió de su garganta, tuve unas inmensas ganas de abrazarla y decirle que podríamos arreglarlo. Que estaba empezando a sentir cosas por ella, o que ya las sentía, no estaba seguro. De lo que estaba convencido era de que quería continuar pasando tiempo a su lado, abrazarla mientras veíamos una película, cenar la comida que habíamos preparado juntos, levantarme después de una maravillosa noche para prepararle el desayuno... Pero cuando alzó la vista supe que nada de eso iba a suceder. Carol estaba rota y yo había sido el culpable. Yo, que había pasado por lo mismo y que no se lo deseaba ni a mi peor enemigo, se lo había hecho a ella, que era la última persona que se lo merecía.

—Carol… —murmuré.

—No, ya se te ha pasado el momento de dar explicaciones. Márchate de aquí. Por favor. —Y lo dijo con una resolución que creí imposible hacía unos segundos.

Sabía que no era el momento, que debía dejarle un tiempo para que asimilara aquello o, no sé, para que pasara toda esa mierda. A mí me gustaba estar solo hasta que lograba ordenar mis ideas.

Caminé hacia su cuarto para poder vestirme. Al llegar a la puerta me detuve a contemplar la cama y un montón de imágenes de la

noche anterior sacudieron mi mente. Me resultó curioso que la mayoría de ellas no fueran de índole sexual, sino de la cantidad de caricias que compartimos. ¿Cómo era posible que todo hubiera cambiado tanto en solo un instante? La culpa era solo mía, por supuesto. Lo único que David intentaba era proteger a su hermana y hacer lo mejor para ella. Era yo el que debía haberse sincerado desde un principio y así evitar que aquella tontería terminara haciéndose una pelota tan grande. Vamos, básicamente, lo que me había dicho mi abuela.

Salí del cuarto y de la casa sin intercambiar ni una palabra con ninguno de los dos. De hecho, ni siquiera levanté la mirada del suelo, estaba demasiado avergonzado para ello. Carol se mantuvo en la misma postura, más entera de lo que estaba cuando todo se destapó. Sin embargo, nada más cerrar la puerta de su casa aquella fachada se derrumbó porque oí el quejido, una mezcla de sollozo y grito, que salió de su boca al sentirse libre de mi presencia y que terminó de destrozarme.

Bajé a mi casa con la intención de pensar en cuál sería mi siguiente paso, pero, en cuanto abrí y vi a mi abuela, me vine abajo.

—Enzo, no me asustes. ¿Qué pasa? —Me conocía tan bien…

—La he cagado con Carol —confesé sin hacerme de rogar, pues no valía la pena.

—Eso ya me lo veía venir. Anda, siéntate y explícamelo.

La siguiente media hora me sirvió para desahogarme con ella. Se lo conté todo sin dejarme absolutamente nada y mi abuela no me interrumpió ni una sola vez.

—Así que te has enamorado de ella… —comentó sonriendo un poco, solo un poquito.

—No lo sé, no puedo asegurarlo, tal vez necesito más tiempo junto a ella para confirmarlo. —Obvié aclarar que no iba a tener ese tiempo, claro—. Lo que sé es que me hace sentir cosas que creía que no volvería a sentir nunca más.

—¿Y qué piensas hacer?

—Tampoco lo sé; hablaré con ella en cuanto pueda, pero no tengo claro que vaya a servir de mucho.

—Ahí no puedo ayudarte. Todos nuestros actos tienen consecuencias y tú tendrás que cargar con ellas.

—Odio haberle hecho daño.

—Quizá hubieras debido pensarlo antes, ¿no crees?

—Sí, pero no pensaba..., no sabía…

—No pensabas que ibas a terminar enamorado de ella y no sabías que ella ya estaba completamente enamorada de ti. —Terminó ella las frases por mí.

—Exacto. —Yo no podría haberlo dicho mejor.

—Lo tienes difícil, aunque por el bien de los dos espero que logres arreglarlo.

Yo también lo esperaba. Lo deseaba con la inocencia que se quiere algo que sabes que no será sencillo de conseguir. Como si por el simple hecho de desearlo fuera a tenerlo. Como si las cosas funcionaran de ese modo. Como si la vida resultara así de fácil.

22. Solo tengo una condición

Carol

Ingenua de mí. Pensé que Enzo ya tenía cubierto el cupo de lágrimas que le correspondían, pero no podía estar más equivocada. Después del día en el que apareció mi hermano en casa y todo se destapó, me vine abajo. Ni siquiera recuerdo bien cómo llegué a mi cama, creo que fue David quien me metió en ella, aunque tampoco podría asegurarlo. A raíz de ese momento me pasaba las noches llorando y por el día iba como una sonámbula. Enzo insistía en hablar conmigo, pero yo lo único que quería hacer en mi tiempo libre —es decir, cuando no estaba trabajando— era llorar. Necesitaba sacar toda la opresión y la pena que tenía dentro. Aunque desde hacía un par de días parecía que el dolor se estaba transformando, pues la ira por lo que Enzo me había hecho comenzaba a asomar. También empezaba a enfadarme con David por no habérmelo dicho antes. En realidad, parecía que estaba enfadándome con el mundo.

Lo peor de todo y lo que más rabia me daba era que, joder, no era una adolescente ni me habían dejado después de una relación larga, solo había salido con Enzo un puñado de veces. ¡Por favor!, era patético. Había momentos en los que pensaba que estaba dramatizando todo aquello, lo malo era que no podía evitarlo. Por más que me lo proponía, no era capaz de dejar de llorar en cuanto me quedaba sola.

Aquel día, sentada a la mesa de mi trabajo, fui muy consciente de que me quedaban tres días en el instituto, porque mi sustitución se terminaba. Lo último que me apetecía cuando eso sucediera era disponer de tanto tiempo libre con el que continuar comiéndome la cabeza. Aunque tampoco se me ocurría nada que hiciera que mi mente estuviera ocupada en algo más que en él.

En cuanto sonó el timbre cogí mis cosas y me encaminé hacia fuera de la sala de profesores. Había quedado con Sebas para tomar el café donde siempre y quería hacerle alguna pregunta, pues no

entendía la aversión que Enzo le tenía si antes habían sido tan amigos. Una aversión que lo había llevado a hacer una apuesta conmigo, debía recordar.

No tardé en divisarlo sentado en nuestro sitio de siempre. Caminé hasta él y me dejé caer en la silla.

—¿Qué te pasa? ¿Has llorado? —No hacía falta ser muy observador para notar eso.

—Sí, la verdad es que llevo días llorando. No sé si eres la persona más indicada para explicarle esto, pero me gustaría que respondieras a algunas dudas.

—Claro, adelante.

—¿Qué pasó entre Enzo y tú?

—Joder, esa pregunta no me la esperaba y no soy quién para responderla.

—Pues, si no puedes contestarla tú, no tengo ni idea de a quién hacérsela.

—Tal vez el propio Enzo pueda responderte. —El simple hecho de oír su nombre hacía que se me hiciera un pellizco en el estómago.

—Pero es que no entiendo cómo os distanciasteis tanto —insistí desviando el tema.

—Hay días en los que los echo mucho de menos —confesó sin responder a mi pregunta, pero agachando la cabeza.

Y fue justo ahí cuando una bombilla pareció encenderse en mi cabeza y pensé en la de veces que Sebas había insistido en subir a mi casa y ver a David, para acercarse a ellos…

—Sebas, ¿empezaste a salir conmigo para acercarte a ellos? —repetí en voz alta, y ni siquiera hizo falta que me respondiera; vi la culpabilidad y la vergüenza en sus ojos.

—Pero, Carol, solo fue al principio. Luego…

—¡Cállate! —grité levantándome de la silla y haciendo que todo el bar se girara a mirarme.

Salí de allí lo más rápido que pude. ¿Qué coño les pasaba a los hombres de mi entorno, que no dejaban de utilizarme? Y lo que era peor, ¿en qué lugar me dejaba eso a mí?

Bajé el ritmo porque notaba que me ahogaba, aunque tampoco me pareció que caminara tan rápido como para que eso me sucediera. Terminé parándome, pues aquella sensación no se iba, por mucho que disminuía la marcha. Me senté en uno de los bancos y noté un ligero mareo, solo faltaba que me desmayara en mitad de la calle, a tan solo unos metros de mi casa.

—¿Carol, estás bien? —preguntó una voz que fue como un abrazo.

—No, creo que voy a desmayarme.

Olga llegó justo a tiempo para que no me cayera del banco.

Cuando me desperté continuaba en el mismo sitio y me costó un poco ubicarme.

—¿Puedes caminar o llamo a una ambulancia? —preguntó mi vecina.

—Dame dos minutos y me levanto —le pedí.

—Niña, ¿qué te ha pasado? —Su voz transmitía tanta preocupación que tuve que tragar saliva antes de responder.

—La pregunta sería qué no me ha pasado.

—Hay temporadas que da la sensación de que nada sale bien.

—Eso parece.

—¿Estás mejor?

—Sí, creo que sí.

—Pues vamos a casa, que te prepararé algo para beber. Además, tengo un bizcocho que ayudará a que termines de recuperarte.

No le contesté, simplemente la seguí. Sabía que, por la hora que era, Enzo no estaría en casa.

Olga tenía razón y después de un café y de un trozo de bizcocho me sentí mejor, aunque no estaba convencida de si era por la comida y la bebida o por lo reconfortante que siempre me resultó su compañía.

—Ahora que estás más repuesta, cuéntame qué pasa por esa cabecita tuya.

No valía la pena engañar a Olga, no solo porque se acabaría enterando, sino porque yo siempre se lo contaba todo.

—Tengo una sensación extraña, es como si necesitara irme de aquí.

—Huir nunca es la respuesta.

—Pero si me quedo aquí terminaré poniéndome mala. —No me refería a mala de enferma, era otra cosa, algo que Olga pareció entender sin necesidad de explicarle nada más.

—No sé…

—Podrías haberme dicho lo de Enzo, estoy segura de que lo sabías. —A Olga no se le escapaba nada, por lo que estaba convencida de que sabía lo que Enzo se traía entre manos conmigo y cuanto más lo pensaba más me enfadaba, pues entendía que él era su nieto, pero se suponía que nosotras éramos amigas.

—Sí que lo sabía, pero no me correspondía a mí decirte nada.

—Hubiera sido un detalle por tu parte y, desde luego, habría dolido menos —escupí, ya sí, visiblemente cabreada.

—Puede ser. Mira, niña, tal vez tengas razón y por eso, por la parte de culpa con la que cargo, voy a hacer algo por ti. Tengo una casa, más bien una casita pequeña, en un pueblo de montaña. No es mucho, pero creo que servirá, por lo menos para que pienses en lo que quieres hacer lejos de aquí. Para que aclares las ideas, para que te centres solo en ti, ya me entiendes.

Era una idea fantástica y aquello logró serenarme un poco. Necesitaba tranquilidad y estar sola durante algunos días para saber qué paso sería el siguiente. Solo había un problema.

—No estoy segura de cuánto tiempo voy a necesitar. Termino de trabajar en tres días y…

—Puedes quedarte todo lo que necesites. No tengo prisa; de hecho, hace mucho que nadie visita esa casa.

—Pues parece el paraíso y me encantaría desconectar en ella.

—Hombre, tanto como el paraíso… Para vosotros, los jóvenes, eso es un hotel de cinco estrellas con todo incluido en la playa. Lo que yo te ofrezco es una casita perdida en la montaña, pero creo que servirá para lo que necesitas.

—Estoy segura de ello. Solo tengo una condición.

—Ah, que encima hay condiciones —bromeó Olga—. Tú dirás.

—La aceptaré si me prometes que no le dirás a nadie dónde estoy.

Mi vecina no titubeó y respondió con rapidez.

—Tienes mi palabra.

Y aquella decisión volvió a cambiar mi vida.

23. Amor a primera vista

Carol

Paré frente a aquella casita que, en pleno otoño, rodeada de árboles con sus hojas en diferentes tonos marrones, naranjas y amarillos, parecía una postal. Fue amor a primera vista.

Caminé arrastrando mi maleta y me paré frente al porche. Si llegan a preguntarme cómo me imaginaba mi casa ideal, muy probablemente la hubiera descrito justo como era esa.

En el porche de madera había un par de mecedoras estropeadas por descansar a la intemperie, pero por su maciza madera sabía que podrían aguantar mucho más. Me costó poco imaginarme allí sentada con un café viendo amanecer o contemplando el atardecer. No fui consciente en aquellos instantes, pero la casa me había abstraído tanto que no pensé por qué estaba allí.

Abrí la puerta con cautela y con miedo a lo que iba a encontrarme dentro, porque el exterior me había enamorado y no quería que el interior lo estropeara. Sin embargo, la casa era pequeña, tal y como Olga me advirtió, pero lo compensaba con creces lo acogedora que resultaba.

Tenía chimenea y vi libros por todas partes: encima de la mesa pequeña que se encontraba frente al sofá, en unas estanterías que ocupaban una pared entera, en otras que había repartidas por todo el salón…, y lo que a otra persona podría parecerle un caos yo lo percibía como el mismo paraíso. Ya sabía de la pasión de Olga por la lectura, de manera que aquello no me sorprendió. Admiré la estancia, pues era preciosa y estaba decorada con mucho gusto.

La casa solo tenía una planta, así que la recorrí abriendo puertas para ver qué había tras ellas. Una cocina, dos habitaciones y un lavabo fue lo que encontré. Dejé mis cosas en la habitación doble y abrí la maleta para colocar en el armario el poco equipaje que me llevé. Cuando terminé, me senté en la cama, cogí el teléfono y por primera vez en mi vida, después de mandarle un mensaje a Olga

para darle las gracias por permitirme perderme en aquel refugio y otro a mi hermano para decirle que no se preocupara por mí, apagué el móvil.

Me dejé caer hacia atrás en la cama y suspiré profundamente. Ya ni siquiera me daba cuenta de cuándo lloraba, las lágrimas parecían tener vida y recorrido propios.

Todo el mundo insistía en que se me pasaría con el tiempo, incluso decían que en olvidar un amor perdido se tarda un mes por año de relación. Yo no había tenido una relación con Enzo, casi podría decir que no habíamos llegado a ser nada, pero llevaba toda mi vida enamorada de él. Así que deseaba que ese dicho no fuera cierto o tardaría mucho más de lo que me gustaría en sacarlo de mi cabeza. El problema era que no fue un simple desengaño amoroso, lo peor era saber que todo había sido una mentira, que me habían utilizado, que yo tan solo fui el medio para un fin. Dolía. Dolía muchísimo.

Me levanté de golpe de la cama; una cosa era pasar unos días en aquella casa para lamer mis heridas y otra distinta caer en la autocompasión.

Me cambié de calzado y salí a ver si encontraba algún sitio en el que comprar para hacerme la comida. Tuve que darme la vuelta para coger una chaqueta porque allí ya empezaba a refrescar.

Mientras caminaba no podía apartar los ojos del paisaje. Era realmente precioso. La casa estaba rodeada de árboles y había un caminito en el que no reparé al entrar. También se encontraba apartada del pequeño pueblo que quedaba bastante más abajo de aquella montaña. Eso tenía su parte mala porque para cualquier cosa que necesitara tendría que caminar bastante, pero la parte buena ganaba con creces, pues la tranquilidad que se respiraba era maravillosa.

Regresé a la casa casi dos horas después con un cesto —que me habían dejado— lleno de fruta y verdura que compré, a un señor, en un huerto. Jamás, en toda mi vida, había comprado directamente de un huerto. Me pareció una fantasía, y más aún cuando probé aquellos tomates y aquella pera, la cual tenía un sabor tan increíble que no quería que se acabara nunca.

Los días fueron transcurriendo con una rutina y una calma que me sentaban realmente bien.

Me levantaba sin necesidad de poner el despertador, aunque solía hacerlo bastante temprano. Me preparaba el desayuno y me lo tomaba en el porche, abrigada con una manta fina. Después salía a caminar y solía estar fuera casi toda la mañana. Cuando llegaba me duchaba, me ponía cómoda y hacía la comida. El café me lo tomaba en el porche y cuando recogía la cocina me sentaba a leer. Había encontrado bastantes libros que me gustaban y que lograron engancharme. A media tarde volvía a salir, aunque mucho menos tiempo que por la mañana. Al regresar cenaba y veía un rato la televisión, aunque la mayoría de los días estaba tan cansada que me quedaba dormida antes de terminar un capítulo de alguna serie.

Podría parecer que era aburrido o que me cansaría en pocos días, pero cuando quise darme cuenta llevaba una semana allí y no me apetecía lo más mínimo marcharme.

Encendí el teléfono en un par de ocasiones, para confirmarle a mi hermano que seguía bien y para volver a agradecerle a Olga que me ofreciera aquel paraíso que tanta paz me estaba aportando.

Vi que tenía muchas, muchísimas, llamadas perdidas y un buen puñado de wasaps, pero no miré ni abrí ninguno. Solo hablaba con ellos dos y volvía a apagar el móvil.

Ignoraba cuándo me asignarían otra suplencia y, a pesar de que me hacía falta el dinero, deseaba poder alargar la estancia allí un poquito más.

Tenía claro que no volvería sanada ni sería capaz de blindar mi corazón, pero aquel tiempo y tomar distancia de todo me estaba yendo muy bien para coger fuerzas y no sentirme como una auténtica imbécil, con eso me bastaba. Tan solo pedía poder volver a mirar a Enzo a la cara sin sentirme una idiota y aquel pensamiento me parecía cuando menos triste, pues debería ser a él a quien le costara mirarme a mí, ya que yo no había utilizado a nadie ni había hecho una ridícula apuesta ni había jugado y herido los sentimientos de otra persona. Eso sin contar que no lograba entender aquella absurda apuesta. ¿Qué leches había pasado entre Sebas y Enzo para que este lo odiara tanto? ¿Cómo había terminado yo en medio de

todo aquello? Eran preguntas que de momento no tenían respuesta, lo cual, tal y como me habían tratado, ya me daba exactamente igual.

Definitivamente yo no era la que había hecho nada malo.

24. Perderlos

Enzo

Era incapaz de borrar de mi mente el sonido que hizo Carol cuando cerré aquella puerta. Sabía que sería algo que me acompañaría el resto de mi vida. La había destrozado tal y como habían hecho conmigo y me estaba matando ser yo el culpable de su sufrimiento.

¿Me había enamorado de Carol? Era cierto, tal y como le dije a mi abuela, que no estaba seguro. Todo había pasado demasiado rápido y no creía que fuera posible que mis sentimientos por ella hubieran cambiado tanto, pero no podía engañarme pensando que no sentía nada, porque aquello tampoco era verdad.

Estaba hecho un lío; sin embargo, cómo me sintiera yo era irrelevante, lo realmente urgente era que tenía que hablar con Carol. Necesitaba verla, explicarle que la apuesta nunca fue importante, que lo que empecé haciendo para joder a Sebas terminó explotándome en la cara cuando la atracción que sentí por ella lo eclipsó todo.

No obstante, por más que intenté dar con ella, me resultó imposible. David directamente no me hablaba, sabía que se le terminaría pasando, pero también lo conocía lo suficiente como para comprender que necesitaba tiempo. Y Carol… no me cogía el teléfono, por mucho que yo insistiera enviándole mensajes o llamándola a todas horas. Su móvil siempre salía apagado y los wasaps ni siquiera los había leído.

Y a mí se me acababan las opciones porque no tenía ni idea de a quién recurrir para que me dijera dónde estaba o cómo hablar con ella.

Simplemente parecía que se la había tragado la tierra.

♠

Los días fueron pasando a la vez que mi desazón aumentaba. Entendía que Carol se hubiera marchado, lo malo era que desconocía por completo dónde y por cuánto tiempo y nadie parecía dispuesto a resolverme esas dudas. Además, ya hacía más de una semana que no sabía nada de ella y empezaba a sentir una mezcla de desasosiego, preocupación y tristeza con la que no era capaz de lidiar.

Por todo ello decidí que ya le había dado tiempo suficiente a David para que su enfado se suavizara. No era tan ingenuo como para pensar que no seguiría molesto, pero sí creí que ya había pasado el tiempo necesario como para que pudiéramos mantener una conversación, así que subí a su casa.

Tuve que llamar dos veces y esperar unos segundos en la puerta para que me abriera y lo primero que dijo tampoco resultó demasiado alentador.

—¿Qué haces aquí? —escupió junto a la puerta. Aunque pensé que no me dejaría entrar me equivoqué, pues no tardó en caminar hacia dentro abriéndome el paso para que lo siguiera.

—Solo quiero saber si está bien —supliqué.

—No sé exactamente qué es estar bien para ti.

—David, no me coge el teléfono, no contesta a mis mensajes, es que ni siquiera los lee y no tengo ni idea de dónde está.

—No te creas que yo sé mucho más. Solo me ha escrito un par de veces asegurándome que se encuentra bien, pero no suelta prenda de su paradero.

—¡Joder! —exclamé, porque Carol y David siempre se habían llevado muy bien y se lo contaban todo.

—Quizá tú no seas muy consciente, pero la has jodido bien. —Yo cerré los ojos ante aquel comentario de mi amigo.

Sabía que me echaría un montón de cosas en cara y pensé que estaba preparado para ello. No fue así. Porque dolió, joder si dolió.

—Soy consciente de ello —susurré.

—No tienes ni puta idea. Tú no la has contemplado esperando que le dedicaras una simple mirada o que intercambiaras unas cuantas palabras con ella. Tú no las has visto hundirse cada vez que salías con alguien y no la has consolado cuando no hacía otra cosa

que llorar porque ibas a casarte. Noche tras noche. Tú no has comprobado cómo destrozaba su vida y dejaba todo para estar disponible por si tú decidías darle alguna migaja de tu cariño. Ni la has visto más ilusionada que en toda su vida porque por fin había logrado su sueño. Y, desde luego, no has tenido que sostenerla cuando todo saltaba por los aires. Así que no, Enzo, no tienes ni puta idea de nada.

Destrozado, así me habían dejado las palabras de mi amigo. No pude añadir nada por miedo a romperme yo también, de ahí que me diera media vuelta y saliera de allí.



Pasaba el tiempo y yo no me atreví a volver a sacar el tema delante de David. Habíamos quedado alguna vez, pero hablamos de otras cosas. Por eso me extrañó que aquel día, sentados a la mesa de un bar, él la nombrara.

—Enzo, tengo que decirte algo de Carol. Bueno, también me atañe a mí y no es que esté obligado a contarte nada de mi hermana, desde luego que no. —Se calló unos segundos antes de continuar—. En fin, que me lío. Lo que quería decirte es que me voy a ir una temporada a Londres. Ya conoces la relación que mantengo con John, yo paso todos mis días libres allí y él viene siempre que puede; sin embargo, hemos decidido darnos una oportunidad y comprobar qué tal se nos da la convivencia.

—¿Te vas a vivir a Londres? —pregunté perplejo. No por el hecho de que se mudara con John, sino porque aquello iba a hacer que, de alguna manera, perdiera a mi amigo.

—De momento vamos a intentarlo unos meses. Yo puedo trabajar hasta verano desde allí. Si pasado ese tiempo no nos hemos matado, ya veremos cuál es el siguiente paso.

El siguiente paso sería quedarse en Londres. Yo lo sabía y él también, por mucho que prefiriera alzar un muro para protegerse por si las cosas se torcían. Algo que no iba a suceder, pues yo había visto cómo se miraban esos dos. Y porque mi amigo no había ido nunca tan en serio con nadie.

—Debería darte la enhorabuena, pero me da la sensación de que voy a perderte —me sinceré sintiéndome también un poco egoísta, pero es que perdía a David en un momento en el que me encontraba muy jodido.

—Ya sabes que puedes venir a verme cuando quieras.

—Lo sé, pero no será lo mismo. Y lamento decirte todo esto cuando tendría que estar dándote la enhorabuena por atreverte a dar este paso y asegurándote que todo saldrá bien.

—No sé si saldrá bien, lo que tengo claro es que quiero intentarlo.

—Y yo me alegro muchísimo por ti. —Me callé porque últimamente estaba bastante sensible y tenía un nudo en la garganta que cada vez se hacía más grande.

—Muchas gracias. Pero hay otra cosa que también quiero.

—Tú dirás.

—No quiero que nos distanciemos demasiado, ¿vale?

—Prometo ir a verte todo lo que pueda, pero tú también tendrás que volver de vez en cuando, ¿no?

—Sí, claro que sí, no vas a librarte de mí tan fácilmente. —Con esa respuesta mi amigo confirmaba algo que yo ya sabía, y es que tenía pensado quedarse mucho más de dos meses en Londres.

—Eso espero. —Justo después de decir aquello recordé lo que comentó al inicio de la conversación—. Oye, ¿y qué tiene que ver tu hermana en todo esto?

—Ah, eso. —Ni el tono ni la manera en la que David evitó mi mirada hacían presagiar nada bueno—. Es que ella va a venirse conmigo.

No me equivoqué, aquella respuesta fue como si me hubieran echado un cubo de agua fría por encima, pues justo en ese momento supe que no solo perdería a mi amigo, sino que también la iba a perder a ella y ni siquiera había tenido la oportunidad de pedirle perdón.

25. Soltar la bomba

Olga

No era que esperara que Carol me llamara cada día, pero de ahí a que solo me enviara dos tristes mensajes… Tampoco se trataba de que quisiera comportarme como una mamá gallina, simplemente me hubiera gustado saber cómo se encontraba. Esa chica se marchó rota y lo único que yo deseaba era que se repusiera un poco. Estaba convencida de que la casita de mis abuelos la ayudaría. A pesar de que hacía tiempo que no iba, yo también la utilicé en momentos en los que necesité alejarme del mundo y conseguir la paz que solo ese sitio sabía darme. Aquel lugar tenía algo mágico, supongo que el hecho de que a mi abuela siempre la llamaran «la bruja» entre susurros tenía algo que ver. O tal vez no, porque con los años entendí que en realidad mi abuela solo era una mujer mucho más culta de lo que los hombres eran capaces de soportar. Si hubiera nacido en la actualidad, seguramente habría sido farmacéutica o médica, pero le tocó vivir en una época en la que conocer que la manzanilla aliviaba los dolores de barriga, o que si mezclabas la valeriana con otras hierbas eran un potente tranquilizante, o que si untabas una herida con aceite de lavanda u hojas de savia era más fácil que no se infectara, no estaba bien visto. Y lo que también entendí fue que, en un tiempo en el que las mujeres no tenían ni voz ni voto y que lo único para lo que parecía que estaban capacitadas era para parir un hijo tras otro, mi abuela salvó la vida de muchas de ellas al poseer conocimientos de cómo evitar aquellos embarazos. Ni siquiera hablo de abortos, simplemente les enseñaba a conocer su cuerpo. Y solo por eso aquella casita siempre fue la casa de la bruja y yo una nieta que con los años lo entendió todo y se llenó de orgullo al tener una abuela como ella.

Saqué todos esos pensamientos de mi cabeza y me di prisa, pues a ese paso terminaría llegando tarde y ganándome la bronca de Marga.

Menos mal que llegué al bar dos minutos antes de la hora acordada.

—Hola, Marga —saludé antes de sentarme.

—Hola, Olga. Sole aún no ha llegado. —No hacía falta que me lo dijera, ya me había dado cuenta, pero Marga lo comentaba para dejar claro que Sole volvía a ser la última.

—Bueno, es que aún no es la hora —defendí a la amiga que no estaba presente.

Dos minutos después, con una puntualidad insólita en ella, Sole entraba en el bar. Creo que a Marga hasta le supo mal que fuera tan puntual, porque se quedaba sin nadie a quien regañar.

—Comemos y nos pones al día —dijo Sole sin tan siquiera saludar.

La siguiente media hora nadie dijo ni pío, solo se oía el ruido de los cubiertos, aunque cuando Marga dejó su tenedor encima de su plato supe que ya no podía aguantar más.

—Cuéntanos qué tal está Enzo y cómo sigue Carol, que por teléfono nos has adelantado muy poquito.

—Bueno, no hay demasiado más que explicar. Carol sigue en la casita de mis abuelos y no me cuenta nada, solo me ha enviado un par de mensajes para darme las gracias.

—Debe de estar pasándolo fatal, tanto tiempo esperando a que Enzo diera un primer paso…

—Sí, está claro que Enzo no hizo las cosas bien, pero el pobre parece arrepentido y también lo está pasando mal.

No hace falta que os diga quién defiende a quién, pero por si hay dudas os recuerdo que Marga siempre es *team* Enzo y Sole *team* Carol.

—A ver —interrumpí intentando que no se enzarzaran en la discusión de siempre—, los quiero a los dos y sé que cada uno a su manera está sufriendo, pero es que poco podemos hacer nosotras.

—Hombre, podrías decirle a Enzo dónde se esconde Carol.

—¡No puede hacer eso! —casi gritó Sole.

—No, no lo voy a hacer. Primero, porque se lo prometí a Carol, y segundo, porque no me parece que sea lo mejor para ninguno de los dos.

—Pues ya me dirás qué otra cosa podemos hacer.

—Creo que esta vez no nos quedará de otra que esperar a ver cómo se desarrollan los acontecimientos.

—Pues menudo aburrimiento.

—No voy a discutirte eso porque tienes razón.

Después de llegar a aquella conclusión que no nos hacía demasiada gracia a ninguna de las tres, el tema de conversación se desvió hacia el marido de Marga, que hacía tiempo que estaba regular.

No regresé a casa hasta varias horas después. Justo acababa de ponerme a cocinar cuando oí la puerta cerrarse, di por hecho que era Enzo. Sin embargo, no me llamó como hacía habitualmente ni entró en la cocina, que era el primer sitio donde acudía porque sabía que la mayoría de las veces yo estaba allí. Salí extrañada y lo vi sentado en el sofá con la cabeza metida entre las manos. Supe que algo malo había pasado.

—Enzo, no me asustes. ¿Qué pasa?

—Nada, abuela. No te preocupes.

—Eso es como cuando te llaman del colegio y lo primero que te sueltan es eso, pero tú sabes que precisamente por esa frase ha pasado algo. —Fui acercándome hasta el sofá y me senté junto a él —. Te sentirás mejor cuando lo saques.

—Si es que en realidad tampoco es nada malo, por lo menos para ellos. Yo… —A Enzo ni siquiera le salían las palabras.

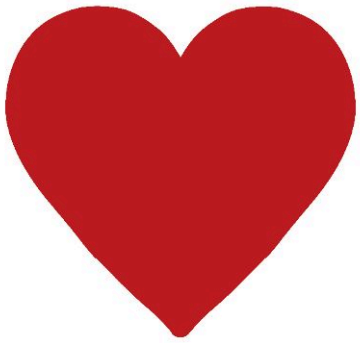
—Sabes que estás siendo muy críptico, ¿verdad?

Mi nieto cogió aire, se giró hacia mí y supe que aquello le dolía a él, pero también iba a dolerme a mí. Entonces soltó la bomba.

—David y Carol se marchan a Londres.

Y acerté porque aquello dolió, aunque lo peor fue que sabía que aún dolería más.

Segunda parte



26. Mi vida en Londres

Carol

Un año después

Caminaba con rapidez por las calles de Londres, si no me daba prisa terminaría llegando tarde. Tenía la sensación de que, últimamente, siempre iba corriendo. Qué lejos quedaban aquellas semanas en la casita de Olga. Qué paz me dieron cuando más falta me hacía.

Volví a mirar el reloj, pasaban cinco minutos de la hora a la que había quedado. Nada importante si estuviera en España, sin embargo, allí se tomaban la puntualidad muy en serio. Volví a recordar a Olga y a Marga, aquella amiga suya que también era una obsesiva de la puntualidad.

Lo vi antes de que él se percatara de mi presencia. Debía reconocer que era guapo, tenía un atractivo tal vez demasiado pulcro para mi gusto. Es decir, nada de barba de dos días, siempre iba perfectamente afeitado. Nada de camisetas ni tejanos, él vestía impecable, con traje, por supuesto. Nada de pelo despeinado, nada de oler a otra cosa que no fuera su perfume… Y que conste que todo aquello era maravilloso, jamás podría decir que mi novio no cuidaba su higiene o su imagen.

Pareció percatarse de mi presencia y levantó la cabeza para fijar su mirada en mí. Una sonrisa sincera surgió de sus labios y yo le correspondí.

Simon y yo llevábamos saliendo unos dos meses, así que podría decirse que estábamos empezando a establecer las bases de nuestra relación. Con todo, me sentía muy bien con él. Me hacía sentir segura, y no hablo del tipo de seguridad relacionada con la protección, hablo de la seguridad que da una relación sincera. Con él no tenían cabida los dramas ni los idilios tortuosos, algo que yo agradecía enormemente.

—Llegas tarde, preciosa. —Sabía que diría algo así.

Estuve a punto de corregir su pronunciación, pero me callé en el último momento. Y es que con Simon siempre hablábamos en español. De hecho, nos conocimos siendo yo su profesora, pues cuando llegué a Londres, y después de trabajar de camarera una buena temporada, terminé de profesora de español para adultos. Allí descubrí un trabajo que me gustaba, aunque nada que ver con lo que me apasionaba el que desarrollaba en España y que echaba mucho de menos. Añoraba trabajar con adolescentes, que, por más que a otros profesionales les parecieran demasiado intensos, a mí me encantaban.

No voy a decir que las semanas que pasé en la casita de Olga lograron hacerme sentir bien por completo, porque no fue así. Pero sí me sirvieron para lamer mis heridas, que sin que llegaran a cicatrizar tampoco estaban en carne viva como cuando llegué, y también me dieron el valor para dar los siguientes pasos.

A pesar de que sabía que la mejor decisión no era huir y mucho menos la solución para arreglar nada, lo cierto fue que no me vi preparada para volver al mismo edificio que él, a cruzármelo cada dos por tres, a verlo en casa de Olga… Simplemente, no pude.

Así que, cuando mi hermano me dijo que iba a mudarse a Londres, no lo pensé. Fue durante una de las pocas llamadas que le hice desde la casita, y en cuanto me lo comentó supe que era la salida perfecta también para mí.

Él se encargó de todo: de alquilar nuestro piso, de renovar algunos muebles, de vaciar armarios… Cuando yo regresé solo tuve que empaquetar todas mis cosas, comprar los billetes y marcharnos.

Podría decir que el cambio fue fácil, pero mentiría; me costó adaptarme a la cultura y sobre todo al clima de Londres. No estaba segura de si ya lo había conseguido. Aun así, lo intentaba cada día y, desde luego, ya no me sentía tan rota como cuando llegué.

No coincidí con Simon hasta casi seis meses después de haber llegado a Londres. Durante ese tiempo no hice otra cosa que trabajar, leer, comer y dormir. Estar tan lejos de todo —concretamente de Enzo— me ayudaba a ver las cosas desde otra perspectiva. Aunque pensaba que no me encontraba preparada para

empezar nada con nadie. Lo había pasado tan mal con él que no me apetecía embarcarme en una relación y que volvieran a hacerme daño. Era cierto que dudaba que otra persona tuviera el poder, que con los años le había cedido a Enzo, de volver a hacérmelo, por lo menos no para dejarme tan rota, pero eso no significaba que no me diera miedo empezar algo con alguien.

Sin embargo, tres meses después de conocer a Simon empecé a ver las cosas de otra manera. Tanto fue así que, a pesar de que él no se decidía a pedirme una cita, cuando por fin lo hizo solicité al centro donde trabajaba un cambio de grupo —pues no veía correcto salir con uno de mis alumnos— y en cuanto me lo concedieron acepté su invitación de ir una noche a cenar juntos.

La cita no fue para tirar cohetes, pero tampoco tan horrible como las primeras que tuve con Enzo. Enzo… Intentaba pensar en otra cosa cuando se colaba en mi cabeza y de un tiempo a aquella parte me había propuesto lograrlo en menos de diez segundos. Pues, si no, cuando quería darme cuenta llevaba horas pensando en él.

En realidad ya rondaba por mi mente mucho menos que antes de que me enterara de lo que hizo, seguramente por cómo se portó conmigo. Eso logró que abriera los ojos y me diera cuenta de lo que yo significaba para él. También me enseñó a quererme y respetarme un poquito más a mí, y, oye, aquello sí había sido una buena enseñanza.

Lo que hice nada más poner un pie en Londres fue bloquear el número de Enzo. Me sorprendió ser capaz de hacerlo sin leer ni un solo mensaje suyo. Tampoco sabía qué podría decirme para justificar su comportamiento. Al final, lo de la apuesta fue casi lo de menos; me daba igual que no lo hubiera hecho por eso y que fuera por cualquier otro motivo, el problema radicaba en que me había mentido y utilizado. Eso, combinado con lo enamorada que yo estaba de él, dio como resultado un desastroso desenlace —desastroso para mí, claro—.

La cuestión era que yo no había sabido nada de él en un año, a pesar de que con Olga sí mantenía el contacto, incluso había ido una vez a verme. También estaba al tanto de que mi hermano sí hablaba

con Enzo, pero yo no sabía absolutamente nada de él y estaba bien así.

En ocasiones, la pareja de mi hermano me decía que tal vez hubiera sido muy radical cambiando de vida, de país y dejándolo todo por aquel chico. No le faltaba razón, pero lo que él desconocía eran los sentimientos que yo albergaba por Enzo. Por mucho que lo explicara, nadie sabía cómo me sentía. Nadie comprendía que me doliera incluso verlo, saber lo que podría haber sido y no fue. Pensar que durante un periodo de tiempo lo tuve y que aquello no iba a volver a suceder. Quizá lo había idealizado. Quizá no fui realista. No obstante, lo único que yo sabía era que lo quería como no había querido nunca a nadie, y dudaba que volviera a querer así. Porque lo que sentía por él era un amor sin red. Seguramente mucho menos sano del que habría tenido a partir de aquel momento, porque hubiera hecho casi cualquier cosa que él me hubiera pedido. Porque lo quería sin condiciones y sin pedir nada a cambio. Porque estaba loca por él desde que tenía uso de razón. Porque lo amé en cada etapa de mi vida, desde los últimos coletazos de la niñez, pasando por la adolescencia y terminando en la edad adulta. Y porque al pensar que ese amor era correspondido fui la persona más feliz sobre la faz de la Tierra.

Con todo, sabía que tras el desengaño había muerto la parte inocente de aquel amor, y también sabía que no regresaría. Es como cuando te enamoras a los quince y después a los cuarenta. Pueden ser grandes amores los dos, pero no se parecen en nada, porque tú no eres la misma.

Y no, no sentía rabia, ya no, ni tampoco estaba resentida. Simplemente había dejado de lamerme las heridas y estas empezaban a cicatrizar.

27. Mejor una copa de vino

Carol

Después de cenar con Simon, él tuvo que marcharse temprano. Algunas noches me quedaba a dormir en su casa, pero aún era demasiado pronto como para que eso sucediera más de una o dos veces a la semana. Yo vivía en un apartamento, si es que podía llamarse así a aquella buhardilla diminuta con baño y cocina. Era tan pequeña que en dos pasos la recorría entera. Los primeros días no dejaba de golpearme la cabeza al levantarme, pues la cama estaba justo en la bajada del techo. Pero, bueno, terminé acostumbrándome —incluso me gustaba— y para mí sola ya me parecía bien. Al principio de llegar a Londres viví en casa de John, que se portó de maravilla conmigo, pero en cuanto empecé a trabajar y pude ahorrar un poco de dinero salí por patas de allí; al fin y al cabo, ellos querían comprobar qué tal se les daba la convivencia y yo no hacía más que estorbar, por más que insistieran en lo contrario.

Así que en cuanto pude alquilé casi lo primero que vi y que podía pagar. Cuando mi hermano y John vinieron a verlo, a David por poco le dio algo. Dijo que casi no podría moverme allí dentro, pero John aclaró que para el precio que estaba pagando por el alquiler me había salido genial, teniendo en cuenta la ubicación. Mi hermano no pudo decir nada más y yo vivía feliz desde entonces en mi cajita de cerillas.

Salimos del restaurante y Simon me dio un frío beso en los labios. No era que estuviera cabreado ni nada por el estilo, es que Simon no era muy efusivo —nada efusivo lo describiría mejor—. En cuanto lo vi alejarse llamé a mi hermano para saber si estarían en casa y así pasarme a verlos un rato. Nada más decirme que sí, me dirigí hacia allí.

Llamadlo sexto sentido o cosas de hermanos, pero supe que algo le pasaba en cuanto me abrió la puerta.

—¿No has quedado hoy con Simon? —preguntó mientras caminábamos hacia el salón.

—Sí, pero ya se ha ido para su casa. ¿Estás solo?

—Sí, John aún está trabajando.

—Vamos, hermanito, suéltalo.

—¿Que suelte el qué? —preguntó sin mirarme a la cara, igual que había hecho desde que me abrió la puerta.

—Sé que te pasa algo, te conozco demasiado bien.

—Sí, bueno… Es que…, verás…, será mejor que te sientes. —Le hice caso sin dudar y me senté en el sofá que había en el salón—. ¿Quieres tomar algo? —preguntó.

—¿Un vaso de agua? —Y que lo preguntara en lugar de afirmarlo fue precisamente lo que motivó la réplica de mi hermano.

—Mejor una copa de vino. —Aquello hizo que me encogiera porque, si mi hermano sacaba toda la artillería, era porque algo importante iba a decirme.

Puso las dos copas de vino en la mesa pequeña que había frente al sofá y se sentó junto a mí.

—Carol, es que…, mira…, me ha llamado Enzo. —Las últimas palabras las soltó como si le quemaran en la boca.

—Enzo y tú habláis con frecuencia, eso ya lo sé.

—Sí, pero es que esta vez me ha llamado por una movida del trabajo.

—Ya sabes que no quiero saber nada de él —lo corté seca.

—No, si yo te lo decía porque… va a venir a verme.

—Eso es genial. Sé que lo echas mucho de menos. —Intenté tragar el nudo que acababa de formarse en mi garganta.

—¿De verdad que no te importa? —preguntó sorprendido.

—No entiendo por qué debería de importarme.

—No sé, pensé que…

—¿Qué días vendrá? —pregunté como quien no quiere la cosa, como si todo aquello no fuera conmigo, como si no me afectara.

—Llega mañana y se marcha… En principio se marcha el domingo.

—Perfecto —respondí sin hacer caso al titubeo de David con el día de regreso, y solo pensé que era estupendo saber el tiempo

exacto que estaría en casa de mi hermano para yo no aparecer por allí.

Lástima que las cosas no siempre salgan como una quiere.

28. Debía de haber hecho algo muy malo en otra vida

Enzo

Podría decir que el último año había sido un buen año, pero mentiría. Volqué toda mi frustración en el trabajo e invertí más horas que nunca en él. Solo me faltaba dormir en la oficina.

Tampoco me resultó difícil porque de un tiempo a esa parte había perdido a dos buenos amigos como eran Sebas y David y también a ella; o, mejor dicho, a ellas.

Resulta curioso cómo la ausencia hace extrañar ciertas cosas que no eres consciente que tienes hasta que las pierdes.

Pero voy a ir por partes.

Cuando hacía algo más de un mes que David y Carol se habían marchado a Londres, yo salí con Óscar a tomar algo. Quedamos después del trabajo y nos vimos en el mismo bar de siempre. Lo localicé nada más poner un pie dentro del local, se encontraba en la barra junto a Óscar. Estuve a punto de dar media vuelta y marcharme, pero entendí que, por más malestar que me causara esa situación, tal vez había llegado el momento de afrontar aquella conversación.

—Hola —saludé seco cuando llegué a ellos.

—Hola, Enzo —titubeó Óscar. Sebas ni siquiera me miró.

—¿Estás aquí por algo en concreto o es casualidad? —pregunté dirigiéndome solo a Sebas.

—Ya sabes que quiero hablar contigo, pero tú te has negado desde el principio y yo…

—De acuerdo, hablemos —cedí, ante el asombro de los dos.

—Bueno, os dejo solos. Nos vemos —se despidió Óscar.

Yo caminé hacia una mesa que estaba apartada dando por hecho que él me seguiría. No me equivoqué.

Me pilló por sorpresa lo tranquilo que me sentía. Claro que para llegar ahí había tenido que perder tantas cosas que me daba la

sensación de que no merecía la pena continuar acumulando rabia, pues al final el mayor perjudicado terminaba siendo yo.

Al contemplar a Sebas me dio la sensación de que todos los nervios que había dejado de sentir yo los tenía él.

—Tú dirás. —Lo apremié a que comenzara, pues él era el mayor interesado en que habláramos.

—Llevo tanto tiempo intentando mantener esta conversación que no sé por dónde empezar.

—Pues empieza por el principio.

—Es que me da miedo hablar más de la cuenta y hacerte daño, otra vez…

—Llegados a este punto te agradecería que fueras al grano y que hablaras con la mayor sinceridad posible.

—De acuerdo. Aunque esto suene mal, me enamoré de ella nada más verla. No me había pasado nunca, fue como una especie de flechazo. Con todo, te prometo que intenté mantener las distancias, me acerqué lo menos posible y cuando coincidíamos casi no le dirigía la palabra. Rechacé todas las invitaciones que hacíais para vernos y os evité siempre que pude. Incluso pensé que me estaba pasando, pues estuve mucho tiempo sin veros porque ella siempre iba contigo. No obstante, todo cambió cuando nos apuntamos a aquel curso de inglés y empezamos a coincidir dos veces por semana. En un principio quise borrarme, pero fui incapaz. Te juro que no quería…

—¿No querías acostarte con ella? ¿No querías destrozar mi matrimonio? ¿No querías hacernos daño a todos? ¿Qué era exactamente lo que no querías, Sebas?

—Yo solo la quería a ella —resumió.

—Ya, pero es que resulta que ella era mi mujer y tú mi amigo. No sé por qué has insistido tanto en hablar conmigo de todo lo que pasó…

—Porque no quiero que pienses que lo que hice no me destrozó a mí también. Porque yo la quería y ella terminó dejándome… Porque me está costando mucho olvidarla. Porque perdí a mis amigos…

—¿Entiendes cómo me sentí yo?

—Lo siento, de verdad que…

—Sebas —pronuncié su nombre interrumpiéndolo—, os pillé en nuestro piso, en nuestra cama… Para que eso sucediera no debía de ser la primera vez que lo hacíais.

—Nosotros…

—No, no me malinterpretes; no quiero saberlo. No quiero saber nada más.

—Yo solo puedo decir que lo siento, pero quiero que sepas que todo aquello también acabó conmigo.

—No digo que no, pero tú por lo menos tomaste decisiones. Malas, pero decisiones, al fin y al cabo. A mí me vino dado, no pude hacer nada.

—Terminé perdiéndolo todo: a ella, a vosotros…

—Elegiste. Podrías haberlo hecho de muchas formas, pero elegiste la peor. Porque te recuerdo que yo también lo perdí todo.

—Lo sé —susurró avergonzado—. He intentado acercarme a ti y a David de todas las maneras posibles. Cuando Carol y yo empezamos a salir pensé que quizá así… —Fue curioso, porque no me alteré en ningún momento de aquella conversación aun sabiendo que él estaba hablando de mi matrimonio, de Carla y de lo que pasó. Sin embargo, en cuanto nombró a Carol, me tensé.

—Espera un momento —le pedí alzando una mano—. ¿Saliste con Carol para llegar a nosotros?

—No fue exactamente así, pero ella es la hermana de David…, vosotros…

¡Joder! Por si yo no lo había hecho ya bastante mal, vino él para rematarlo.

—Hemos revolcado en el barro a una persona que nada tenía que ver con nuestras mierdas —dije en voz alta, aunque fue como si verbalizara un pensamiento—. Mira, Sebas, se mire por donde se mire hiciste las cosas fatal y, a pesar de que yo no siento ya la rabia del principio, no me veo capaz de perdonarte sin más.

—Lo entiendo, solo quería poder disculparme contigo. Sé que actué muy mal, únicamente necesitaba que entendieras que me había enamorado de ella como un idiota.

—No lo encuentro una excusa, pero vale. Ya nos veremos —me despedí levantándome de la silla, dando la vuelta y saliendo de allí.

No podía decir que aquella conversación me había aportado algo que deseara, pero sí me ayudó a cerrar una parte de mi vida que me había dolido tanto que antepuse vengarme de Sebas a lo que yo quería. Y lo peor fue que terminé hiriendo a una persona que no se lo merecía. Solo de pensar en Carol me estremecí. No quería ni imaginar cómo debió de sentirse al creer que todos la habíamos utilizado. Y yo ni siquiera había tenido la oportunidad de disculparme.



Después de aquello continué con mi vida, o más bien seguí trabajando a todas horas. Por eso cuando aquel día mi jefe me llamó para tener una reunión conmigo sonreí. Me di cuenta de que llevaba mucho tiempo sin hacerlo, pero es que aquella reunión solo podía significar que me darían el ascenso que yo tanto anhelaba. Después de trabajar y dedicar tantas horas ya me lo había ganado, ya.

Llamé a la puerta de mi superior sin dejar de sonreír. Qué curioso, porque cuando unos minutos más tarde salí de allí me faltaba poco para llorar.

—Hola, Acosta. Siéntate, queremos hablar contigo. —A mí me extraño la seriedad con la que se expresaba, pero imaginé que un ascenso de aquel calibre bien merecía estar serio—. No voy a andarme con rodeos ni a marearte más de lo que mereces. Pero antes quiero que sepas que has sido un gran trabajador y que has estado al pie del cañón durante todos estos años. —Que hablara en pasado me mosqueó un poco, aunque lo achaqué a mi futuro cambio de posición—. Lo que trato de decirte es que el ascenso se lo hemos dado a otra persona y no podemos conservar tu puesto. —Tardé un rato en percatarme de lo que me estaba diciendo. Me quedé tan conmocionado que no fui capaz de pronunciar más de dos palabras seguidas. Lo único que pedí fue que la negociación para mi despido la hiciéramos otro día; no me veía preparado para nada más que irme a mi casa, meterme en la cama y taparme hasta la cabeza.

Mientras caminaba, no dejaba de pensar en las muchas horas que había invertido en aquel trabajo, tanto tiempo dedicado para

terminar en la calle. No podía creer que también hubiera perdido el empleo en el que llevaba desde que terminé la carrera.

Debía de haber hecho algo muy malo en otra vida.

29. Un vuelo de ida

Enzo

Cuando llegué a casa y comprobé que mi abuela no estaba, me vine abajo. Me dejé caer en el sofá y se me escapó una especie de gemido. Necesitaba hablar con alguien y desahogarme, así que llamé a David. No era que nuestra amistad estuviera al mismo nivel de antes de que ocurriera lo de Carol, pero hablábamos bastante a menudo y la tensión parecía que se iba disipando poco a poco.

—Hola, tío —respondió nada más descolgar.

—Estoy jodido, David —solté yendo directo al grano.

—¿Qué te ha pasado? —Me gustó comprobar que había preocupación en su voz.

—Me acaban de despedir.

—Pero ¡¿qué dices?! Si llevas trabajando en esa empresa un montón de años y este último tiempo casi has vivido en la oficina…

—Por lo visto, éramos dos los que accedíamos al ascenso, solo que el otro era el hijo del jefazo y yo ni siquiera lo sabía.

—¿Y no van a mantenerte en plantilla?

—No hay cabida para dos jefes y han reducido personal. Hemos saltado tres personas —dije con voz monótona, casi el mismo tono que mi jefe había utilizado conmigo para explicármelo.

—¡Joder! Menuda mierda.

—Sí, parece que este no es mi año. O, mejor dicho, parece que esta no es mi década.

—¿Qué piensas hacer?

—Iba a actualizar el currículo y a ponerme a buscar trabajo, pero después de no tener ni un día libre desde hace semanas, o incluso meses, creo que me lo voy a tomar con más calma.

—¿Por qué no vienes a verme? —En cuanto procesé aquella pregunta la imagen de Carol invadió mi cabeza. Con todo, no dije nada porque David y yo jamás hablábamos de ella.

Tal vez volar a Londres no era la mejor de las ideas, pero tenía muchas ganas de ver a David, así que no lo pensé demasiado.

—Sí, creo que iré. Necesito salir de aquí y despejarme un poco.

—¿En serio? Eso es genial. Bueno, entiéndeme, me hubiera gustado que vinieras a verme en otras circunstancias.

—La verdad es que si hubiera continuado trabajando ahí jamás habría sacado tiempo. Como bien has dicho, casi vivía allí.

—Pues vamos a aprovechar las circunstancias a pesar de que no sean las mejores.

—Sí. Por cierto, tienes que recomendarme algún hotel que no esté lejos de tu casa.

—Ah, no, nada de hoteles. John y yo tenemos un cuarto de invitados, puedes quedarte el tiempo que quieras en él.

Fue un alivio para mí saber que Carol no estaba viviendo con su hermano. Aunque un segundo después pensé que tal vez iría a Londres, pero no la vería, y aquella idea no terminaba de gustarme.

—Tampoco es mi intención abusar de vosotros, aunque he de decirte que compraré el billete de vuelta para el domingo, pero con opción a cambio por si quiero alargar la estancia…

—Vaya, estás desatado —bromeó David—. Ya sabes, no hay prisa —volvió a recalcarme.

—Pues en cuanto tenga la fecha y la hora exactas te aviso.

—Perfecto. Y mucho ánimo, tío. Podría decirte un montón de frases manidas, pero lo del trabajo ha sido una putada. Ya sabes que si necesitas hablar antes de venir solo tienes que llamarme.

—Muchas gracias. Hablamos.

—Cuídate. —Cuando David colgó el teléfono fui más consciente que nunca de lo mucho que lo extrañaba.

Aquella noche esperé a que mi abuela llegara de su cena con las chicas y le expliqué lo que me había pasado en el trabajo y mis planes de marcharme a Londres.

—Menuda faena lo de tu trabajo. Ellos se lo pierden, porque no creo que encuentren a nadie que le dedique tantas horas como tú.

—En realidad, el ascenso lo ha conseguido el hijo de un jefazo…

—Pues peor me lo pones. —Mi abuela permaneció callada un buen rato y yo no pude evitar hacerle la siguiente pregunta.

—Y lo de marcharme a Londres, ¿qué te parece?

—Creo que un cambio de aires te vendrá bien, pero me da la sensación de que al final vais a acabar todos allí —se quejó.

—Solo voy a pasar unos días.

—Sí, eso fue lo que Carol pensó en un principio, solo unos pocos meses, y mira al final…

—Bueno, tal vez ella no tarde en regresar. —Al igual que me pasaba con David, mi abuela y yo tampoco hablábamos de Carol, a pesar de que sabía que ella había ido a verla y se llamaban con asiduidad.

—No lo creo, empieza a rehacer su vida allí y acabará quedándose.

—¿Qué quieres decir con «rehacer su vida»? —pregunté con una nota de pánico en la voz.

—Me parece que eres lo suficientemente listo como para entenderlo sin que tenga que explicártelo, ¿verdad? ¿Qué pretendías, que estuviera esperándote toda la vida después de lo que le hiciste?

—No, claro que no. —No tenía ni idea de lo que deseaba, pero, por más egoísta que fuera aquel pensamiento, no quería que Carol me olvidara.

—Mira, cariño, sabes que te quiero más que a nadie en el mundo y será mejor que no se lo digas a tu madre, pero Carol lo ha pasado muy mal. Mucho. Y por fin parece que empieza a superarte, así que, por favor, no vayas allí y vuelvas a remover su mundo, porque, si lo haces, cuando regreses te tengo comiendo coles de Bruselas un año entero. —Sobra decir que odio las coles de Bruselas.

—Lo pillo, abuela.

—Yo creo que no, por eso voy a explicártelo bien: si coincides con ella salúdala y vete. Intenta evitarla todo lo posible porque sé que lo que Carol sentía por ti no va a desaparecer, por lo menos no tan pronto, al igual que sé que tenerte cerca no la va a ayudar en nada. Así que, por favor te lo pido, mantente al margen.

Sabía que mi abuela tenía razón. Entendía que lo mejor para todos sería que yo no coincidiera con Carol el tiempo que estuviera en Londres. Pero ¿qué hacía yo con las enormes ganas que tenía de verla?

30. Volver a verlo

Carol

Enzo ya estaba en Londres y yo, sin acabar de entenderlo, había desbloqueado su número de teléfono. David me dijo que hacía dos días que había llegado y yo dejé de caminar tranquila por la calle. Menuda tontería. No os imagináis la rabia que me daba que, después de todo, lograra robarme la paz que tanto me había costado conseguir simplemente porque cabía la posibilidad de volver a verlo.

Mi hermano me había preguntado, con mucho tacto, si queríamos ir a cenar Simon y yo a su casa, tal y como hacíamos cada semana. Aún no le había contestado. Por una parte, me cabreaba tener que dejar de hacer cosas porque Enzo estuviera allí, pero por otra pensé que resultaría muy incómodo, después de tanto tiempo, presentarme allí con Simon. Aunque, si lo recapacitaba bien, ¿para quién sería violento? Yo simplemente iría a cenar a casa de mi hermano con mi pareja, igual que siempre. Era Enzo quien sobraba en todo aquello. Además, si decía que no, si me negaba a asistir, parecería que me estaba escondiendo de algo y tendría que dar explicaciones a Simon, pues el día que cenábamos en casa de mi hermano era inamovible y él lo sabía.

Nunca le conté nada a Simon de por qué me había recluido en Londres. Él sabía que llegué allí escapando de algo, pero ni yo le detallé ni él me preguntó. Y si quería que aquello continuara siendo así debería ir a cenar a casa de David, por más que volver a ver a Enzo me inquietara como hacía tiempo que nada lo conseguía. También era cierto que prefería verlo en aquella cena, en la que iba a sentirme arropada por mi hermano, mi cuñado y Simon, a encontrármelo en cualquier otro sitio y tener que afrontar sola nuestro primer encuentro. Llamadme cobarde porque lo soy.

Con todo aquello bullendo en mi cabeza, aún le di alguna que otra vuelta antes de contestar a mi hermano.

Yo:
Claro que iremos. No entiendo por qué lo preguntas, si no hemos fallado nunca desde que salgo con él.

¿Podía ser más hipócrita?, yo creo que no.

David hermano:
Deja de hacerte la tonta conmigo. Enzo cenará con nosotros, solo quiero que sepas que aquí estaré para cualquier cosa que necesites.

Aquellas palabras de mi hermano formaron un nudo en mi garganta.

Yo:
Gracias.

Me desconecté y suspiré profundamente. Todavía no las tenía todas conmigo de que aquello fuera una buena idea.

Por supuesto, no lo fue.

Sabía que Simon llevaría más de cinco minutos esperándome, pero era incapaz de decidir qué ponerme. Simon nunca pasaba a recogerme, simplemente quedábamos en un punto intermedio y desde allí íbamos a casa de David.

Cuando por fin me decanté por un vestido que me gustaba especialmente, ya llegaba con diez minutos de retraso y ni siquiera había salido aún de mi casa.

—Llegas muy tarde. —Fue lo primero que me dijo nada más verme. Y recalcó el «muy» para que fuera consciente de ello.

—Lo sé, lo siento. —Quizá en otro momento me hubiera explayado en la disculpa, pero es que no tenía ganas de hablar.

Simon pareció percatarse de mi estado de ánimo, creo que no ayudó que yo no abriera la boca durante todo el trayecto en metro. Pero es que, por más que intentaba serenarme, me resultó imposible.

—Carol, ¿estás bien? —preguntó Simon.

—Claro, ¿por qué no iba a estarlo? —Menuda hipócrita estaba hecha.

—No has dicho una palabra desde que hemos salido.

No era que Simon y yo lleváramos mucho tiempo juntos, pero desde luego empezaba a conocerme.

—He tenido un día regular en el trabajo y estoy cansada —mentí.

—Bueno, pues cenamos y nos vamos pronto —propuso.

—Sí, será lo mejor. —Sería la excusa perfecta para salir por patas nada más cenar. ¿Quién me mandaba a mí meterme en aquella situación? ¿Qué necesidad tenía?

Cuando llamé al timbre de la casa de David la mano me temblaba, así que la metí dentro de mi chaqueta para que Simon no se diera cuenta. Respiré hondo y me propuse tratar a Enzo de la misma forma que lo había hecho antes de que todo pasara: como al amigo de mi hermano. Nada más.

—Hola, adelante —saludó John, abriendo la puerta, dándonos dos besos y echándose a un lado para que pudiéramos pasar.

En cuanto me quité la chaqueta fui directa a la cocina para dejar la botella de vino que había llevado y para darme algo de tiempo con idea de serenarme —como si no hubiera tenido ya suficiente—. Cuando entré en el salón mi hermano estaba haciendo las presentaciones, y yo… me quedé parada en la puerta intentando recuperar el aire que parecía haber abandonado mis pulmones. ¿Por qué la vida era tan injusta? ¿Por qué Enzo parecía aún más guapo que la última vez que lo vi? ¿Y por qué las mariposas que yo creí muertas resucitaron de golpe y se pusieron todas a volar como locas? Putas mariposas.

—Hola, hermanita. —El saludo de David me sacó de mi estupor (estaba convencida de que lo hizo justo por eso).

—Hola. ¿Qué tal, Enzo? —pregunté con toda la indiferencia que fui capaz de mostrar.

—Bien, ¿y tú?

—Muy bien, gracias.

Todo tan educado, tan correcto, tan frío. Como si nuestros cuerpos no se hubieran tocado desnudos, como si su boca no

hubiera estado entre mis muslos, como si… Paré mis pensamientos de golpe porque me estaban llevando a un punto que no resultaba nada adecuado.

—¿Nos sentamos? —propuso mi hermano, y yo ni siquiera me había dado cuenta de que Enzo y yo no habíamos apartado los ojos el uno del otro.

Tomamos asiento, yo tenía a un lado a Simon y al otro a John. Todo bien si no fuera porque en algún sitio debían colocar a Enzo y le tocó justo frente a mí.

—¿Cómo es que has venido a Londres, estás de vacaciones? —pregunté, porque lo último que quería era que el silencio se volviera incómodo.

—No, la verdad es que me han despedido y pensé que venir aquí me vendría bien para despejarme.

—Oh, vaya, lo siento. Sé lo que tu trabajo significaba para ti.

—Gracias —me respondió sin apartar los ojos de mí. Terminé desviando la mirada, pues no me gustaba lo que me hacía sentir.

—¿A qué te dedicabas allí? —preguntó Simon. Opté por desconectar mientras Enzo le explicaba con detalle en qué consistía su trabajo.

Aproveché para intentar relajarme, pero cuando Simon puso su mano en mi muslo y la apretó supe que no lo había conseguido porque me sobresalté. Y él también se dio cuenta, dado que aquel gesto lo que pretendía era precisamente serenarme.

Volví a centrarme en la conversación justo en el momento en el que Enzo estaba dándole su teléfono a Simon y yo supe que me había perdido algo importante. Pues, por lo visto, Simon conocía a alguien que necesitaba el perfil de Enzo para un trabajo.

No quería ser mala ni rencorosa ni nada por el estilo, pero lo último que me apetecía era que Enzo se quedara allí más tiempo del necesario.

Después de aquello la conversación fluyó de manera bastante inocente. Cuando terminamos de cenar, retiramos la mesa entre todos y yo me quedé en la cocina para preparar el café y el té. Estaba absorta mirando por la ventana cuando su voz me sobresaltó.

—Te veo muy bien —susurró Enzo acortando la distancia que nos separaba. Quise gritarle que se quedara donde estaba y que no se acercara más.

—Estoy bien —respondí, simplemente.

—Simon parece un buen tipo.

—Lo es, aunque nadie ha pedido tu opinión.

—Eso ya lo sé…

—Pues limítate a no darla.

—¿Sigues enfadada? —Tuvo la decencia de cerrar los ojos después de hacer esa pregunta, como si se arrepintiera.

—No, hace tiempo que dejé de estarlo. Aunque tampoco recuerdo haberlo estado en exceso, más bien estuve rota. —Sabía que debería callarme, pero las palabras fluían como si yo no pudiera controlarlas—. Es lo que suele pasar cuando todas las personas en las que confías te mienten y te utilizan.

—Te llamé un millón de veces…

—No quería hablar contigo. No había nada que pudieras decirme que mitigara el dolor que sentí.

—No estoy acostumbrado a esta sinceridad tan cruda por tu parte. De verdad que lo siento, yo no pretendía…

—No pasa nada, Enzo. Por si no te has dado cuenta, he hablado en pasado. Ahora ya estoy bien.

—No sabes lo mucho que me alegro, jamás fue mi intención hacerte daño…

La carcajada cínica y fría que salió de mi garganta me sorprendió hasta a mí.

—Menos mal, porque si llegas a querer hacerme daño hubieras acabado conmigo.

—Has cambiado, Carol…

—Quizá no tanto, tal vez lo único que haya cambiado sea mi visión de ti. Está claro que te había idealizado y que la persona que yo tenía en mi cabeza no se correspondía con quien tú eres.

—Me gustaba que me vieras así. Nadie lo había hecho antes.

—Lo imagino. El problema de idealizar a alguien es que está condenado al fracaso porque, de una manera o de otra, siempre

llega la decepción. Aunque he de admitir que tú la conseguiste por todo lo alto.

Desconocía de dónde salía el coraje o la rabia para hablarle así, pensé que todo aquello ya lo tenía superado. Y, a pesar de que quería callarme y dejar de exponer lo que sentí de una manera tan clara, no podía dejar de hablar. Y me estaba resultando de lo más liberador.

—Lo sien…

—No vuelvas a decir que lo sientes, ya no sirve de nada —lo corté seca.

—No digas eso…

—Es la verdad. No sé dónde oí que si tiras una fruta varias veces al suelo, aunque por fuera pueda parecer que está bien, cuando la pelas compruebas que se ha puesto marrón y, por más que hagas, ya no hay forma de devolverla a su estado anterior. Eso es lo que tú hiciste con lo que yo sentía por ti. Cogiste esos sentimientos puros, incondicionales y bonitos y los golpeaste hasta destrozarlos. —No pude apartar los ojos de la lágrima que surcó su mejilla—. No pretendo hacerte sentir mal, solo deseo que me entiendas.

—Ni siquiera sabía que albergabas todos esos sentimientos por mí.

—Pues ahora ya lo sabes. Es una pena que sea demasiado tarde.

Cogí el café y salí de la cocina antes de que las lágrimas me ganaran la batalla a mí también.

31. De un humor pésimo

Enzo

Me quedé unos instantes allí intentando calmarme. Las palabras que acababa de soltarme Carol me habían dejado hecho polvo. En parte las esperaba y no me sorprendían, pero oírlas de su boca fue demoledor.

En cuanto mi respiración volvió a ser normal salí de la cocina y me senté en la silla que había ocupado antes. Intenté poner mi mejor cara y hacer como que escuchaba la conversación, aunque lo que de verdad hice fue observarla.

Carol estaba muy guapa; seguramente siempre lo había sido, pero yo no reparé en ella hasta hacía relativamente poco. Algo que, para ser sinceros, no dejaba de sorprenderme. Sabía que estaba nerviosa porque movía las manos encima de la mesa en una especie de tic. Me encontraba tan pendiente de los movimientos de sus manos que cuando soltó una carcajada el sonido me pilló desprevenido, así como lo que sentí en el pecho al oírlo. Era como si un poquito de calor llegara en un día frío. Como los primeros rayos de sol en primavera que calientan tu cuerpo casi sin avisar y sin que te des cuenta.

Me había quedado tan absorto mirándola que cuando Simon se metió en medio de mi visión para besar a Carol en el cuello tuve ganas de protestar. Sabía que no tenía ningún derecho, seguramente era la persona que menos derecho tenía, pero contemplar cómo los labios de él besaban la delicada piel de su cuello hizo que me removiera incómodo en mi asiento. Aunque lo peor estaba por llegar, pues Carol giró la cara posando la mirada en Simon y acercó su boca a la de él para besarlo. No fue un beso pasional, ni siquiera estuvo fuera de lugar, aunque yo lo sentí como si me hubieran golpeado.

Sabía que había sentido y continuaba sintiendo cosas por Carol. Aún no era capaz de asegurar si estaba enamorado o no, pero tenía claro que mis sentimientos por ella eran bastante fuertes y sólidos.

Con todo, también entendía que después de lo que ocurrió Carol debía rehacer su vida, aunque eso no evitó que me costara digerir ver cómo besaba a otro. Porque, claro, una cosa era imaginarlo y otra muy distinta comértelo en primera fila.

A partir de aquel momento yo puse el piloto automático y no recuerdo demasiado de lo que sucedió. Ellos se marcharon pronto, nos despedimos y yo me excusé para encerrarme en mi cuarto —bueno, en el de invitados de David—.

Una vez que estuve tumbado en la cama, clavé la mirada en el techo e intenté analizar lo que había sucedido aquella noche. Me gustó volver a ver a Carol, el problema tal vez fuera que me gustó demasiado.

Lo último que deseaba y para lo que no había ido a Londres, tal y como me advirtió mi abuela, era para hacerle más daño del que ya le hice, pero es que ni yo mismo estaba preparado para todo lo que sentí cuando la vi.

Aunque, claro, tampoco podía hacer nada al respecto. Primero, porque si no quería que saliera dañada debía apartarme de ella, y segundo, porque tenía pareja y eso aún hacía que tuviera que alejarme más. Carol tenía derecho a salir con quien le diera la gana y a hacerlo sin que yo interfiriera.

Yo sabía todo aquello, por eso me asombré de que mi mano fuera por libre, cogiera mi móvil, que estaba encima de la mesita de noche, y le mandara el mensaje que me había prometido no enviarle.

Yo:
Me ha gustado volver a verte.

Esperaba una respuesta tipo: «A mí no». O algo como: «No quiero que me escribas». Incluso un «déjame en paz de una maldita vez». Sin embargo, fue incluso peor que eso, porque cuando comprobé que lo había recibido esperé y esperé sin obtener respuesta.

¿Había algo peor que te mandaran a la mierda? Desde luego que sí, que te ignoraran.

Pasé la noche como pude, porque afirmar que dormí tampoco sería verdad. Al levantarme estaba más cansado que cuando me metí en la cama.

Me dirigí a la cocina, donde ya se encontraba David con lo que parecía una taza de café en la mano, aunque no estaba seguro, pues allí se llevaba mucho eso de beber té. ¿Quién demonios bebía té recién levantado?

—Buenos días —gruñí.

—Vaya, nos hemos levantado de muy buen humor, ¿eh?

—Estoy en Londres, huyendo porque me he quedado sin trabajo, después de no haber hecho otra cosa que trabajar durante meses. Entenderás que no me apetezca pasarme el día sonriendo. —Hasta yo mismo me sorprendí por el tono utilizado. Realmente estaba de un humor pésimo.

—Ni mucho menos, amigo, pero se te olvida que estás hablando conmigo y que tu humor se ha vuelto mucho más negro desde que anoche viste a mi hermana. ¿Es porque te sientes culpable? No voy a engañarte, Carol lo pasó muy mal, pero ya está mejor y Simon parece un buen tío.

A pesar de que me costó, logré aguantar el gruñido que estuve a punto de soltar.

—Claro que me siento culpable —confesé apretando la mandíbula —. No estoy orgulloso de nada de lo que hice y, desde luego, no debería haber sucedido así. No tendría que haberme comportado como un cobarde y debería haberle contado la verdad antes de que todo se desmoronara—. «Tal y como me había advertido mi abuela», pensé para mí.

—Sí, deberías haberlo hecho así. Sabes mejor que nadie lo que Carol significa para mí, me encantaría evitarle que lo pasara mal y lo que hiciste no estuvo bien. Aunque también te digo que te conozco lo suficiente como para saber que no habrías llegado tan lejos si mi hermana no hubiera despertado algo en ti. No sé qué es exactamente lo que sientes por ella, pero puedo hacerme una ligera idea por cómo la mirabas anoche y porque desde que pasó lo que pasó con Carla no habías vuelto a acostarte con nadie.

Después de aquellas palabras de mi amigo, me derrumbé un poco. No había hablado de aquel tema con él porque…, ¡joder!..., porque ella era su hermana y porque él se había enfadado mucho conmigo después de que me comportara como lo hice. Pero mi abuela no estaba allí y yo necesitaba desahogarme con alguien.

—No sé qué siento por ella.

—Eso es sumamente esclarecedor —resopló David.

—Lo que quiero decir es que no puedo asegurarte que esté enamorado, pero me gusta mucho más de lo que creí posible. Y, sin duda, no ha sido buena idea venir aquí. Porque volver a verla…

—Está claro que no es una declaración de amor, pues resulta un tanto ambigua, por lo que te agradecería que no te acercaras a ella hasta que estuvieras seguro de lo que sientes.

—¿Cómo? —pregunté desconcertado—. Carol me odia y además tiene pareja, que, tal y como has dicho, parece buen tío. ¿Cómo crees que voy a acercarme a ella?

—Que quede claro que esta es una deducción mía porque no sé qué siente en estos momentos mi hermana por ti, hablo solo por lo mucho que la conozco y lo que sé, ¿entendido?

—Perfectamente —respondí con expectación.

—De lo que estoy seguro es de que la clase de amor que ella te profesaba no se puede borrar en tan poco tiempo, dudo incluso que lo consiga nunca. Tú jamás la has visto suspirar por ti como yo… Y que conste que estoy hablando más de la cuenta. Lo último que deseo es que creas que tienes vía libre y vuelvas a hacerle daño, por eso quiero que te lo pienses muy bien y que no des ni un solo paso hasta que tengas las cosas clarísimas.

—Ya…

—Enzo —me llamó para que lo mirara—, clarísimas como el agua, ¿vale?

—Sí, sí.

Observé a mi amigo durante unos instantes, ni siquiera había barajado la opción de que fuera posible tener un acercamiento con Carol sin que esta me sacara los ojos, pero aún menos pensé que contaría con el visto bueno de su hermano. Aunque no era exactamente así porque lo primero que él me pidió fue que aclarara

mis sentimientos. Lo malo era que para que eso ocurriera tendría que acercarme a ella, volver a verla, a hablarle a fin de saber qué sentía, y me daba la sensación de que ninguno de los dos estaba preparado para que aquello sucediera.

32. Un café juntos

Carol

Había logrado ir a aquella cena y salir bien parada de ella. Más o menos. Porque aún notaba cómo mi cuerpo temblaba ligeramente.

—Parece majo el amigo de tu hermano. A ver si aún está disponible el puesto de trabajo del que le he hablado —dijo Simon mientras esperábamos el metro.

—Bueno, si no lo está tampoco te preocupes. No creo que le resulte muy difícil encontrar trabajo cuando regrese. —De verdad que no quería ser mala, pero es que prefería que Enzo se marchara cuanto antes.

Me había costado bastante tiempo llegar a donde estaba. Volver a confiar en alguien lo suficiente como para salir con él. Dejar de pensar en Enzo desde la mañana hasta la noche, incluso soñar con él. Lograr apartar la tristeza por lo que me hizo… Tenía claro que al volver a verlo se abrirían heridas o regresarían sentimientos. El problema fue percatarme de que no se trataba de que volviera nada, era que siempre habían estado ahí. Por más que me engañara, no había dejado de quererlo y aquello era una auténtica mierda. Una mierda contra la que iba a luchar con uñas y dientes. No iba a permitir que él llegara allí después de tanto tiempo y volviera a poner mi mundo patas arriba tal y como había hecho siempre. No. En aquella ocasión no. No estaba dispuesta a que él apareciera y destrozara mi vida. Otra vez.

—Carol, ¿has escuchado algo de lo que te he dicho? —preguntó Simon sacándome de mis pensamientos.

—Perdona, ¿qué decías?

—Te preguntaba que si te apetece venir a dormir a mi casa —propuso, y yo en otras circunstancias habría declinado aquella oferta porque me daba rabia que él jamás se quedara en la mía y tuviera que ser yo la que siempre cediera. Habíamos discutido varias veces por ese asunto, pero Simon insistía en que estaba más cómodo en

su apartamento, ya que el mío era demasiado pequeño. No podía negarle eso, aunque para mí también resultaba más cómodo estar en mi casa y no tener que ir llevando cosas de arriba abajo.

Con todo, aquella noche quería pasarla con él, necesitaba anclarme a algo para confirmar que Enzo solo sería pasajero y que cuando se marchara todo volvería a la normalidad.

Si Simon me notó extraña aquella noche no comentó nada, pero nunca había dormido tan pegada a él. Era verdad que yo me mostraba más cariñosa con él que él conmigo, pero tampoco era mi comportamiento habitual engancharme a su cuerpo como una lapa. Apenas llevábamos un par de meses saliendo juntos, aún no habíamos hablado de sentimientos y Simon no era precisamente afectuoso; no quería caer en estereotipos, sin embargo, era muy inglés en eso.



Los días pasaron sin que volviera a saber de Enzo más allá del wasap que me envió la misma noche de la cena y que yo ignoré. En realidad no tenía ni idea de qué responderle y por mucho que me apeteciera hablar con él no quería reanudar el contacto, pues aquello solo me haría daño. Y, aunque estuve muy tentada a contestarle, incluso días después de que me llegara aquel mensaje, me mantuve firme en mi decisión. El tiempo que pasé en casa de Olga y los meses que habían transcurrido debían recordarme lo que me costó recomponerme, y era imposible olvidar el dolor que todo aquello me produjo. Así que, por supuesto, que iba a mantenerme firme y a ignorarlo y evitarlo todo lo que me fuera posible.

La única sonrisa que me trajo aquel mensaje fue que cuando lo recibí pude comprobar el cambio que había asignado a su nombre: de «El amor de mi vida» pasó a ser «Satanás». Era un buen cambio.

Aunque estaba claro que no se podían hacer celebraciones antes de tiempo, porque aquel día, al salir del trabajo, me lo encontré en la puerta. Durante unos segundos barajé la posibilidad de pasar delante de él sin tan siquiera saludarlo, pero supe que aquello, lejos de dejarme bien, le haría ver lo resentida que estaba. Que, a ver,

tampoco era una mentira, pero no quería mostrárselo con tanta claridad.

—¿Qué haces aquí? —Tal vez el tono utilizado y la frase elegida tampoco ayudaron a mi propósito.

—Pasaba por aquí y recordé que tu hermano me comentó que trabajabas cerca. Me he parado a saludarte.

—Genial, pues ya me has saludado, ahora puedes irte. —Di media vuelta para dirigirme al metro, en cambio no pude moverme del sitio porque Enzo agarró con suavidad mi muñeca. Dirigí la mirada justo a ese punto. Solo esperaba que no se hubiera percatado del escalofrío que sentí al notar su contacto.

—Perdona. Solo quería tomar un café contigo. Ya sé que no te apetece y que, por supuesto, no me debes nada. Pero, no sé…, tal vez podamos ser… ¿amigos?

Si lo que Enzo pretendía era convencerme de algo, estaba claro que aquella no era la mejor forma.

El inconveniente era que yo no podría ser amiga de Enzo, pero si le decía aquello quedaría demasiado raro porque revelaba mucho más de lo que estaba dispuesta a mostrar. Que sí, que Enzo tenía clarísimo lo que yo sentía por él, pero quería que siguiera creyendo que aquellos sentimientos pertenecían al pasado. Y tampoco podía largarme sin más, así que me vi aceptando su propuesta de ir a tomar un café juntos como si aquello fuera algo normal.

Podría decir que la incomodidad no tardó en llegar, pero lo cierto fue que estuvo presente desde el mismo instante en el que acepté su petición.

Nos sentamos en la primera cafetería que encontramos. Lo hice lo más alejada de él que pude.

—Tienes la espalda tan tiesa que temo que te rompas —intentó bromear, pero yo lo fulminé con la mirada.

—Que después de todo aún tengas ganas de bromear es… cuando menos curioso.

—No es que me apetezca especialmente, pero no soporto que después de los años que hace que nos conocemos y de lo que pasamos juntos no podamos ni siquiera tomar un café.

—Precisamente por lo que sucedió entre nosotros es por lo que existe esta tensión. —Quizá debería haberme callado y lo mejor sería dejar de soltarle una pulla cada vez que hablara, pero es que no lo pude evitar. Supongo que por la forma que tuvo de agachar la cabeza me decidí a mostrarme un poquito más cordial—. ¿Qué tal te adaptas, echas de menos tu casa? —Él me miró sorprendido.

—Mentiría si dijera que me gusta el clima de Londres, pero no estoy mal. Los últimos meses no han sido demasiados buenos y me ha venido bien cambiar de aires.

—Sé lo que quieres decir, pero ya podías haber cambiado de aires en otro sitio. —Sonreí para que supiera que era medio en broma. Solo medio, porque no podía obviar la parte de verdad que contenían aquellas palabras.

—Lo siento mucho, no era mi intención trastocar tu vida. Pero es que en Madrid solo me quedaba mi abuela y tenía la necesidad de salir de allí. Eso sumado al hecho de que extraño mucho a David y, aunque no tenga derecho a decir esto, también te he echado de menos a ti.

—Es curioso que digas eso, porque hasta no hace mucho ni siquiera sabías que existía. —¿Tal vez me estaba pasando? Posiblemente, pero es que era superior a mí. Aunque me propuse aflojar un poco—. Yo he estado demasiado enfadada contigo como para echarte de menos. —Quedaba claro que no podía.

—Ya me imagino.

—No te haces una idea.

—Siento todo lo que pasó. Sé que no es suficiente, pero no pensé que las cosas se iban a descontrolar así. Si sirve de algo, quiero que sepas que nada de lo que sucedió entre nosotros tuvo que ver con la maldita apuesta.

—Quiero imaginar que no, pero sí tuvo que ver con Sebas. Entre él y tú me hicisteis polvo. Tú más que él porque mis sentimientos por ti eran… distintos. —Menuda manera de explicarlo; pero, claro, no podía decirle que de él estaba profundamente enamorada desde hacía años y que por Sebas no sentía absolutamente nada—. Al menos en aquel entonces. —Ya que había salido el tema quería ser sincera, pero no podía olvidar protegerme. Debía dejar claro que

aquellos sentimientos murieron con el engaño. Y en cierta manera no mentía, pues, a pesar de que continuaba queriendo a Enzo, ya no era lo mismo. Imagino que esa es la función de los desengaños. En mi caso lo había bajado del pedestal, en el que yo misma lo subí, de un buen empujón.

—Es un tema complicado y delicado para mí, aunque ahora sé que tendría que haber sido sincero contigo desde el principio —susurró Enzo tan flojito que me costó oírlo.

—Puedes hacerlo ahora. —Por más que quise evitarlo, mi voz sonó con un ápice de súplica.

33. ¿Amigos?

Enzo

No podía continuar engañándome. Que Carol reconociera que ya no sentía nada por mí me había dolido. Mucho. Y si me había dolido era porque mis sentimientos por ella continuaban estando ahí. Lo que debía descubrir era cuán grandes eran dichos sentimientos. Porque, tal y como me dijo David, no podía llegar allí e intentar cambiarlo todo solo por querer comprobar si de verdad estaba enamorado de ella. Ya le había hecho daño una vez y aquello no podía volver a suceder, antes de dar cualquier paso tenía que estar seguro.

Así que pensé que lo primero que debía hacer era contarle la verdad. Contárselo todo. Estaba cansado de las mentiras con Carol; si quería que aquello saliera bien, tendría que sincerarme con ella y después ya veríamos cómo iba la cosa.

—Voy a intentar resumírtelo lo máximo posible. Tampoco quiero resultar pesado.

—Enzo, no tengo prisa. Tómate el tiempo que necesites. —En aquella respuesta vi un atisbo de la Carol que yo recordaba. Eso me ayudó a continuar.

—Cuando conocí a Carla me enamoré como un gilipollas, y digo gilipollas porque pasado todo este tiempo no estoy seguro de que aquello fuera un amor sano. Yo besaba el suelo que ella pisaba. Me volví dependiente y dejé que todo mi mundo girara alrededor de ella. Me aparté de mis amigos y de mi familia…

—Sí, recuerdo bien cómo la mirabas. Y también recuerdo que cuando presencié vuestra boda supe que no había nada que hacer contigo. Había tanto amor en cada gesto que le dirigías… Por eso decidí olvidarte y salir con Sergio.

—Sí, es que era exactamente así como me sentía. Estaba prendado de ella por completo.

—Lo sé —ratificó con un matiz de pena en su tono.

—Bueno, si he decidido contarte todo esto es para que entiendas cómo me sentí cuando pasó lo que pasó. No llevábamos mucho tiempo casados y a mí la convivencia me parecía que se nos estaba dando bien, claro que aquella apreciación fue solo por parte mía. En fin, recuerdo perfectamente el día que Carla llegó a casa y me contó que se había apuntado a un curso de inglés en el que coincidía con Sebas. A mí me pareció maravilloso porque tal vez aquello diera pie a vernos más de lo que lo hacíamos, pues Sebas se había distanciado y lo veíamos poco. Y no me equivoqué, dado que empezamos a quedar los tres y de vez en cuando se unían Óscar o tu hermano. A mí me gustó recuperar a mis amigos, por más que fui yo quien los apartó. Pero en aquellas ocasiones era Carla quien proponía cenas o comidas con ellos y yo no vi nada extraño. O quizá no lo quise ver, no lo sé.

»Hasta que un día salí temprano de casa porque tenía una reunión que sabía que se alargaría más de la cuenta. Me acerqué a Carla, le di un suave beso en los labios para no despertarla y la dejé durmiendo en nuestra cama. Cuando llegué al trabajo me informaron de que la reunión se había anulado y que aquel día podríamos teletrabajar, así que volví a casa lo más rápido que pude.

»Me extrañó no encontrar a Carla en el salón, ya que debería de estar desayunando para marcharse al trabajo. Aún hoy me pregunto qué me llevó a no llamarla, a no hacer ruido, a caminar hasta nuestra habitación y pararme en la puerta, abrirla poco a poco y descubrir que, en realidad, mi mujer no estaba sola, sino que la acompañaba Sebas. Y como puedes imaginar no estaban haciendo punto de cruz.

—¡Hostia puta! Eso fue lo que hizo que os alejarais de Sebas.

—Principalmente lo que hizo fue precipitar mi divorcio y destrozarme la vida, al menos durante un tiempo. Y sí, claro, nos alejamos de él.

—No tenía ni idea.

—No era algo que me gustara contar. Solo se lo expliqué a tu hermano y a Óscar. David casi dejó de hablar con Sebas, más que nada porque fue el hombro que tuve para llorar y también porque no

le gustó lo que hizo, como es de suponer. Óscar sí que quedaba con él de vez en cuando.

»En fin, lo que quería decirte con esto es que lo enfoqué todo mal. La última vez que vi a Carla fue cuando firmamos los papeles del divorcio. Nunca más hablé con ella ni mantuve ningún tipo de contacto, intenté olvidarla a toda costa, borrándola de mi vida. Hacer como si nunca hubiera existido.

—Sabes que eso no funciona exactamente así, ¿verdad?

—Claro que lo sé, aunque en aquel entonces creí que era lo mejor. Con Sebas hice lo mismo, pero cuando me enteré de que él estaba saliendo contigo…, no sé, aquello me sentó fatal. Entiendo que nada de esto es una excusa y quiero que te quede claro que la apuesta pasó a un segundo plano, yo solo pensaba en devolvérsela. Sin embargo, que fueras tú la que estuviera en medio de aquello fue una idea horrible. Y de verdad que lo siento.

Carol se recostó en su silla y vi cómo expulsaba el aire que llevaba rato conteniendo. Mis ojos fueron por libre y se posaron en sus labios, que se entreabrieron. Un montón de imágenes sacudieron mi cabeza y me removí incómodo en mi asiento.

No obstante, eso no fue lo que más me sorprendió, pues tenía muy clara la atracción que sentía por Carol. Lo que de verdad me dejó desconcertado fue que por primera vez fui capaz de explicar aquella historia, que era la mía, y que no me afectara. No había sentido nada al recordar aquel día ni me había puesto triste al pensar en todo lo que vino después. No extrañé los momentos vividos con Carla, ni siquiera los buenos, que solían bombardearme cuando ella me venía a la mente, como si con el tiempo solo fuera capaz de recordar lo bueno y no todo lo que iba mal entre nosotros.

Nada, solo estaba pendiente de las reacciones de Carol, de cómo iba a tomarse aquella confesión y de que, a pesar de que yo era consciente de que no sería suficiente, esperaba que lograra mitigar un poco su enfado.

—Siento que tuvieras que pasarlo tan mal. No tuvo que ser nada fácil —dijo al fin.

—Te aseguro que no lo fue.

—No es que con lo que acabas de contarme vaya a quedar todo resuelto entre nosotros. No puedo olvidar así como así el daño que me hiciste, pero te agradezco que lo compartas conmigo, que hayas confiado en mí.

—Entonces, ¿aceptas mi propuesta de ser amigos? —A mí me daba la sensación de que estaba cavando mi propia tumba, pero no se me ocurría una forma mejor de acercarme a ella.

—Sí, la acepto —respondió sonriendo, y yo sentí como si alguien hubiera puesto sobre mí una manta calentita después de estar tiempo a la intemperie.

Tal vez no fuera la mejor de las ideas, no; estaba casi convencido de que no lo era. Pero mientras me aclaraba y me aseguraba de lo que sentía por ella no pensaba perderle la pista.

Y, sí, como el buen gilipollas que era imaginé que ser amigos facilitaría las cosas. *Spoiler*: no lo fue.

34. Del amor de mi vida a Satanás y después solo Enzo

Carol

Enzo me acompañó hasta la parada de metro. No dejamos de hablar durante todo el trayecto, creo que logré responder con coherencia y mantener la conversación sin parecer ausente a pesar de que era incapaz de sacar de mi cabeza lo que me había contado. No quería disculpar lo que me hizo ni pensaba pasar página sin más. Yo misma me sorprendí al aceptar que fuéramos amigos, pero debía reconocer que lo que acababa de contarme no tuvo que ser una situación fácil. Y volviendo a lo de ser amigos, solo a mí se me ocurría decir que sí a semejante estupidez. ¿Cómo iba yo a ser capaz de ser su amiga? No tenía ni puñetera idea, pero cada vez que ese pensamiento se me pasaba por la cabeza me reprendía a mí misma, pues yo estaba saliendo con Simon y, por lo tanto, claro que podía ser amiga de Enzo. Era cierto que me había utilizado, pero una vez hablado y arreglado —más o menos— ese tema ya no tenía que fingir que sentía nada por mí. Joder, lo que dolía pensar que todo lo que había ocurrido entre nosotros nada más que lo había hecho por vengarse de Sebas. Es que no solo se trataba de que hubiéramos tenido algunas citas, que también; es que además nos habíamos acostado juntos, y él, ¿habría fingido en todo momento? A mí, que ya no era una persona demasiado segura de sí misma, y menos cuando se trataba de Enzo, aquello hacía que aún me sintiera más pequeñita.

Con todo, tampoco podía resultarme tan difícil quedar de vez en cuando y tomarme algo con él como hacen los amigos, ¿no? Un café, un ratito de charla y listo.

Nos despedimos con dos inocentes besos y yo llegué a creerme que aquello podría funcionar.

A ingenua no me gana nadie.

♠

Aquel día estaba resultando agotador, no tanto por el trabajo, sino porque nada parecía salirme bien. A primera hora se me abrió la botella de agua en el bolso y se me mojó todo. Después se me metió algo en el ojo y era incapaz, por más que me lo mirara en el espejo, de dar con lo que era, así que no podía sacarlo. A la hora de la comida me vino la regla y, por si eso no fuera suficiente, pues sufría dolores de barriga bastante fuertes, no llevaba nada para aliviarlos, ya que se me adelantó varios días.

Cuando, por fin, terminó mi jornada laboral y llegué a mi cajita de cerillas no podía creerlo. Lo primero que hice fue ducharme con agua volcánica, después casi caí en depresión al comprobar que no había ni una onza de chocolate en casa; es que ni siquiera algo dulce, lo que fuera, me era indiferente. Aunque me daba demasiado palo volver a vestirme para bajar a comprar, así que me senté frente al televisor con intención de ver algo antes de quedarme dormida. Poco se habla de lo bien que te quedas cuando el medicamente hace efecto y logra quitar los dolores. Mi dolor de barriga ya era una simple molestia y yo me encontraba en la gloria.

Estaba en brazos de Morfeo cuando el sonido de mi teléfono me despertó. Miré la hora y comprobé que apenas eran las siete de la tarde, pensé que sería casi de madrugada.

—¿Sí? —dije medio dormida aún.

—Hola, Carol. ¿Qué tal ha ido tu día? —preguntó Simon.

No tenía ganas de ponerme a explicarle todo lo que había ido mal en ese día, así que simplifiqué al máximo.

—No demasiado bien. ¿Y tú qué tal? —dije por cambiar de tema.

Simon se centró en hablarme de un contrato que acababa de firmar. Yo desconecté allá por el minuto uno. Solo volví a centrarme en la conversación cuando oí el nombre de Enzo, que me pareció tan fuera de lugar que me hizo regresar del limbo del aburrimiento.

—… así que finalmente ha conseguido el trabajo —terminó Simon.

Yo deduje que Enzo había logrado el trabajado para el que Simon lo propuso. Pero como no lo tenía claro, decidí asegurarme.

—Así que Enzo tiene trabajo nuevo.

—Sí, a ver qué tal le va. Desde luego está muy cualificado para el puesto.

—Eso es genial. —Esperaba que Simon no hubiera captado mi tonito.

No era que no me alegrara por Enzo, sí que lo hacía, pero es que aquello significaba que estaría en Londres, mínimo, seis meses.

—Simon, siento sonar borde, pero es que voy a meterme en la cama, no me encuentro demasiado bien. —Era verdad que la barriga ya no me dolía, pero cuando aquellos dolores menguaban me dejaban completamente derrotada.

—¿Qué te sucede? —Me dio la sensación de que preguntaba más por educación que por preocupación.

—Nada, la regla.

—Ah. —No sabía si se trataba del choque de culturas o que Simon era demasiado retraído para algunas cosas, pero me parecía entre infantil y absurdo cómo respondía (o cómo no lo hacía) a temas tan normales y naturales como tener la regla—. Buenas noches.

—Buenas noches. —Me despedí un poco mosqueada, pues tampoco le costaba mucho desearme que mejorara o que descansara o qué sé yo, ¡algo!

En fin, que en cuanto colgué y miré el móvil me percaté de que tenía varios wasaps.

Satanás:
¿Sabes? ¡He conseguido el trabajo!

Lo primero que pensé fue que debería cambiarle el nombre. Después me puse a escribir, pero, cuando llevaba medio mensaje escrito aclarándole que ya lo sabía, lo borré.

Yo:
¿De verdad? Me alegro mucho por ti.

Satanás:
Muchas gracias, ¿qué te parece si te invito a cenar para

celebrarlo?

Yo:
Lo siento, pero es que no me encuentro muy bien.

Satanás:
¿Qué te pasa?

Yo:
La puñetera regla.

Satanás:
Menuda cabrona, encima tienes que aguantarla cada mes. No te preocupes, que tengo la solución. Pásame un wasap con tu ubicación y no te vayas a dormir todavía.

No tenía claro si me gustaba que viniera a mi casa; bueno, en realidad no me apetecía, pues lo único que deseaba era arrastrarme hasta la cama y dormir durante las siguientes diez horas. Pero me pareció grosero decirle que me dejara tranquila. Más aún cuando había sido la única persona que había mostrado un poco de empatía. Además, no había dicho nada de que tuviera que levantarme del sofá, que era donde iba a esperarlo y de donde no pensaba moverme.

Media hora después llamaba al timbre, me levanté como una anciana de cien años y caminé despacio hasta la puerta. Lo primero que vi al abrir fue la preciosa y perfecta sonrisa que Enzo lucía, sin embargo, para no quedarme embobada mirándolo más tiempo del correcto bajé la cabeza y me di cuenta de que llevaba un par de bolsas.

—¿Qué llevas ahí? —pregunté con curiosidad.

—Déjame entrar y te lo enseño.

Me hice a un lado y cerré la puerta. Cuando llegué al salón —solo necesité dos pasos— la sorprendida fui yo al percatarme de en qué consistía su solución.

—En esta bolsa hay tres tipos de patatas fritas y *snacks.* En esta otra, diez chocolatinas diferentes; no sabía cuál era tu preferida, así que he cogido una de cada. Y en la última, algunas chucherías, una Coca-Cola y varios batidos de distintos sabores —fue explicándome mientras dejaba aquel arsenal sobre la mesa pequeña del salón/cocina/todo.

—Pero ¿tú cómo sabías…? —empecé a preguntar.

—Te recuerdo que estuve casado. Ah, y también te he comprado esto.

Una bolsa de calor. Me había comprado una puñetera bolsa de calor y yo no iba a llorar por algo así, era ridículo, ¿verdad?

—Venga, vamos al sofá y ponemos una peli mientras nos zampamos todo esto. Es muy probable que terminemos malos de la barriga, pero por otros motivos.

—Me arriesgaré —respondí sonriendo, y me percaté de que era la primera sonrisa del día.

No sé si me quedé dormida o caí en coma por sobredosis de azúcar, la cuestión fue que cuando me desperté al día siguiente estaba tapadita en mi cama. Me desperecé antes de levantarme y comprobé que ya no me dolía nada. Caminé —si puede llamarse así a dar unos pocos pasos— hasta el salón, donde no había ni uno solo de los envoltorios de todo lo que comimos la noche anterior. Ni eso ni tampoco había ni rastro de él. Por un momento pensé que me lo había imaginado, pero entonces miré el móvil y leí los wasaps que tenía.

Enzo:
Buenos días. Tienes el sueño tan profundo que ni siquiera te despertaste cuando te metí en la cama. Yo estoy en urgencias por una subida de azúcar (es broma). Espero que hoy te encuentres mejor.

Había cambiado «Satanás» por «Enzo» el día previo mientras venía a mi casa, me pareció lo más correcto y tras el detalle de la noche anterior no me arrepentí, claro. No se trataba de que fuera a

ganarme por un puñado de chocolatinas —que conste que me pirra el chocolate—, pero había que reconocer que fue un detallazo.

Yo:
Sí, estoy mejor, muchas gracias.

Enzo:
Entonces esta noche te invito a cenar.

Yo:
Esta noche no puedo, he quedado con Simon.

Era mentira, pero debía espaciar más mis momentos con él o la cosa se acabaría complicando. Por lo menos para mí.

Entendía que David estaba con John y que Enzo podría sentirse solo en un país en el que únicamente nos conocía a nosotros, pero yo necesitaba un poco de espacio, y más aún después de la noche anterior, en la que se mostró tan dulce, atento y comprensivo conmigo.

Porque, a ver, una cosa estaba clara: yo llevaba enamorada de Enzo toda la vida. Eso era difícil de borrar, y no ayudaba nada que continuara comportándose tan bien conmigo.

Sí, lo mejor sería distanciarme un poco. ¡Joder, si es que por eso me había ido a Londres!, para tomar distancia, y resultaba que volvíamos a encontrarnos en el punto de partida.

35. No lo intentes, hazlo

Enzo

En cuanto colgué el teléfono me puse manos a la obra, paré en el primer sitio que vi y compré todo lo que se me ocurrió. Me había dejado medio sueldo en chocolatinas y porquerías varias porque en Londres estaba todo carísimo, pero valió la pena solo por ver la cara que puso al verlas.

Luego al que se le quedó cara de imbécil fue a mí, cuando le fui a comentar algo sobre la película que estábamos viendo y comprobé que se había quedado dormida. Me permití contemplarla con la tranquilidad de no sentir que iba a pillarme y me recreé en su rostro, en sus largas pestañas, en la leve oscuridad que cubría la parte de abajo de sus ojos, en el lunar que tenía justo encima de su mejilla, en el otro, mucho más pequeño situado justo encima de su boca, en sus labios… Ni siquiera fui consciente de que me había ido acercando a ella. Sacudí la cabeza y me levanté casi de un salto sin comprobar antes la altura de los techos; estuve a punto de golpearme la cabeza.

Era un apartamento pequeñísimo, pero la distribución que había elegido Carol y los pocos muebles que tenía lo hacían acogedor y funcional. Debía reconocer que me gustaba a pesar de sus dimensiones.

Me planteé despertarla, ya que no podía quedarse a dormir en el sofá o se levantaría hecha polvo. Sin embargo, la llamé y la toqué con suavidad un par de veces y ni siquiera se movió. Así que me agaché, pasé mis brazos por detrás de sus rodillas y la llevé hasta su cama. La tapé sin que ella hiciera más que murmurar palabras sin sentido y me fui de allí con la sensación de que me hubiera encantado meterme en aquella cama y dormir junto a ella.

Al día siguiente me armé de valor para volver a pedirle que cenara conmigo y me sentó como si me hubieran tirado no ya un jarro de agua fría, aquello fue todo un cubo, con hielitos incluidos, cuando

rechazó mi invitación, pues había quedado con su novio —un recordatorio de que Carol tenía pareja, pues a veces parecía que se me olvidaba—. Empezaba a darme la sensación de que me había enamorado de Carol y de que aquello no tenía vuelta atrás. Joder, con lo fácil que habría sido todo si yo hubiera hecho las cosas bien desde el principio.

Me pasé todo el día dándole vueltas a aquel asunto, hasta que ya no pude más y decidí llamar a la única persona que podía ayudarme: mi abuela.

—Hombre, benditos los oídos —me saludó.

—Siento no haberte llamado antes, pero es que…

—Venga, al lío, que vas a enrollarte hablando de chorradas…

—¡Abuela! —me quejé.

—Ni abuela ni leches, que sé que vas a ponerte a hablar hasta del tiempo y no de lo que te ha llevado a Londres y por lo que verdaderamente me has llamado.

—A Londres me llevó quedarme sin trabajo y…

—¿Ves? Ya vuelves a decir tonterías. A Londres te llevó Carol, de la que estás perdidamente enamorado. Pero, como eres demasiado terco y cobarde, no vas a admitirlo hasta que te encuentres entre la espada y la pared. Todavía te veo irrumpiendo en una boda y haciendo el ridículo más grande de tu vida por no solucionar las cosas cuando tocan.

Visto así, y por más que me cabreara, estaba claro que mi abuela me conocía bastante bien. Solo esperaba no tener que llegar al tema de la boda.

—Venga, pues voy. Carol sale con un tío. Anoche estuvimos juntos, pero no pasó nada. Me da la sensación de que ha dejado de sentir por mí lo que sentía hasta hace un año y yo cada día que pasa estoy más colgado de ella. ¿Te parece bien como resumen?

—No está mal, pero has obviado partes importantes. A ver, ¿cómo es su pareja? ¿Cuánto tiempo llevan juntos? ¿Saltan chispas cuando se miran?

—Abuela, yo qué coño sé si saltan chispas o no —respondí ligeramente mosqueado, tal vez se tratara de que no me gustaba imaginar las chispas que Simon podía hacer saltar en Carol.

—Madre mía, estás peor de lo que imaginaba.

—¿Peor?

—Estás coladito por ella, chico.

—Sí, vale, lo que te decía. Su pareja es… Es guapo, alto, con el pelo castaño, ojos claros, estirado, muy… británico. Creo que llevan un par de meses saliendo juntos.

—Bueno, dos meses no es tanto, no podemos darlo todo por perdido por dos simples meses. Además de que no me entra en la cabeza que Carol te haya olvidado y logrado sustituirte en tan poco tiempo.

—No lo sé, abuela, te digo que yo no la veo mucho por mí. Es más, no se muestra nada entusiasmada cuando le propongo vernos, creo que intenta evitarme.

—Eso tiene sentido.

—¿Lo tiene?

—Si le fueras indiferente le daría igual verte o no verte. Algo es algo.

—Visto así… La cuestión es que solo se me ha ocurrido una idea para estar cerca de ella.

—Hay veces que me das miedo. ¿Qué idea?

—Que seamos amigos —susurré con un terror auténtico, pues temía que mi abuela me echara la bronca.

—No está mal.

—¿No? —pregunté sorprendido.

—No aguantaréis ni una semana, pero no está mal pensado. Es la forma de estar cerca de ella; o, mejor dicho, la excusa.

—¿Qué quiere decir que no aguantaremos ni una semana?

—Ay, niño, a veces pareces tonto. Esa chica lleva toda la vida loca por ti, quizá esos sentimientos se hayan mitigado después de lo que le hiciste, pero no me creo que los haya dejado de sentir. Y tú…, tú por fin te has dado cuenta de que Carol es una maravilla de mujer. Por cierto, ya era hora, mendrugo. Así que solo es cuestión de tiempo que acabéis uno en brazos del otro.

—Yo no lo veo tan fácil. Para que eso ocurriera lo primero que tendría que pasar es que Simon saliera de la ecuación.

—En eso llevas razón, Carol no va a tener nada contigo si está con otra persona, por eso te decía que tu idea de ser amigos no está mal. Podrás permanecer cerca de ella y hacer que esos viejos sentimientos afloren.

—Menuda presión —murmuré suspirando.

—No; presión fue que, después de toda la vida enamorada de ti, Carol se diera cuenta de que la habían engañado y utilizado para conseguir una venganza que lo único que logró fue haceros daño a todos. Tú solo tienes que volver a conquistarla. Así que deja de lloriquear y ponte manos a la obra.

Y de esa manera era como mi abuela te soltaba el rapapolvo de la vida sin siquiera despeinarse.

—No te creas, que ya he empezado. Ayer fui a su apartamento a llevarle chocolate y cosas varias, pues no se encontraba bien.

—No está mal. Sigue así. Y haz el favor de no tardar demasiado, porque os quiero de vuelta pronto. Esta casa está siempre muy vacía.

—Vamos, abuela, tienes a las chicas.

—Sí, por supuesto, pero tienen el azúcar por las nubes y no pueden comer ninguno de mis postres. Ya me dirás tú qué hago durante todo el día si no puedo cocinar. —Obvié decirle que podía hacer cosas que no llevaran azúcar, lo último que quería era cabrearla.

—Intentaré reconquistarla y largarme para allá lo más rápido posible.

—Chico, no lo intentes; hazlo.

Por supuesto, mi abuela no esperó respuesta y colgó el teléfono dejándome con una sonrisa en la cara. Yo también la echaba mucho de menos e iba a intentar hacer cualquier cosa para estar junto a ella lo antes posible. Nada más que había un pequeño inconveniente: que no pensaba marcharme solo.

36. ¿¡Cómo voy a hacer algo así!?

Olga

Colgué el teléfono torciendo el gesto. Estaba preocupada por esos dos. Conociéndolos como los conocía sabía que aquello podría eternizarse. Carol no daría su brazo a torcer tan fácilmente después del daño que le hizo mi nieto, y a Enzo, como le dieras un par de vueltas, no sabía ni dónde estaba. Y es que todo sería mucho más sencillo si admitiera que estaba locamente enamorado de ella, pero aquello no iba a suceder, pues no quería volver a hacerle daño y esperaría a estar tan seguro de sus sentimientos que podía darse el caso de que, cuando por fin los reconociera, Carol ya se hubiera casado con ese tal Simon.

Debía pensar en algo y tendría que hacerlo rápido. Y, claro está, necesitaba ayuda, pues tres cabezas piensan mejor que una. Así que llamé a las chicas y quedamos en el bar de siempre.

Preparé un bizcocho sin azúcar que, francamente, sabía regular y les llevé un trozo a cada una. Las saludé al entrar, dado que sorprendentemente ya habían llegado las dos, y me libré de la bronca de Marga por aparecer dos minutos tarde poniéndole la fiambrera con el bizcocho en los morros. Después de eso no se vio con corazón para regañarme.

Pedimos al camarero unos cafés con leche y no fuimos al meollo de la conversación hasta que no tuvimos las barrigas llenas. Una vez saciadas dediqué una media hora a ponerlas al día de lo que estaba pasando con aquellos dos por Londres.

—Yo no lo veo, eso de ser amigos tiene doble rasero —dijo Sole.

—A mí no me parece tan mal, de esa manera logrará estar cerca de ella —alegó Marga.

—El problema es que allí no podrán verse tan a menudo como lo hacían aquí y eso juega en su contra. Sin contar, claro, que ella tiene pareja.

—Eso es un gran inconveniente, sí.

—Bah, no puede ser que en dos meses se haya enamorado de ese inglés, además de que es imposible que le llegue a Enzo ni a la suela de los zapatos. —Esa era Marga, por supuesto.

—Hombre, tendrás que reconocer que Enzo lo hizo fatal y que es normal que Carol quiera rehacer su vida —contraatacó Sole.

—¡Claro que lo hizo mal!, pero ahora está intentado arreglarlo. Ha ido hasta Londres para estar cerca de ella; si eso no es un acto romántico, no sé qué puede serlo.

—Pues tanto como romántico…

Decidí intervenir porque si no eran capaces de pasarse todo el día así, no sería la primera vez.

—Chicas —dije con voz firme para llamar su atención—. Llevo dándole vueltas al tema desde hace días, pero no se me ocurre nada. —Desde que mi nieto se fue no había parado de cavilar la manera de que pudieran estar juntos.

—Deberían volver —sentenció Marga.

—Sí, yo también lo creo, pero no consigo encontrar la excusa para hacer que regresen.

—¿Y si les buscamos trabajo aquí? —sugirió Sole.

—Me parece a mí que, a no ser que sea el trabajo de sus vidas, no volverían por algo así. Eso sin contar lo difícil que sería encontrarle un trabajo a cada uno.

—Sí, supongo que tienes razón. Era por decir algo.

—Está bien decir lo que se nos pase por la cabeza, los modernos tienen un nombre para eso. Lluvia de ideas, o algo así. Dicen que al final siempre acaba saliendo algo.

—Yo creo que lo único que podría hacer que volvieran eres tú —indicó Marga señalándome.

—Pues no tengo claro qué podría hacer yo —respondí alzando los hombros.

—Yo tampoco, pero sé que tiene que ser algo relacionado contigo. ¿Y si finges estar enferma? —propuso Marga.

—¿¡Cómo voy a hacer algo así!? —casi grité.

—Nada demasiado grave, pero si aparentas estar mala, ellos tendrían que alojarse en tu casa para cuidarte y pasarían todo ese tiempo juntos. —Marga insistía en su plan.

—Marga tiene razón, además de que la pareja de Carol seguro que no vendría, trabaja allí y no te conoce —matizó Sole.

—No parece mala idea, el piso de David y Carol ya está alquilado. Por cierto, esa pareja es tan estirada que ni siquiera les he subido un bizcocho de bienvenida, por rancios. A lo que íbamos: es verdad que tendrían que alojarse en mi casa y eso lo facilitaría todo, pero me parece muy fuerte fingir que estoy enferma.

—Tenemos que pensar algo que sea lo suficientemente grave como para hacerlos regresar, aunque sin pasarnos —expuso Sole.

—¿Estáis seguras de que Carol volvería? Recordad que tiene pareja y trabajo allí —alegó Marga.

—Por eso digo que no podemos pensar en un simple resfriado. —Sole no quería dejar ni un cabo suelto.

—A todo esto hay que añadir que si finjo estar enferma tendré que quedarme en cama días, y ya sabéis cómo soy.

—Tranquila, seguro que se nos ocurre algo. Podemos ir nosotras a hacerles el relevo para que ellos salgan y así tú puedas despejarte. Mataríamos dos pájaros de un tiro —continuó Sole.

—Esa es una buena idea.

—Gracias.

—Aunque eso ya lo cuadraremos más adelante, primero tenemos que pensar en qué enfermedad vamos a inventarnos —puntualicé.

—¿Rotura de cadera? —propuso Sole.

—Eso me mantendría demasiado inmovilizada y no sé si colaría.

—Tienes razón.

—¿Y un infarto?

—¡¿Cómo voy a inventarme un infarto?! —Esta vez sí grité.

37. De vuelta a casa

Enzo

Estaba haciendo la maleta y ni siquiera sabía lo que metía. Las manos me temblaban tanto que tuve que parar y sentarme.

Mi abuela me había llamado hacía unas horas, había sufrido un amago de infarto y, a pesar de asegurarme una y otra vez que se encontraba bien, no me quedaría tranquilo hasta que no la viera.

Tal estado de nervios tenía que incluso me sobresalté cuando sonó el timbre. Me puse en pie y, antes de salir para saber quién era o qué pasaba, me vi rodeado por sus brazos y pegado a su cuerpo.

—Seguro que no es nada —susurró en mi oído—. ¿Cómo estás? ¿Has acabado de hacer la maleta? Yo ya la tengo, ¿a qué hora salimos? —Carol encadenaba una pregunta tras otra y supe que estaba casi tan nerviosa como yo.

Sin embargo, lo único que podía hacer era estrecharla más contra mí y hundir mi cara en su pelo. ¡Madre mía!, ¿siempre había olido así de bien? Pasé mi mano por su espalda y la subí hasta su nuca. Me agarré a ella como si fuera mi bote salvavidas en medio de una tormenta.

Cuando Carol dio un paso atrás para apartarse, yo tuve la sensación de que perdía la paz que me aportó aquel abrazo.

—Tengo ganas de llegar y verla. Solo me queda meter esto y cerrarla —respondí a algunas de las preguntas que me había hecho —. ¿Tú ya estás?

—Sí, he dejado mi maleta en la entrada. Venga, vamos.

Cerré la maleta y Carol alargó su mano para coger la mía. Cuando estas se unieron, ella dio un pequeño apretón que pretendía ser de ánimo, pero que hizo que se me erizara la piel.

Nos despedimos de David prometiéndole que lo llamaríamos en cuanto estuviéramos con mi abuela, que haríamos una videollamada para que pudiera verla y que lo mantendríamos informado.

—Más os vale. Sé que Olga es inmortal, pero quiero comprobarlo con mis propios ojos —intentó bromear mientras nos acompañaba a la puerta.

David se moría de ganas de venir, pero entre su hermana y yo lo convencimos para que se quedara con la condición de que, si veíamos algún cambio o si mi abuela empeoraba, lo avisaríamos de inmediato. Deseaba con todas mis fuerzas que aquello no sucediera.

Con los nervios por salir rápido llegamos al aeropuerto bastante tiempo antes del embarque y pudimos tomar un café.

—Ya verás como está perfecta —dijo Carol, y no tuve claro si pretendía tranquilizarme a mí o a ella misma.

—Por teléfono la he notado bien, pero necesito comprobar que no solo lo hacía para sosegarme. También te digo que esto ha sido como una hostia de realidad, descubrir que mi abuela no va a ser eterna… y también ha servido para ubicarme y darme cuenta de que mi lugar está junto a ella.

—¿Quieres decir que después de estar con ella no vas a volver a Londres?

—No; de hecho, ya lo he hablado en el trabajo. Han sido muy majos, creí que me darían una patada en el culo. Apenas hace un par de días que empecé. Sin embargo, en una semana me hacen una entrevista en la sucursal que tienen en Madrid.

—Vaya… —Parecía decepcionada, pero no quería pensar en eso. No me apetecía hacerme ilusiones ni tampoco saber que, si mi abuela se ponía bien, Carol volvería a Londres junto a Simon y yo me quedaría en Madrid sin ella.

Aparté esos pensamientos porque ya lidiaría con ellos cuando viera a mi abuela. De momento, si no quería volverme loco iba a ir paso a paso.

No recuerdo demasiado el viaje en avión, solo sé que se me hizo muy largo. Al igual que el trayecto en taxi hasta casa. Hacía rato que Carol había dejado de animarme porque ella estaba en el mismo estado de nervios que yo. La delataba el continuo movimiento de su pierna.

Cuando, por fin, metí la llave en la puerta de casa, respiré profundamente intentando serenarme, pues de nada le serviría a mi abuela que yo llegara atacado. Una vez abierta casi corrí hasta su habitación para verla.

—¡Estoy bien! —gritó en cuanto me vio.

Me senté en su cama y agarré su mano.

—Abuela… —susurré, pero me callé por no echarme a llorar.

Carol me había seguido hasta allí sin apenas hacer ruido y en cuanto noté la mano de ella en mi hombro, solo ese simple contacto, logró serenarme.

—Vamos, chicos, ya os avisé por teléfono de que estaba bien.

—Te ha dado un infarto…

—Un amago, y ya estoy recuperada.

—¿Qué te ha dicho el médico? —pregunté sin lograr aflojar la preocupación que sentía.

—Ya hablaremos de eso más tarde, ahora dejad que me levante y os achuche un poco.

—No deberías…

—No voy a pasarme el día en cama. Eso no es bueno para nada ni para nadie. —Le permití que se levantara porque me moría por abrazarla.

En cuanto estuvo de pie la atraje hacia mí, la estreché con fuerza entre mis brazos sin dejar de preguntarme si siempre había sido tan pequeña.

—Anda, niña, ven aquí —le dijo a Carol, que se acercó un poco más.

Fue un abrazo extraño, imperfecto, raro, algo incómodo; sin embargo, sentí que abarcaba todo lo que quería.

38. Disfrutar de que estamos aquí

Carol

Solo cuando vi a Olga fui capaz de serenarme. Porque, por más que intenté infundirle ánimos a Enzo, yo estaba igual de nerviosa que él.

Me había pedido las vacaciones en el trabajo para poder ir a verla. Algo que no les hizo la menor gracia, tal vez tuviera algo que ver que ni siquiera esperé a que me lo confirmaran. Era más que probable que a mi regreso hubiera perdido el empleo.

A Simon no le hizo ninguna gracia a pesar de que su flema británica le impidió decirme una palabra más alta que la otra o simplemente parecer enfadado, pero yo supe que no le había sentado nada bien. No entendía que lo dejara todo para volver, durante un tiempo incierto, a Madrid para visitar a alguien que ni siquiera era familia. Algo sí debía reconocer: Simon no tenía ni idea de los lazos afectivos que me unían a Olga, creo que en realidad no sabía mucho de lazos afectivos. Las veces que lo había oído hablar de su familia parecía que lo hacía de unos desconocidos. No tenía ni idea de si era algo cultural, que no se llevaba bien ni con sus padres ni con ninguno de sus hermanos o simplemente cosa suya, pero no dejaba de sorprenderme.

Con todo, nada logró pararme o hacerme cambiar de idea; ni mi trabajo, ni mi pareja, ni dejarlo todo para salir corriendo. Y es que se trataba de Olga, no había nada que yo no fuera capaz de hacer por ella. Olga había sido durante mucho tiempo mi amiga, pero también la persona que me cuidaba, que se preocupaba e interesaba por mí, mi confidente. Olga era familia. Olga era casa.

El viaje fue tenso, y es que, cuanto más cerca estaba de verla, más nerviosa me ponía. Hubo un momento en el que ya no fui capaz ni de infundirle ánimos a Enzo.

Sin embargo, la presión y la tensión que los dos habíamos mantenido durante tantas horas pareció menguar en cuanto la vimos.

Olga, por más que insistimos y la regañamos, no tardó en ponerse en marcha. Nos enseñó dónde dormiríamos y nos calentó algo de comida. Ciertamente, en cuanto me calmé me percaté del hambre que tenía.

Dejé mi maleta sobre la cama sin cerrar la puerta y al levantar la vista vi a Enzo mirándome, pues su cuarto estaba justo enfrente del mío. Después de digerir el sobresalto empecé a pensar que quizá no era tan buena idea eso de compartir casa, aunque fuera durante unos pocos días. Luego recordé la de veces que Enzo y yo habíamos dormido, comido o pasado el tiempo en el mismo piso y se me pasó.

Ajusté la puerta para llamar a Simon. A mi hermano lo acabábamos de llamar los tres por videollamada. Pareció quedarse más tranquilo al hablar con Olga y al explicarle nosotros que la veíamos bastante bien.

Simon tardó un poco en coger el teléfono y me extrañó porque él solía estar muy pendiente, vamos, que era de esas personas que se llevan el móvil a todos lados. Cuando se paró la señal y no me había contestado, insistí. Lo cogió al segundo tono.

—¿Ya has llegado? —preguntó nada más descolgar.

—Sí, hace un momento.

—¿Qué tal el viaje?

—Bien.

—De acuerdo. Tengo una reunión, luego te llamo.

Me colgó y yo me quedé mirando el teléfono y pensando que no me había hecho la pregunta principal, que era cómo estaba Olga. A fin de cuentas, había viajado para eso. Sacudí la cabeza y lo achaqué a que debía de estar liado con el trabajo.

Saqué las cuatro cosas que había llevado en mi maleta y me di cuenta de lo rápido y mal que la hice. Metí dos pijamas y tan solo un pantalón tejano. En fin, las prisas y los nervios no eran buenos para hacer nada, eso estaba claro. En cuanto acabé de colocar la ropa salí a ver qué hacía Olga.

Lo encontré en la cocina. El olor que salía de allí y las conversaciones de ellos dos me transportaron a casa; ya ves qué tontería, si aquella ni siquiera lo era.

—Venga, sentaos y os sirvo esto, que ya está listo…

—No, la que va a sentarse eres tú, ya lo pongo yo. Pero cuando terminemos de comer —Enzo observó la hora en su reloj—, o cenar, depende de cómo se mire, te metes en la cama a descansar.

—Bueno, vale. —Me extrañó que Olga no se opusiera. Debía de estar más cansada de lo que nos quería hacer creer.

La verdad era que Enzo tenía razón y se había hecho tarde. Nada más meterme la primera cucharada en la boca me di cuenta de lo equivocada que había estado antes, eso sí era casa.

—Madre mía, Olga, esto está buenísimo. No he sido consciente de lo mucho que había extrañado la comida de aquí en general y la tuya en particular hasta que he vuelto a probarla.

—Es que dicen que allí se come fatal —susurró, como si alguien «de allí» pudiera oírla.

—Abuela, ¿qué podemos hacer por ti? —dijo Enzo, y pareció que la pregunta pillaba por sorpresa a Olga.

—La verdad es que estoy bien y vuestra compañía es más que suficiente.

—Bueno, ya abordaremos el tema más adelante. Por cierto, Carol, ¿cuánto tiempo vas a quedarte? —Me sorprendió la pregunta tan directa de Enzo, pero imaginé que había llegado el momento de organizarnos.

—No lo sé. He pedido las vacaciones en el trabajo, pero me he ido tan precipitadamente que ni siquiera sé si lo conservo…

—No me digas que por mi culpa… —intervino Olga.

—¡No es culpa tuya! No pasa nada, tampoco era el trabajo de mi vida. Ya encontraré algo cuando vuelva.

—Bueno, de momento, dejadme disfrutar de vuestra compañía durante un tiempo.

—Tal vez yo no me quede demasiado, ya tienes a Enzo aquí contigo y Simon me espera en Londres. Además…

—Me da exactamente lo mismo tener aquí a Enzo, quiero que estés tú también. No puedes negarme eso. Solo unos días, por favor —rogó. Yo, por supuesto, no pude decirle que no.

—De acuerdo, ya iremos viendo.

Me giré para mirar a Enzo y me sorprendí al comprobar que tenía los ojos puestos en mí.

—Bueno, yo voy a irme a la cama —dijo Olga poniéndose en pie y dirigiéndose hacia la puerta—. Por cierto, han estrenado un par de películas en Netflix que están bastante bien, por si queréis verlas luego. Hay palomitas en ese armario y bebidas en la nevera.

—Pero ¿cuándo has ido a comprar todo eso? —la reprendió Enzo, pues nada de lo que acababa de nombrar era habitual en la compra de Olga.

—Me lo han traído las chicas, claro. Buenas noches.

—Buenas noches —respondimos los dos a la vez.

Esperamos a oír la puerta de la habitación cerrarse para hablar.

—Yo la veo bastante bien —murmuré.

—Sí, menos mal. La verdad es que no esperaba encontrarla tan repuesta.

—Sí, ha sido un alivio.

Los dos comimos en silencio durante un buen rato, pero antes de que se convirtiera en incómodo Enzo lo rompió.

—Oye, no tengo nada de sueño, ¿te apetece ver una película? —preguntó mientras se levantaba para llevar su plato a la pila.

—Vale. Tal vez mañana deberíamos mirar si hace falta ir a comprar algo o…

—Mañana. Déjame disfrutar hoy de que mi abuela está bien y de que… de que estamos aquí.

Yo simplemente sonreí.

39. Claro que quería

Enzo

Me gustó volver a levantarme en mi cuarto. Que, por cierto, a pesar de llevar ya tiempo viviendo allí estaba tal y como lo había dejado un montón de años atrás, cuando pasaba temporadas en aquella casa.

Me quedé unos instantes en la cama mirando a mi alrededor y sonreí al ver unas fotos que había pegadas en un panel de corcho. Algunas eran de David y yo en diferentes etapas de nuestra vida, desde la niñez hasta la adolescencia, que no fue demasiado benevolente con nosotros. Mirando esas fotografías no entendí cómo pude gustarle a Carol con las pintas que tenía. Había otra de mi abuela y yo un día que fuimos a hacer senderismo y que nos lo pasamos realmente bien. Pensar en ella me hizo regresar al presente y no pude evitar preocuparme. Mi abuela no era precisamente joven, pero no me imaginaba una vida en la que ella no estuviera. Antes de que los pensamientos tristes invadieran mi mente intenté centrarme en otra cosa. Agucé el oído para comprobar si había alguien más despierto, por la calma y el silencio que reinaban daba la sensación de que no.

Tenía que hacer algo, y no me refería a levantarme o no de esa cama, sino a mi relación, por llamarlo de alguna forma, con Carol. Porque me alegró inmensamente comprobar que mi abuela estaba mejor de lo que imaginé, pero, tal y como dijo la noche anterior, ella se marcharía —obviaré añadir que a los brazos de Simon— y yo la perdería para siempre. Solo de pensarlo un enorme nudo oprimía mi pecho. Sabía que no podía retenerla si su decisión era marcharse, no podía obligarla a que volviera a sentir lo que sentía antes de que yo la cagara, pero pensaba hacer todo lo posible para que se quedara. ¿Por dónde empezaría? No tenía ni puta idea, lo que sí sabía era que mi abuela me había dado, sin quererlo, la excusa perfecta para suprimir a Simon de la ecuación y para poder pasar más tiempo con

Carol, en la misma casa. Era una oportunidad de oro y no pensaba desperdiciarla.

Casi me levanté de un salto. Tal y como imaginaba, fui el primero en hacerlo. Me extrañó porque mi abuela solía madrugar bastante, pero debía de estar cansada.

Puse una cafetera, saqué unas piezas de fruta de la nevera, pan y me puse manos a la obra. Casi había terminado cuando Carol apareció. Levanté la mirada en cuanto la oí y allí me quedé, seguramente mirándola con cara de idiota. La noche anterior había sido perfecta. Terminamos de cenar y recogimos la cocina entre los dos, hicimos palomitas y elegimos una película. Lo mejor fue que Carol parecía relajada, era como cuando quedábamos antes de que todo se fuera a la mierda. Incluso al acabar la película nos quedamos un rato más para comentarla. Solo hubo un momento incómodo, y fue cuando le quité un mechón de pelo que ella tenía en la cara y se lo puse detrás de la oreja. ¿Dejé mi mano en su rostro más tiempo del necesario? Sí ¿La acaricié mientras la retiraba? También ¿No debería haberlo hecho? Seguramente no, pero fui incapaz de resistirme. Lo que sí mantuve a raya fueron las ganas de besarla, y no penséis que me resultó fácil, pero es que lo último que deseaba era que Carol se apartara o me dijera que no —que sería lo más probable teniendo en cuenta que salía con otro hombre—. Debía ir con mucho cuidado porque un solo paso en falso y se subiría a un avión para largarse de allí.

—Menudo despliegue —dijo sacándome de mis pensamientos, que me tenían tan absorto que no supe bien a qué se refería—. El desayuno, no te has dejado nada —explicó, seguramente pensando que yo era idiota.

—Ah, sí, per-perdona, estaba distraído. No sabía qué te a-apetecía y he hecho un poco de todo —tartamudeé porque no dejaba de pensar en lo mucho que me gustaba ver a Carol recién levantada.

—A mí, mientras haya café…

—Claro que hay. Me alegra comprobar que no te has pasado al té.

—Jamás —bromeó sonriendo, y yo le devolví la sonrisa.

—Voy a ver qué hace mi abuela, es muy raro que siga durmiendo.

—Si quieres voy yo.

—Pues me harías un favor, así yo termino esto. Si está despierta, pregúntale qué quiere de desayunar y si prefiere tomárselo en la cama.

—Hecho.

La seguí con la mirada hasta que salió de la cocina, después aparté la vista de la puerta vacía y volví a centrarme en lo que estaba haciendo. No tardó ni dos minutos en regresar.

—Dice que desayunemos nosotros, que ella se levantará en un rato.

—Qué raro, mi abuela siempre ha sido de madrugar mucho. Quizá debería hablar con el médico que la atendió, tal vez tengamos que seguir algunas pautas.

—Pues no es mala idea —reconoció apartando una silla de la mesa y sentándose—. ¿Te ayudo?

—No, qué va, si esto ya está —apunté a la vez que ponía un par de platos en la mesa.

Cuando terminé de colocarlo, ella miró todo lo que tenía delante para después alzar la vista y clavarla en mí.

—No sé por dónde empezar.

Yo tragué saliva y se me quedó en la punta de la lengua que podía empezar por mí. Menos mal que me callé.

—¿Qué tienes pensado hacer hoy? —preguntó llevándose la taza de café a los labios.

—Va a venir un rato Sole a ver a mi abuela y había pensado aprovechar e ir a comprar algo de comida y acercarme a la sucursal del trabajo, por lo menos para saber bien dónde está, ya que la entrevista no la tengo hasta dentro de un par de días.

—Genial. Yo creo que saldré a dar una vuelta. ¿Quieres que te acompañe a comprar? —se ofreció.

Iba a decirle que no, que no hacía falta que se molestara, que se tomara aquellas horas para descansar, pero si quería pasar tiempo con ella debía empezar a jugar bien mis cartas.

—Pues te lo agradecería.

—No hay problema.

—Pero me sabe mal cambiarte los planes. ¿Dónde tienes pensado ir después? ¿Quieres que te acompañe?

—No hace falta, solo voy a dar un paseo.

Vale, Carol necesitaba su espacio y yo tenía que dárselo, no iba a ser pesado pegándome a ella como una lapa. Todo eso estaba pensando cuando ella añadió:

—Pero si quieres venir…

Claro que quería.

40. Aquello no era una cita

Carol

Aquello no estaba saliendo como tenía previsto. Bueno, para ser sincera conmigo misma, no había planeado nada más allá de saber qué tal estaba Olga y la tranquilidad me invadió al comprobar que se encontraba mejor de lo que creía. He de reconocer que la paz y la alegría que sentí hicieron que me relajara también con Enzo.

No era que siguiera enfadada ni nada por el estilo; de un tiempo a esa parte, entre lo que me contó sobre Carla y su matrimonio, lo afectado que lo vi por su abuela y lo bien que me estaba tratando, las barreras que había alzado estaban cayendo una tras otra y no tenía muy claro que aquello fuera bueno.

Lo que debería hacer era plantarme frente a Olga y decirle que tenía que marcharme, que ella estaba acompañada por su nieto y que yo no pintaba nada allí, pero en realidad no hice nada de eso. Es más, aquella noche salí a cenar con Enzo. Las chicas iban a casa de Olga para hacerle compañía y cenar con ella, y nos habían echado muy amablemente.

Yo hablaba cada día con mi hermano, que me animaba a que me quedara más días, pues decía que mi voz le parecía mucho más animada de lo que había estado en el último año. Aquello tampoco ayudaba, claro.

Y para rematar, Simon se mostraba más frío y distante de lo que era habitual en él, que era mucho decir.

En fin, que por unas cosas o por otras yo continuaba en Madrid y, además, con un humor mucho más… ¿alegre, optimista, animado…? Llamadlo como queráis.

Lo que desde luego no entraba dentro de la normalidad era que yo aquella tarde saliera a comprarme algo de ropa para la cena que tendría con Enzo. En mi defensa diré que con los nervios y las prisas había cogido cuatro cosas justas y no había metido nada ni para salir ni para pasar más de un par de días.

Así que terminé comprándome unos vaqueros —lo de que me quedaran tan ajustados fue pura casualidad— y un top negro que fue amor a primera vista.

Llegué con todas mis compras hechas y un humor excelente a casa de Olga. Aunque me di toda la prisa que pude, se me terminó haciendo tarde, así que me dio el tiempo justo de pasarme por el cuarto de Olga para saludarla y meterme en la ducha.

Estaba acabando de ponerme el rímel cuando alguien llamó a la puerta del baño.

—Adelante.

El cuerpo de Olga apareció tras ella.

—¡Vaya, estás preciosa! —exclamó.

—¿Tú crees? —Nunca había sido de las que sabían encajar bien un cumplido, a mi favor diré que mis inseguridades tampoco ayudaban mucho.

—No lo creo, cariño. Lo estás. ¿Dónde vais? —quiso saber.

—Pues a un restaurante al que no he ido nunca, pero Enzo ha insistido tanto en lo rica que está la comida que no he tenido más opción que acceder.

—Eso está bien… —dijo. A continuación se calló unos segundos como si divagara o hubiera olvidado por qué había ido a verme.

—¿Querías algo, Olga?

—Ay, sí. Venía a que probaras lo que he cocinado y me dijeras qué te parece.

—Ya sabes lo que va a parecerme, no hay nadie que cocine como tú. Seguramente el restaurante al que vamos no te llegue ni a la suela de los zapatos.

—Menuda zalamera estás hecha.

—Es la verdad.

Las dos nos encaminamos hacia la cocina y al llegar Enzo ya se encontraba allí. Aquel lugar parecía ser siempre el punto de reunión y de encuentro.

—¡Oh, joder! —exclamó al vernos.

—¿Qué pasa? —pregunté preocupada.

—Nada, que estás guapísima.

—Te lo dije —aseveró Olga señalándome.

—Venga, dame eso que querías que probara —añadí por cambiar de tema, porque estaba convencida de que me había puesto roja como un tomate.

Y quien soltó la exclamación después de probarlo fui yo. Aquello estaba de muerte.

—¿Por qué dices que no podemos quedarnos? —casi supliqué.

—Porque vienen las chicas, pero prometo guardaros un plato a cada uno. Y venga, marchaos ya, que se os va a hacer tarde.

Enzo miró el reloj y casi se sobresaltó.

—Tienes razón, abuela. ¿Nos vamos? —preguntó posando los ojos en mí.

—Sí, cojo el bolso y vengo —respondí caminando hacia mi habitación.

Respiré hondo antes de salir y me repetí mentalmente que aquello no era una cita, que yo tenía pareja en Londres y que lo único que iba a hacer con Enzo era cenar con un amigo. Además de que esa cena en un restaurante era casi obligada, pues Olga nos había echado de su casa. A pesar de todo lo que me dije a mí misma, fui incapaz de dejar de sonreír mientras volvía a la cocina.

Nos despedimos de Olga. Enzo insistió mucho en que no hiciera esfuerzos, en que lo llamara si le pasaba cualquier cosa… Se puso tan pesado que su abuela chasqueó la lengua, señal inequívoca de que estaba a punto de cabrearse, por lo que yo agarré a Enzo del codo para sacarlo de allí antes de que aquello sucediera.

Cuando nos paramos en la puerta, nos miramos y sonreímos. Estaba claro que ninguno de los dos tenía ni idea de las sorpresas que nos deparaba aquella noche.

41. ¿Estás bien?

Enzo

Cuando vi a Carol entrar en la cocina de mi abuela lo primero que pensé fue que no podía creer cómo había sido capaz de no fijarme en ella antes. Cómo pude verla casi a diario y no percatarme de lo guapa que era. En fin, ¿he comentado alguna vez que soy imbécil?

Llegamos al restaurante dando un paseo y se me hizo corto, a pesar de que no estaba muy cerca. Imagino que la conversación con ella ayudó a que pasara volando.

La primera en entrar fue Carol, pero el primero que la vio fui yo.

Hacía mucho tiempo que no sabía de ella, y comprobé que no había cambiado nada. Su pelo rubio le caía en ondas por los hombros, llevaba puesto algo negro —aunque no sabría decir si era un vestido, un jersey o un traje de buzo— y sonreía a la chica que tenía sentada frente a ella. Fue justo al soltar una carcajada y echar la cabeza hacia atrás cuando reparó en mí. En nosotros.

Alzó una mano y nos saludó, levantándose de su silla, por lo que no nos quedó más remedio que acercarnos.

Cuando posé la mano en la espalda de Carol para que pasara primero pude comprobar lo tensa que estaba.

—La saludamos y nos vamos —susurré muy cerca de su oreja en un intento por tranquilizarla, aunque no sabía por qué estaba nerviosa.

—Hola, Carla —dije con educación al llegar a su mesa.

—Hola, ¿qué tal estáis? Tú tan guapa como siempre, Carol. —Resultaba curioso que hasta mi ex hubiera reparado en la belleza de Carol antes que yo.

—Estamos como siempre —respondí, así, en plural, casi sin percatarme; también era cierto que Carla nos había hecho la pregunta a los dos. Le hablé a mi ex, pero sin apartar los ojos de Carol, pues quería que ella me mirara para asegurarme de que estaba bien.

—¿Venís a cenar? —preguntó, como si no hubiera pasado nada entre nosotros, como si fuéramos viejos amigos, como si no la hubiera encontrado en la cama con otro. Con otro no, con mi amigo —. Vaya…

—Vaya, ¿qué? —quise saber.

—Que no pensaba que acabarías saliendo con ella. —No me gustó el modo despectivo ni la mirada que le dedicó a Carol. No me gustó nada.

—En realidad… —empezó a decir Carol, pero no le debíamos a Carla ningún tipo de explicación, así que la corté.

—Carla, ha sido un… placer volver a verte. —Esperaba que detectara la ironía en mi tono—. Nosotros nos vamos a cenar.

Sin añadir nada más di media vuelta, agarré a Carol de la mano y me dirigí a nuestra mesa.

Sonreí mientras caminaba, pues encontrarme con Carla había confirmado algo que ya sabía. No había sentido nada al verla. Absolutamente nada. Y cuando digo nada no me refiero solo a sentimientos románticos, quiero decir que ya ni siquiera sentí rabia. Carla había perdido por completo la capacidad que siempre poseyó de afectarme. Descubrir aquello me puso de muy buen humor.

Nos sentamos a la mesa que nos indicaron. Carol se disculpó para ir al baño y yo me recosté en la silla sonriendo. Por fin había conseguido una cita con ella. No podía decirse que las cosas entre nosotros fueran a la velocidad del rayo ni por el camino que a mí me gustaría, pero aquello era un paso y pensaba disfrutarlo.

Después de un rato esperando a que Carol regresara empecé a preocuparme, pues ya llevaba más de quince minutos en el baño. Estaba a punto de levantarme para ir a buscarla cuando la vi. Decir que estaba pálida sería quedarse muy corto, ya que parecía haber perdido todo el color. Me levanté con rapidez y me acerqué a ella.

—¿Estás bien? —pregunté agarrando su mano.

—No, la verdad es que no me encuentro bien —respondió apartando su mano de mi contacto.

—Pero ¿qué te pasa?

—Me gustaría volver a casa.

No hice más preguntas. En aquel momento ella parecía tener prisa por irse y yo, por mucho que quisiera quedarme a cenar, iba a llevarla a casa sin cuestionar nada. No quise saber qué le había pasado, pues Carol no parecía tener ganas de hablar, pero era verdad que al salir y durante el camino no pareció estar enferma. Es más, fue recuperando poco a poco el color. Hubo un momento en el que estuve a punto de interrumpir el silencio que se había instaurado entre los dos, pero pensé que ya tendríamos tiempo de hablar cuando llegáramos a casa de mi abuela.

El camino de regreso fue tenso y silencioso. Yo aún estaba intentando averiguar qué le había podido suceder a Carol para que se obrara aquel cambio de actitud en ella, ya que no terminaba de creerme que se sintiera mal.

Al llegar a casa encontramos en el salón a mi abuela con las chicas.

—¿Qué hacéis aquí tan pronto? —Fue lo primero que soltó mi abuela.

—No me encuentro bien, voy a meterme en la cama —susurró Carol.

—¿Qué te pasa, muchacha? —se interesó Sole.

—Es verdad que no tiene buena cara —corroboró Marga.

—Vaya, ¿quieres que te prepare algo? —preguntó mi abuela con preocupación en su voz.

—No, qué va, faltaría más.

—Si quieres algo puedo preparártelo yo; a fin de cuentas, no hemos llegado a cenar —me ofrecí.

—No, no tengo hambre. Seguro que mañana me levanto como nueva. Buenas noches.

Se despidió en general, sin mirarme ni una sola vez. La que sí clavó los ojos en mí fue mi abuela. Creo que esperaba una explicación por mi parte, aunque lo único que yo pude hacer fue encogerme de hombros. No tenía ni la menor idea de lo que le pasaba.

42. ¿Me había vuelto idiota?

Carol

Con la última persona que me apetecía encontrarme era con ella. No es que conociera demasiado a Carla, pero, si alguien podía terminar de anular mi ya frágil seguridad en mí misma, esa era ella.

Cuando Enzo se paró junto a su mesa yo quise hacerme pequeñita, pero fue aún peor cuando ella se refirió a mí como si Enzo jamás pudiera salir con alguien como yo. Como si Carla tuviera claro que aquello era imposible, pues ella sabía muy bien que él jamás había reparado, y mucho menos se había fijado, en mí. Tampoco ayudó que Enzo no aclarara nada. Que, a ver, era verdad que no estábamos juntos y que él no tenía que hacerme sentir mejor, que podía haber contestado yo, pero me dio la sensación de que se… avergonzaba de mí.

Por eso cuando llegué a la mesa me disculpé para largarme al baño. Necesitaba respirar y tomar un poco de distancia de todo. El problema fue que en el lavabo me encontré con ella.

—Hola, Carol.

—Hola, Carla —respondí seca.

—Quería pedirte perdón por el comentario de antes —dijo nada más verme—. Quizá no ha sido adecuado, pero es que no sabía que tú y Enzo estabais juntos. Tampoco es que tuviera que saberlo porque no lo he vuelto a ver desde nuestra separación; pero, bueno, que me enrollo y solo quería disculparme. —No había en su tono ni un ápice de maldad, rencor o rabia. Simplemente parecía sorprendida, nada más. Y fue justo eso lo que peor me sentó, porque, si lo hubiera hecho movida por el resentimiento, sus palabras no me habrían resultado sinceras.

—No te preocupes, en realidad no estamos juntos. Solo somos amigos —aclaré.

—¿Amigos? No creo que tú lo hayas considerado nunca solo un amigo, además conozco a Enzo y no te mira como… —No la dejé

terminar porque no quería saber lo que la ex de Enzo opinaba al respecto. No por nada, sino porque seguramente, si continuaba hablando, yo de alguna manera volvería a romperme.

—Bueno, llámalo como quieras, pero juntos no estamos. Me he alegrado de volver a verte, Carla.

—Igualmente.

Entré en el baño, bajé la tapa, comprobé que estuviera limpia y me dejé caer en ella. Analicé lo que había pasado esa noche. Yo me había metido solita en aquello, aceptando su invitación de ser amigos, yendo a cenar con él… Volviendo otra vez al punto de partida. Es que debía de ser imbécil o masoca o algo por el estilo, porque, de lo contrario, no se entendía que después de todo lo que Enzo me había hecho, de lo mal que lo había pasado, volviera a estar allí. Me agarré la cabeza entre las manos y reprimí un sollozo. Es que no podía ser, no podía ser cierto que otra vez hubiera albergado esperanzas con él, que otra vez me hubiera hecho ilusiones y que otra vez me estuviera enamorando. Pero ¿a quién demonios quería engañar? No se trataba de que volviera a sentir todo eso, la realidad era que nunca dejé de sentirlo.

Ser plenamente consciente de aquello hizo que me faltara el aire.

Intenté tranquilizarme, pero no ayudaba el hecho de haberme encontrado con su preciosa ex en el restaurante, tan alta, tan rubia, tan impecable... Que él no hubiera dicho nada y que después de verla pareciera haberle cambiado la actitud y estar de un humor excelente tampoco jugaba a mi favor. Y después estaba Simon, mi pareja —me recalqué mentalmente—, una pareja que parecía molesta porque me hubiera marchado y que esperaba que regresara en pocos días.

No sabía si era mejor salir ahí fuera y confesarle a Enzo que continuaba enamorada de él, callarme como siempre, o hacer la maleta lo más pronto posible y largarme de allí antes de necesitar años de terapia para superarlo.

Por el momento decidí que el primer paso era salir de aquel lavabo, pues había perdido la noción de tiempo. Luego le diría a Enzo que no me encontraba bien, cosa que no era del todo mentira, y me iría directa a la cama en cuanto llegara. Pasada la noche y con

la luz de un nuevo día barajaría las opciones que tenía y elegiría la que creyera menos mala, porque estaba claro que una buena no había.

♠

Por fin había logrado meterme en la cama. Enzo parecía haberse tragado que me encontraba mal, Olga no insistió en prepararme nada y las chicas me dejaron marcharme sin presionarme para hablar, cosa que agradecía enormemente.

Lo primero que hice en cuanto me tranquilicé un poco fue llamar a Simon. Sabía que, aunque para nosotros no era tarde, para él sí lo sería, ya que su hora de irse a dormir era bastante antes de lo que lo hacía yo. Casi con toda seguridad estaría durmiendo, pero yo tenía que hacer aquello, por mí, pero sobre todo por él. Quería hacer las cosas bien y no podía continuar con Simon, pues acababa de darme cuenta de que seguía completamente enamorada de Enzo.

—Hola —respondió al segundo tono. Yo respiré aliviada porque me hubiera cogido el teléfono y se me encogió el estómago por lo que aquello suponía.

—Simon, tenemos que hablar. —Y, sí, menuda frase de mierda había elegido para empezar aquella conversación.

—Tú dirás.

Si pensáis que Simon montó en cólera por lo mal que lo hice al dejarlo por teléfono —aquello era feo se mirara por donde se mirara —, pues no, se lo tomó con la misma flema que solía ser habitual en él. Terminó colgando después de despedirse muy educadamente de mí. Yo me quedé un rato mirando el teléfono como si no terminara de creer lo que acababa de pasar. Además de por la frialdad de Simon, que por mucho que no me pillara por sorpresa me había dejado un poco alucinada, fue por todo lo referente a Enzo: ¿de verdad había vuelto a cambiar mi vida por él? ¿Otra vez había dejado una relación por su culpa? ¿Me había vuelto idiota? Aquella podía respondérmela al momento, y es que, en lo referente a Enzo, nunca había dejado de serlo. Estaba claro que yo era de las que podían tropezar veinte veces con la misma piedra.

Sabía que no iba a ser capaz de dormirme, así que di vueltas en la cama, vi vídeos en el móvil y cuando ya era casi de madrugada pensé en levantarme para comer algo, pues a mí las preocupaciones o los disgustos no me cerraban el estómago, y os recuerdo que no había cenado. Estaba a punto de poner los pies en el suelo cuando unos suaves golpes en mi puerta me sobresaltaron.

Pensé que quizá se tratara de Olga, pero, cuando la puerta se abrió, Enzo apareció tras ella. En ese momento yo supe que estaba perdida.

43. El alma otra vez hecha añicos

Carol

Cerró la puerta con suavidad tras él. Olga debía de estar durmiendo y nosotros teníamos que ir con cuidado.

—¿Estás mejor? —susurró mientras se acercaba a mi cama y se sentaba en ella.

Yo no tenía ganas de hablar de lo que me había pasado aquella noche. No quería pensar en Carla ni en nada relacionado con ella, menos aún en cómo me hacía sentir a mí.

Iba a marcharme. Había decidido que haría la maleta esa misma mañana y regresaría a Londres, donde, aunque ya no tenía novio y seguramente tampoco trabajo, me esperaban mi cajita de cerillas y David.

Podría decir que al haber pensado desaparecer al día siguiente quise quemar todos mis cartuchos y tenerlo una última vez, pero la realidad fue que me acerqué a él sin pensar en nada más que en las enormes ganas que tenía de besarlo.

Cuando mis labios tocaron los suyos yo suspiré y él gruñó. Estuve a punto de apartarme, pues imaginé que no le estaba gustando, pero su mano agarró mi nunca y me acercó más a él. No tardé en subirme a horcajadas encima. Enzo acarició mi cuello con sus labios y mi piel se erizó, bajó poco a poco el tirante de mi pijama hasta que dejó al descubierto uno de mis pechos, lo miró durante unos instantes y después fue acercándose tan despacio que me desesperó un poco. Cuando creí que por fin haría algo con mi pezón, que ya hacía rato que estaba inhiesto, bajó su boca hasta la parte baja. Lamió y acarició todo el contorno. Debió de notar mi desesperación para que dejara de dar vueltas y acariciara lo que realmente quería porque dijo:

—Eres demasiado impaciente. —Y su voz sonó mucho más ronca de lo habitual.

Nada más terminar de decir aquella frase se metió todo el pezón en la boca y lo acarició con la lengua a la vez que agarró mi culo y lo acercó a la zona que los dos estábamos deseando que entrara en juego. Noté su dureza y me moví sobre ella buscando mi propio placer; cuando un gemido salió de mis labios él me tapó la boca.

—No es que a mí me importe que mi abuela se entere, pero quizá a ti te resulte incómodo que se pase todo el día de mañana haciendo alusión a esto. Algo que sucederá si no vamos con cuidado —murmuró, y yo cerré la boca de golpe.

Me levanté lo justo para deshacerme del pijama y de las bragas y él hizo lo mismo. Después volvimos a la misma posición en la que estábamos.

Yo deseaba profundamente aquello, de hecho, llevaba deseándolo toda la vida, pero tampoco era una inconsciente.

—¿Tienes un preservativo? —pregunté con la esperanza de que dijera que sí.

—Joder, no. No pensaba… —Menudo bajón—. Pero la última vez que me acosté con alguien fue contigo. Desde entonces me he hecho revisiones y estoy limpio.

Mi mente estaba demasiado nublada por el deseo como para mantener aquella conversación.

—¿No te has acostado con nadie en más de un año? —¿En serio?

—No, así que te agradecería que nos lo tomáramos con calma o esto no durará demasiado.

—Yo tomo la píldora y nunca lo he hecho con Simon sin preservativo.

—¿Entonces por qué la tomas? —preguntó desconcertado.

—No preguntes —respondí para, acto seguido, volver a besarlo.

No tenía ganas de explicarle lo íntimo que me parecía hacerlo sin nada, no cuando iba a hacerlo con él.

Bajé mi mano para agarrar su miembro e introducírmelo; sin embargo, él me paró.

—Espera un momento —casi rogó tumbándome en la cama y poniéndose sobre mí—. Ya te he dicho que vamos a tomárnoslo con calma, no tenemos ninguna prisa, ¿verdad?

La sonrisa que acompañó a aquella frase me derritió por dentro. Pero más me gustó verlo bajar por mi cuerpo, tan poco a poco que estuve a punto de gritar de pura frustración. Me sobresalté cuando mordió ligeramente una zona sensible de la parte interna de mis muslos y contuve un gemido —ya sabéis, por Olga— cuando posó su boca donde más la necesitaba. Subió una de sus manos hasta posarla sobre mi pecho y acarició mi pezón hasta que este se puso tan duro que el más mínimo roce en él me producía un placer que iba directo a la zona donde Enzo tenía puesta su lengua. Agarré, con toda la suavidad que pude, su pelo y lo guie solo un pelín más arriba. Un par de segundos después un exquisito placer inundó cada una de las células de mi cuerpo.

Enzo no apartó su boca de mí hasta que los últimos espasmos recorrieron mi cuerpo. Podría jurar sin temor a equivocarme que había sido uno de los mejores orgasmos de mi vida.

Respiré un par de veces para intentar serenarme y me incorporé un poco, apoyándome en los codos para poder mirarlo.

—Ahora me toca a mí —dije, y la voz me salió más ronca de lo que creí.

—¡Nooo! —casi gritó Enzo—. Después del despliegue que acabo de ver, si me tocas de esa forma no aguantaré nada.

Me dejó caer en la cama y él se tumbó encima de mí, no podría explicar la sensación que me recorrió el cuerpo cuando nos miramos a los ojos. Seguramente solo fue cosa mía, pero juraría que había algo en sus ojos que era la primera vez que veía, aunque estaba tan ocupada pensando en otras cosas que no lo supe interpretar.

Paró unos segundos en mi entrada antes de penetrarme de una sola embestida. Él gruñó con suavidad y yo jadeé.

—Tócate, Carol. Déjame ver cómo te tocas —suplicó.

Yo bajé mi mano hasta donde nuestros cuerpos se unían pensando que me resultaría imposible volver a correrme después de haberlo hecho hacía tan poco.

Pero, cuando Enzo encontró un ritmo constante que nos gustó a los dos, yo fui notando cómo mis músculos empezaban a contraerse y a temblar. El orgasmo casi me pilló por sorpresa y fue incluso más

intenso que el primero. Enzo me siguió cuando yo aún sentía los últimos coletazos de placer.

Después él se dejó caer sobre mí, aunque tuvo cuidado de no aplastarme.

—¡Joder! —susurró en mi oído, pero yo fui incapaz de abrir la boca.

Pasados unos segundos u horas, había perdido por completo la noción del tiempo, Enzo se tumbó junto a mí. Y fue acariciándome de forma lánguida y lenta. No iba a tardar en quedarme dormida. Mis últimos pensamientos antes de que aquello sucediera fueron que podría mentir y decir que lo que acababa de pasar no significaba nada para mí más allá de una noche de sexo, aunque llegados a aquel punto no merecía la pena, pues había sido una noche maravillosa. En mi caso intentaría dejar cada gesto y cada caricia grabados en mi mente para siempre, pues sabía que no volvería a repetirse.

Imaginé que para Enzo no tuvo nada que ver con lo que fue para mí. No negaba que se sintiera atraído, hacía tiempo que él lo reconocía, pero una cosa era que sintiera cierta atracción por mí y otra lo profundamente enamorada que yo estaba de él. Cada vez más, si es que era posible.

Por eso no iba a engañarme, no otra vez. No volvería a hacerme ilusiones bajo ningún concepto, por lo que simplemente disfrutaría de aquella noche y me iría al día siguiente con un puñado de recuerdos nuevos y el alma otra vez hecha añicos.

44. No había sido la mejor de mis ideas

Enzo

Me había quedado en trance. Quería hablar con ella, decirle que había sido maravilloso, pero me perdí en su cuerpo, en mi mano acariciándolo, y cuando logré reponerme ya se había quedado dormida.

Aparté mis manos de ella con reticencia; tuve que repetirme varias veces que no pasaba nada, que más pronto que tarde volvería a tocarla. Me incorporé despacio para no despertarla y me senté al borde de la cama amasando mi pelo entre las manos y pensando que no quería ni imaginar el momento en el que se marchara, así que lo saqué de mi cabeza y llegué a la conclusión de que intentaría aprovechar cada minuto junto a ella hasta que se alejara de mí.

Suspiré y me levanté, no quería que mi abuela me pillara allí. Aunque, tal y como le había dicho a Carol, no era por mí, sino porque ella tenía pareja y si mi abuela, a la mañana siguiente, le hacía algún comentario al respecto tendría que dar muchas explicaciones que estaba seguro de que no querría dar. Joder, Carol tenía a Simon esperándola en Londres. Aquel pensamiento me dolió por un buen número de motivos. Porque le había hecho a otra persona lo que tanto me dolió que me hicieran a mí, pero sobre todo porque ella quería a otro. Era triste darse cuenta de que había pasado de ser el amor de su vida a alguien con quien echar un polvo.

De todas maneras, no iba a comportarme como un cobarde; a la mañana siguiente hablaría con Carol, le explicaría lo que sentía y que ella decidiera qué hacer con eso. No podía dejarla marchar sin que supiera que me había enamorado de ella.

Me desperté pensando que habría dormido un par de horas, pero cuando miré el despertador me percaté de que eran casi las nueve.

Me levanté de un salto y me dirigí hacia la cocina, de donde venía un rumor de voces.

Tal y como imaginaba, allí me encontré con mi abuela y con Carol, que iba perfectamente vestida. Algo que me sorprendió, pues debía de estar despierta desde hacía rato.

—Buenos días —saludé al entrar.

—Buenos días —susurró Carol sin levantar la vista de la taza que tenía entre las manos.

—¿Tú no puedes vestirte un poco? —me regañó mi abuela.

No me había dado cuenta de que, con las prisas, había salido solo con los *boxers* puestos.

—Perdón —me disculpé—. ¿Hay café para mí? —No tenía ninguna intención de irme de allí para vestirme, tenía demasiadas ganas de estar cerca de Carol.

—He hecho una cafetera —indicó esta sin mirarme a la cara.

—A ver, chicos. Iba a dejaros solos, pero está claro que no tenéis ni idea de cómo solucionar esto. —Al pronunciar la última palabra, mi abuela levantó las manos y nos señaló a los dos.

—Abuela… —dije a modo de advertencia.

—Ni abuela ni leches, que después de lo que pasó anoche entre vosotros dos va y dice Carol que se vuelve a Londres. ¡Hoy!

—¿¡Qué!? —exclamé sorprendido. Me había quedado tan perplejo que ni siquiera le di importancia al hecho de que mi abuela se hubiera enterado de todo lo que sucedió la noche anterior.

—Pues eso digo yo —replicó mi abuela.

—Olga, ya estás bien y yo no puedo quedarme en tu casa eternamente… —murmuró Carol. Yo me veía incapaz de apartar los ojos de ella y de cada palabra que salía de su boca.

—Puedes quedarte en mi casa todo el tiempo que quieras y lo sabes. —Mi abuela parecía molesta por el simple hecho de que pusiera aquello en duda.

—Lo sé y te lo agradezco, pero tengo que volver.

—No tienes que agradecerme nada…

—¿Y qué pasa conmigo? —protesté interrumpiendo a mi abuela y un poco indignado.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Carol confusa.

—Ibas a irte sin despedirte, sin decirme nada, sin que hablemos de lo de anoche. —Me dio un poco igual soltar aquello delante de mi abuela; total, parecía estar al tanto de todo.

—¿De qué hay que hablar? —Y aquella pregunta por parte de Carol terminó de cabrearme. Me levanté de la silla y me acerqué un par de pasos a ella.

—Pues no sé, podríamos hablar de que me he enamorado de ti o de que ya no imagino mi vida sin que tú estés en ella. O podríamos comentar que siento mucho haber tardado tanto en darme cuenta de lo que siento por ti y de haberlo hecho cuando tus sentimientos por mí ya no son los mismos, parece que no nos ponemos de acuerdo en eso. O podríamos hablar de que me encantaría que te quedaras aquí y dejaras a Simon en Londres. Sin embargo, no voy a pedirte nada de esto porque creo que ya has renunciado a suficientes cosas por mí a lo largo de tu vida, así que lo único que quiero decirte es que espero que seas muy feliz, Carol, porque te lo mereces.

Un silencio denso se apoderó de la estancia, solo roto por un sollozo que, por supuesto, provenía de mi abuela, porque Carol aún me observaba con los ojos muy abiertos y sin reaccionar.

Tal vez declararme casi gritando, en medio de una cocina, en calzoncillos y con mi abuela delante no había sido la mejor de mis ideas.

45. Yo lo quiero a él

Carol

Un momento, ¿acababa de decir que estaba enamorado de mí? Pero eso no era posible. Intenté serenarme un poco porque quería preguntarle unas cuantas cosas y no me apetecía balbucear.

—Eso es imposible. —Fue lo primero que se me ocurrió decir.

—Te aseguro que no lo es —insistió él.

—Ayer al ver a Carla en el restaurante yo…, quiero decir, tú ni siquiera contentaste cuando ella insinuó… —Estaba intentando poner en orden mis ideas y mis preguntas. Me pareció que no lo conseguía.

—Porque no le importa con quién salgo o con quién dejo de salir. Porque Carla forma parte de mi pasado.

—Pero después de hablar con ella tú parecías estar de muy buen humor…

—Tienes razón, pero fue porque me di cuenta de que ya no me afectaba lo más mínimo. Descubrí que por fin había logrado pasar página y que Carla ya no significaba nada para mí.

Me agarré el puente de la nariz. ¿De verdad había pasado eso? ¿Cómo era posible que mi percepción de lo ocurrido hubiera sido completamente distinta?

Cogí aire, necesitaba asimilar lo que Enzo acababa de decirme. Pero lo que de verdad quería era que fuera real, me daba miedo volver a plegar las redes y tirar muros para que me hiciera daño otra vez. Necesitaba estar segura, pero no sabía si podía confiar al cien por cien en él.

—Mírame, niña —me pidió Olga al ver que yo dudaba. Me giré y dirigí mi mirada hacia ella—. No voy a decirte lo que tienes que hacer ni puedo asegurarte que mi nieto no vaya a volver a hacerte daño. Lo que sí puedo pedirte es que dejes a un lado lo que Enzo acaba de confesarte, quién te espera en Londres, qué harás mañana… Solo piensa en ti, en lo que tú deseas hacer, en lo que te

apetece o te sale del… corazón. Ya llevas demasiado tiempo pensando en los demás como para volver a ponerte en un segundo plano. ¿Qué es lo que tú quieres?

No había llorado con la preciosa declaración de Enzo, pero las palabras de Olga habían removido algo dentro de mí.

No tuve que pensarlo.

Ni un solo minuto.

—Yo lo quiero a él —le contesté a Olga sin mirar a Enzo, que hizo un ruido extraño con la garganta.

—Eso pensaba —susurró Olga acercándose a mí y abrazándome.

Yo me zambullí en aquel abrazo sin ser consciente de lo mucho que lo necesitaba. Me dejé llevar por el arrullo de aquella mujer que se había convertido en parte de mi familia.

—Mereces ser feliz, pero tampoco hace falta que le pongas las cosas demasiado fáciles. Lo ha hecho fatal.

—Abuela, te estoy oyendo.

—¿Te crees que si no quisiera que me oyeras lo habría dicho tan alto? Ahora os dejo solos —añadió separándose de mí y dejándome una extraña sensación de vacío. Caminó hacia la puerta, pero antes de salir se giró a mirarnos—. Creo que ya puedo marcharme sin que volváis a fastidiarla, porque madre mía con vosotros dos. Hay que ver lo trabajosos que sois, que he tenido hasta que fingir un amago de infarto para que no la jodierais.

—¡¡¿Que qué?!! —bramó Enzo poniéndose en pie, y yo clavé mis ojos en ella sin poder creer lo que decía.

—Sí, bueno… Luego me sentaré en el sofá, agacharé la cabeza y asentiré a todo lo que me digáis, incluso podréis darme una charla los dos de lo feo que es mentir sobre cosas tan delicadas, pero de momento terminad de arreglar lo vuestro, por favor.

Olga salió de la cocina y yo no sabía si reírme o gritarle por habérmelo hecho pasar tan mal pensando que algo le ocurría y por haber perdido mi trabajo y la relación que mantenía con Simon al ir a verla. Aunque, bien pensado, consiguió exactamente lo que se propuso, que fue un acercamiento entre su nieto y yo.

—No sé si eso ha sido una jugada maestra o la obra de una dictadora —espetó Enzo con cara de enfado—. Joder, lo pasé fatal

pensando en lo que le había ocurrido. Tanto que la voy a sentar en el sofá y va a tener que escucharme.

—Y yo pienso acompañarte, por supuesto.

—Espera que no las siente a las tres, porque estoy convencido de que Marga y Sole están metidas en el ajo.

—No pondría la mano en el fuego por ellas —añadí sonriendo, pues estaba convencida de que así era.

—Aunque de momento prefiero aclarar eso que acabas de decir. —Ante esas palabras de él se me borró la sonrisa de golpe.

—¿El qué? —pregunté haciéndome la tonta.

—Lo de que me quieres a mí —murmuró acortando la distancia que nos separaba.

—Ah, eso…

—Sí, eso.

En cuanto lo miré a la cara se lanzó a besarme y por primera vez desde hacía mucho tiempo no pensé en nada más que en ese beso. Mejor dicho, no pensé en nada que no fuera yo y lo que estaba sintiendo con ese beso.

46. Con eso me vale

Enzo

Después de besar a Carol durante un tiempo indeterminado en la cocina, descubrimos que mi abuela se había marchado, seguramente para intentar librarse de la bronca que sabía que íbamos a echarle, o tal vez solo para concedernos algo de intimidad. Con aquella mujer nunca se sabía.

Nos sentamos en el sofá del salón para hablar tranquilamente de lo que sentíamos y de lo que haríamos a partir de aquel momento, ya que había un tema que me tenía bastante preocupado.

—Carol, hay algo que me preocupa bastante. Mucho, en realidad —verbalicé mi inquietud en voz alta.

—¿El qué?

—No me gusta nada hacerle a otra persona lo que no me gusta que me hagan a mí. Pero es que en este caso le estoy haciendo algo por lo que yo lo pasé muy mal.

—No sé a qué te refieres —respondió confusa.

—Me refiero a Simon. No me gusta nada lo que le estamos haciendo. No quiero que lo nuestro empiece haciendo daño a terceras personas.

—Ah, pero es que eso no es así. Dejé a Simon antes de que tú y yo nos acostáramos.

—¡¿Qué?! ¿Cuándo? ¿Quieres decir que él… que nosotros…? —Me atraganté con mis propias palabras y no pude continuar.

—A eso le llamo yo ser buen comunicador. Lo que quiero decir es que por primera vez estamos solos tú y yo, sin mentiras, sin apuestas, sin venganzas.

—Es una pena, porque eras mi venganza perfecta.

—O no. —Carol sonrió y yo me perdí en su risa y en su boca.

—Perfecta sí eres —confesé sin poder apartar la mirada de ella.

—Pues para serlo has tardado un poco en darte cuenta, ¿no crees?

—Ah, pero ¿no te he dicho que a veces puedo comportarme como un auténtico imbécil?

Junté mis labios con los suyos y por primera vez la besé sin remordimientos, sin culpa, sin pesar. Y aquel beso me supo a gloria.

♠

Cuando mi abuela regresó de su comida con las chicas se hizo la loca, como si aquello fuera a servirle de algo. Carol me dijo que, tal y como habían salido las cosas, ella ya había perdonado a Olga y que veía más adecuado que habláramos los dos solos.

—Da igual lo que tardes en sentarte, sabes que vamos a tener esta conversación. Así que, cuanto antes empecemos, antes se acabará —le solté mientras mi abuela intentaba cambiar de tema.

—Hace tanto tiempo que nadie me regaña y que soy yo la que suelta los rapapolvos que no me hago a la idea. —Cuando finalmente se sentó (le costó otro rato más) yo me acomodé a su lado.

—Abuela, no quiero regañarte, solo quiero que entiendas lo mal que me lo has hecho pasar. Con eso no se juega, es una cosa muy grave.

—Ya lo sé, te pido perdón, pero es que no se nos ocurría nada más para haceros venir a los dos.

—Con ese «nos» entiendo que las chicas también están metidas en esto. —No me cabía ninguna duda al respecto.

—Eso ni se pregunta —refutó con suficiencia—. De verdad que lo siento, no pretendía preocuparte.

—¡Joder! Es que menudo susto.

—Ya me imagino.

Mi abuela levantó una mano y me acarició el pelo como cuando era un crío. Desde la llamada que me hizo a Londres para decirme lo del infarto me había dado tiempo a pensar mucho en ella. En todo lo que había hecho por mí y en lo poco que yo me sinceraba con ella. Creí que había llegado el momento.

—Aprovecho para darte las gracias y para decirte que te quiero. Debería decírtelo más a menudo, pero gracias por acogerme en tu

casa cuando estaba roto. Es un lujo tenerte en mi vida. —Paré de hablar porque se me había formado un nudo en la garganta.

—No, hijo, no. Te aseguro que el lujo es mío y sabes que yo también te quiero muchísimo. —Nos fundimos en un abrazo que mi abuela aflojó a los pocos minutos para mirarme a la cara con ese gesto habitual cuando iba a reprenderme, y me pregunté cómo lo había hecho para cambiar las tornas cuando iba a ser una conversación en la que era yo el que pretendía regañarla a ella—. Ahora vas a confirmarme que todo esto ha valido la pena y ha servido para algo y que por fin Carol y tú habéis arreglado lo vuestro.

—Debes reconocer que ha sido muy arriesgado sabiendo que ella estaba saliendo con alguien, tienes que…

—¿Has dicho estaba saliendo? ¿En pasado? —A mi querida abuela no se le escapaba ni una.

—Sí, lo he dicho en pasado.

—¡Lo sabía! —gritó victoriosa, por lo que yo no pude evitar sonreír.

—No, si al final voy a terminar dándote las gracias por montar todo esto.

—Si las cosas han salido bien, deberías.

—Han salido bien —confesé por fin.

—Pues no sabes cuánto me alegro. Sois dos de mis personas favoritas, que acabéis juntos me hace muy feliz.

—A mí también, abuela, a mí también.

—Eso sin contar que Carol se merecía este final.

—¿Y yo no?

—Tú no tanto.

—Vaya. Y yo tampoco lo llamaría final, pues acabamos de empezar.

—Va a salir bien —sentenció.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté sonriendo por la seguridad que parecía tener mi abuela en nosotros.

—Porque si no sale bien soy capaz de hacerte la vida imposible.

Me eché a reír por la cara que había puesto mi abuela al pronunciar esas palabras. Lo que ella no sabía era que ya había

descubierto por mí mismo lo que suponía vivir sin Carol, y no estaba dispuesto a volver a experimentarlo.

—No puedo prometerte que lo nuestro durará para siempre, depende de muchas cosas, pero lo que sí te prometo es que voy a hacerlo bien.

—Con eso me vale.

47. Nuestra historia de amor

Carol

Dos años después

Aquel era el día de mi boda y nada estaba saliendo bien.

A mi peluquera le dio un cólico de riñón y habían tenido que ingresarla. Y que conste que me sabía mal por ella, dicen que eso duele un montón y no soy tan mala persona. Así que no me quedó más remedio que buscar otra deprisa y corriendo. Estuve feliz al encontrarla, pues resultó más difícil de lo que creía, pero cuando salí de allí la felicidad se escurrió rápidamente. Me habían hecho un recogido que hacía que pareciera Joker de tan estirado que me habían puesto el moño. Ni que decir tiene que me lo quité nada más llegar a casa y me peiné yo misma. Después de varios intentos fallidos —se me daba fatal lo de recogerme el pelo— decidí dejármelo suelto. En fin, no quise que aquello me afectara; estaba a gusto con el pelo suelto, pensé. Pero, claro, la cosa no quedó ahí.

Mi vestido de novia era sencillo, nada de tul ni de vuelo. Un vestido largo con un poco de encaje, y ya. Por eso estaba cómoda con él y me lo puse antes de lo que hubiera debido. La catástrofe me estaba esperando agazapada en una esquina, así que, cuando salí de la cocina con un vaso de café en las manos y choqué con Olga, todo el contenido de mi taza acabó cayendo sobre él.

Por toda esa serie de desdichas había terminado sentada en la cama, que Enzo y yo habíamos compartido hacía ya tanto tiempo, intentando contener las lágrimas.

Cuando llamaron a la puerta pensé que sería Olga, pues la pobre me había pedido perdón un montón de veces, como si la culpa fuera suya y no mía por no mirar por dónde iba y por no ponerme el maldito vestido justo antes de salir de casa.

—¿Puedo pasar? —Nada más oír su voz mi boca dibujó un puchero.

—No deberías estar aquí, se supone que trae mala suerte ver a la novia antes de la boda —dije alzando un poco la voz para que me oyera a través de la puerta.

—¿Y nosotros somos de los que nos creemos esas chorradas? —preguntó, sacándome una minisonrisa.

—Pasa —cedí porque tenía razón.

Enzo se acercó hasta mí y se agachó para ponerse a mi altura.

—Cariño, mírame —me pidió, y yo alcé un poco la cabeza—. Entiendo que estés triste, de verdad que sí. Me encantaría poder arreglarlo, pero no puedo. Es una faena lo que te ha pasado. El pelo, el vestido… Pero hoy es nuestro día. Escúchame —dijo poniendo su mano bajo mi mentón y alzándolo un poco más para que nuestros ojos quedaran a la misma altura—, en unas horas estaremos casados y qué más da lo que lleves puesto o el peinado que te hagan. Somos tú y yo, preciosa. Eso es lo que de verdad importa.

—No voy a casarme en vaqueros —refunfuñé, aunque sus palabras habían calado en mí.

—Carol, no veo cómo podrías estar más guapa de lo que ya estás. Llevas el pelo perfecto y puedes ponerte el vestido malva que te compraste para la boda de tu hermano. Te quedaba espectacular.

—¿Tú crees?

—Estaba allí; no lo creo, lo sé. Cariño, estoy profundamente enamorado de ti. Pensé que no sería posible, pero cada día que pasa te quiero más. Deseo que nos casemos hoy, pero, si tú prefieres aplazarlo para cualquier otro día en el que estés mejor, sabes que no hay problema. Aunque te adelanto que nos iremos de luna de miel sí o sí, no pienso desperdiciar los días de vacaciones ni dejar de ver la casita de mi abuela, de la que tanto me has hablado.

—No. Tienes razón. Vamos a hacerlo —dije sonriendo y poniéndome de pie.

—Esa es mi chica. Te espero en el ayuntamiento. Soy el del traje negro. No te despistes.

—Después de lo que me ha costado conquistarte, no pienso dejarte ir.

—Así me gusta.

Antes de marcharse me besó y cuando la puerta se cerró tras él medité lo que acababa de decirme. Idealicé aquel día; ya sé, ya, era de las que solían idealizar días, personas, lugares… Luego llegaba la vida y me zarandeaba. Ante eso tenía dos opciones: o me amargaba por lo que había salido mal, o me centraba en que ese día iba a casarme con el hombre del que estaba enamorada, desde siempre, rodeada de toda la gente a la que quería.

Yo mejor que nadie debería de saber que las cosas no siempre salen como una quiere, pero, con lo que me había costado llegar hasta allí, pensaba disfrutar de mi boda y no iba a dejar que un vestido o un peinado me la arruinasen.



Cuando todo terminó debí reconocer que, para lo mal que había empezado, consiguió superar con creces todas mis expectativas y se había convertido en uno de los días más felices de mi vida. Imagino que, después de todo lo que me había pasado, solo me quedaba mejorar, pero la realidad fue que dejé de preocuparme por los detalles, los invitados y el resto del mundo y me centré en disfrutar junto a Enzo. Y fue maravilloso.

No recuerdo a qué hora terminamos, pero debía de ser bastante tarde, ya que la gente no parecía tener ninguna prisa por marcharse a su casa.

Llegamos agotados al piso en el que llevábamos viviendo desde hacía casi dos años, pues después de compartir casa con Olga durante un par de meses ella misma nos animó a que nos largáramos —palabras textuales—. El piso no resultó ser otro que el de mi hermano y mío, ya que Enzo y yo vimos que la mejor opción era dejar de alquilarlo y quedarnos allí, de esa manera estaríamos muy cerca de Olga.

Habíamos dejado la habitación de David tal y como estaba, solo cambiamos la cama individual por una de matrimonio para que cuando él y John nos visitaran pudieran quedarse allí. Nosotros teníamos un cuarto parecido en su casa de Londres.

Yo hacía tiempo que volví a mi anterior trabajo y estaba encantada, y Enzo se quedó en la sucursal de Madrid de la empresa de Londres.

Debíamos reconocer que las cosas nos iban bien. Muy bien.

—¿Qué se siente al ser la señora de Acosta? —Me giré para fulminarlo con la mirada y a él le dio la risa.

—Primero, que yo no soy la mujer de nadie, y segundo, que anda que no me parece fuerte que haya países en los que las mujeres pierden hasta su apellido para tener el del marido. —Incluso puse los ojos en blanco.

—Era una broma. Anda, ven aquí, que te desabrocho el precioso vestido que llevas. No llegué a ver bien el de novia, pero me resulta imposible imaginarte más guapa de lo que estabas hoy.

La vida y sus misterios habían hecho que aquel hombre, para el que fui invisible durante un montón de años, no dejara de decirme, en cuanto se le presentaba la más mínima ocasión, lo guapa que le parecía o lo mucho que me quería.

¿Tenía alguna queja? Ninguna en absoluto. Enzo y yo solíamos bromear con la manera en la que había comenzado nuestra historia, porque lo que empezó con una apuesta y más tarde con una venganza —según él perfecta, si me preguntabais a mí, una auténtica chapuza— se había convertido en una bonita historia de amor.

O, mejor dicho, en nuestra historia de amor.

Epílogo

Olga

Diez años después

Aquel día seguro que llegaba tarde, y eso que me había levantado casi de madrugada a preparar el desayuno para todos. Sonreí. Me encantaba que mi casa fuera el punto de reunión de los más pequeños.

David y John habían venido a pasar las Navidades, como siempre. Solo que aquel año venían acompañados del pequeño Dylan, un niño de apenas tres años que hacía seis meses que habían adoptado.

Sus primas estaban como locas con él y a mí me encantaba tener a los tres en casa. Los padres eran un poco reacios, pues decían que era demasiado follón para mí y para la edad que tenía. Lo que no sabían era que tener a aquellos críos correteando por mi casa me hacía sentir joven de nuevo.

Esa misma noche haríamos la cena de Nochebuena en mi piso, no había nada que me gustara más que reunir a todas las personas que quería alrededor de la misma mesa. Solo faltaba mi hija, la madre de Enzo, pero es que ella siempre había sido demasiado despegada y la excusa de vivir lejos pensaba que le servía para todo. Aunque no iba a dejar que aquello me estropeara el día.

Me encontraba tan absorta en mis pensamientos que casi no me percaté de que había llegado a la cafetería.

—Te noto ensimismada —dijo Sole.

—Es que no he dormido mucho, he tenido a todos los pequeños en casa.

—Ay, es verdad, que ya ha llegado David. ¿Qué tal el pequeño Dylan?

—Uff, es un niño adorable, sus primas están como locas.

—Y nosotras pensando que se pondrían celosas.

—¡Qué va, no pueden estar más entusiasmadas! Por cierto, ¿dónde cenáis hoy? —pregunté, porque con todo el follón que tenía

no les había preguntado antes.

—Pues yo en casa de Sole —dijo Marga.

Marga se había quedado viuda hacía poco y llevaba regular la soledad, por eso aquella mañana quería proponerles algo a las dos.

—¿Sabéis?, llevo días dándole vueltas a una cosa. Las tres estamos mayores…

—No tanto —protestó Sole.

—Bueno, un poco mayores —éramos más viejas que Tutankamón, pero decidí ser diplomática— y solas, por lo que se me había ocurrido que podríais alquilar vuestros pisos y veniros al mío, que es el más grande. Tiene cuatro habitaciones, así que podré continuar manteniendo la de los pequeños y dispondremos de un cuarto para cada una.

—No sé si… —me interrumpió Sole. Yo sabía que, de las dos, sería la que más pegas pondría.

—Un segundo, que no he terminado. Pensad que, si alquiláis vuestros pisos, con el dinero que saquéis y con lo que nos ahorraremos en gastos por vivir juntas, podríamos hacer ese viaje que tanto queremos.

Marga no dijo nada y yo supe que lo del viaje le había calado. Eso y que últimamente las dos se sentían muy solas. Yo tenía a Enzo, a Carol y a las niñas, que pasaban cada día por casa, pero ellas no contaban con nadie, pues el hijo de Marga vivía en la otra punta del mundo.

—Está bien, no es mala idea. Me lo pensaré —cedió Sole.

Yo miré a Marga y sonreí porque sabía que aquello era un sí. Me emocionó la idea de vivir las tres juntas, de hacernos compañía y de poder volver a viajar, pues últimamente nos costaba ahorrar para poder hacerlo con la frecuencia que nos hubiera gustado.

Pensé en lo importante que es, independientemente de la edad que se tiene, hacer planes de futuro, propósitos o ilusiones. Sí, debía reconocer que aquello prometía. Por eso no dejé de sonreír en todo el día.

♠

La cena de Nochebuena consistió en un montón de personas ocupando todo mi salón, en jaleo, en risas, en mucha más comida de la que éramos capaces de comer, en niños gritando por la emoción de la llegada de Papá Noel, en abrazos, miradas de cariño y en amor, mucho amor.

—¿Por qué sonríes, abuela? —preguntó Enzo acercándose a mí.

—Tengo muchos motivos para sonreír, niño. ¿Te parece poco la maravillosa familia que he reunido aquí?

—No, por supuesto que no. —Comprobé cómo mi nieto dirigía la mirada hacia su mujer y sus hijas, que estaban cuchicheando en un rincón.

—Lo estás haciendo bien —le susurré.

—Yo creo que sí —respondió inflándose como un pavo.

—Pero no se te ocurra dormirte —le solté a la vez que le daba un golpe en el brazo.

—Auch —se quejó, aunque estaba segura de que me había hecho más daño a mí que a él—. Ya sabes lo que siento por ellas, no pienso dormirme —dijo.

—Así me gusta.

—Te quiero, abuela. —Desde el susto que le pegué con lo del amago de infarto Enzo siempre encontraba la ocasión para decirme aquellas dos palabras. Casi que solo por eso valió la pena el engaño.

—Yo también te quiero, niño. —En realidad, por muy mayor que fuera, para mí siempre sería mi niño.

Cuando finalmente me senté y pude contemplarlos a todos, pensé en la existencia plena, larga y maravillosa que había tenido y en lo bonito que era saber que mis últimos años los viviría rodeada de todo ese amor.

Nota de autora

Esta novela es independiente y no tiene continuación.

Ahora ya estoy inmersa en otro proyecto que no guarda ninguna relación con este y con el que estoy disfrutando mucho.

Es la primera vez que no hago una historia de amor entre dos secundarios, pero es que el personaje de Olga me encantó y decidí que quería conocer su punto de vista, además de darle voz a una mujer más mayor de lo que suelen ser mis protagonistas y secundarias.

Deseo que disfrutéis tanto de ella como lo he hecho yo.

Si queréis saber más de mí y de mis personajes, podéis encontrarme en:

Instagram: @tamaramarin04

TikTok: tamara.marin04

Twitter: @tamaramarin04

Facebook: Tamara Marín o Tamara Marín Autora

Agradecimientos

Normalmente suelo ser más extensa en los agradecimientos, pero no quiero repetirme una y otra vez. Así que en esta ocasión seré breve.

A ti, mamá, porque fuiste y hubieras sido una abuela maravillosa. Te extraño cada día.

A mis hijas, por ser mis maestras de vida. No os imagináis la de cosas que me enseñáis cada día.

A las chicas de las cenas de los miércoles, qué maravilloso sería compartir con amigos la soledad que suele acompañar a la tercera edad. Nosotras ya lo tenemos hablado, jijij.

A Carol, por intentar sacar siempre la mejor versión de mí y por convertirte en amiga. Lo menos que podía hacer era ponerle tu nombre a una de mis protagonistas.

A mis lectoras, siempre a vosotras. No os hacéis una idea de lo que ayuda que dejéis un comentario sobre lo que os ha parecido la novela en cualquier plataforma o que recomendéis mis libros. Muchas gracias.

Música

Ya sabéis que no suelo oír música a la vez que escribo, pero sí durante el proceso de creación de la historia. Aquí os dejo las canciones que me han acompañado mientras daba forma a esta novela.

He escuchado en bucle la canción de *La salvación,* de Arde Bogotá.

También *Difícil olvidarte,* de Funambulista, y *Sincericidio,* de Leiva.

Otras obras de Tamara Marín

Lucía es una profesora de treinta años. Siempre ha sido extrovertida y ha tenido un fuerte carácter, por eso se dice a ella misma que, si ha sido capaz de superar encontrarse a su marido, en su propia cama, con otra, ese tal Lucas no podrá con ella.

¿Pero cómo se van a hacer pasar por pareja si no se tragan?

¿Quién ganará la apuesta?

¿Qué sucede con Sergio?

Y, lo que es más importante, ¿será Lucía capaz de dejarse llevar y hacer que ocurra?


Haz que ocurra
Tamara Marín

Olivia es una doctora que no ha tenido una vida fácil. Lo ha pasado muy mal en el amor y tiene el corazón blindado.

Ella no es ninguna princesa y no necesita que nadie la salve. Puede con todo.

Hugo es un policía paciente y cabezota, con un sentido de la protección demasiado arraigado.

¿Será Hugo capaz de llegar al corazón de Olivia?

¿Encontrará Olivia la capacidad de amar?

¿Conseguirán Hugo y Olivia dejar atrás sus miedos?


No soy una princesa
Tamara Marín

María tiene una familia que la quiere, una pareja y un buen trabajo. Es la chica perfecta, con la vida perfecta, pero algo en ella se rebela ante tanta perfección. Tendrá que aprender que para querer a alguien primero tiene que quererse a ella misma.

Álex es una persona paciente, que tiene muy claro lo que quiere y no duda en luchar por conseguirlo.

¿Podrá María deshacerse de esa sensación de vacío?

¿Por qué los dos tienen la impresión de que les falta algo?

¿Serán capaces de enamorarse, o tal vez nunca han dejado de estarlo?


Me quiero más a mí
Tamara Marín

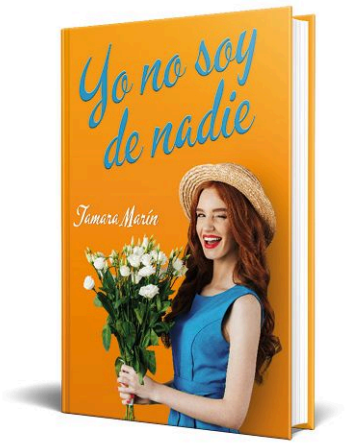
Alba ha tenido una infancia muy dura que le ha hecho no creer en el amor y no querer comprometerse con nadie, bajo ningún concepto. Ella no es de nadie. Tiene suficiente con su floristería, sus amigas y algún ligue de vez en cuando.

Mario es un hombre con un carácter fuerte y seguro de sí mismo. Solo hay una persona que consigue sacar lo peor de él. Una pelirroja llamada Alba.

¿Serán capaces de dejar a un lado la aversión que sienten el uno por el otro?

¿Podrá Alba superar su alergia al compromiso?

¿Qué pasará entre ellos para que no tengan más remedio que seguir viéndose?


Yo no soy de nadie
Tamara Marín

Eli es una educadora infantil de veintitrés años, joven e impulsiva. Le encantan los tatuajes, los piercings y la velocidad, no necesariamente en ese orden.

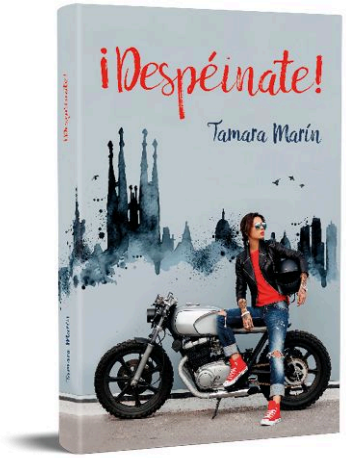
Ella vive «despeinada» y le importa bien poco lo que la gente opine.

Max es un bombero de treinta y cuatro años; serio, organizado, meticuloso y le gustan las mujeres parecidas a él.

¿Conseguirá Max apartar a un lado sus prejuicios?

¿Podrá Eli estar con un hombre tan opuesto a ella?

¿Serán capaces de dejar atrás sus diferencias?


¡Despéinate!
Tamara Marín

Lo que más le gusta en el mundo a Julia son los dulces, por ese motivo se dedica a hacerlos.

Es una mujer independiente y con carácter, hasta que algo hace que eso cambie.

Tocará fondo con su última pareja, por lo que no querrá depender nunca más de nadie, y mucho menos enamorarse.

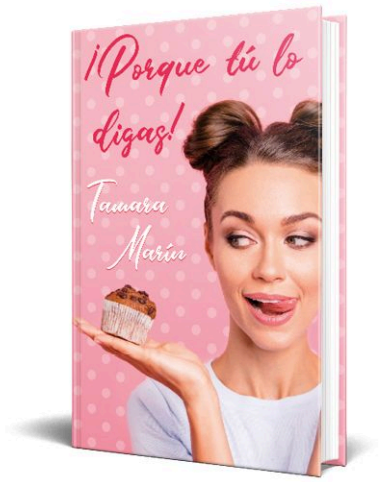
Marcos es un hombre seguro de sí mismo y algo gruñón. Después de vivir una dura experiencia, se prometió no volver a entregar su corazón a nadie. Tiene suficiente con su restaurante y sus relaciones esporádicas.

¿Logrará averiguar Marcos quién es esa chica que guarda tantos secretos?

¿Podrá Julia salir del bache en el que se encuentra?

¿Conseguirá Marcos reconciliarse con su pasado?

¿Serán capaces de sanar sus corazones rotos?


¡Porque tú lo digas!
Tamara Marín

La vida de Nix es como la de cualquier otra persona hasta que, después de un accidente de coche, todo cambia.

Diego es el jefe de una de las casas de El Círculo, una organización que la adentrará en un mundo totalmente nuevo para ella. Allí convivirá con Áurea, Tyr y Eros, entre otros.

Junto a ellos penetrará en el oscuro mundo de los lùth y verá por primera vez a Ares, quien cambiará su vida para siempre.

Pero lo más importante es que gracias a sus compañeros y a El Círculo conseguirá conocerse a ella misma, sabrá cuáles son sus límites y hasta dónde pueden llegar sus «capacidades».

¿Quiénes son los lùth?

¿Podrá Nix derrotarlos?

¿Serán capaces Nix y Ares de compartir su amor sin salir heridos? ¿O preferirá Nix el amor de Eros?


Los Lùth I
NIX
Tamara Marín

Anjana proviene de una familia adinerada y tiene un coeficiente intelectual muy superior a la media. Sin embargo, hay algo que siempre le ha preocupado: su necesidad de energía.

Tyr es miembro de El Círculo y está deseando conocerla, aunque la primera impresión no es demasiado buena.

Ella llegará a la casa sin estar conforme, pero no podrá resistirse a lo que Diego le ofrece.

¿Qué se trae Anjana entre manos?

¿Encontrará Tyr en ella a la pareja que tanto anhela?

¿Serán capaces de acabar con la amenaza que los acecha?

El esperado desenlace de la saga Los lùth ya está aquí. ¿Te lo vas a perder?


LOS LÚTH II
ANJANA
TAMARA MARÍN

Taira tiene veintiocho años, es taxista y le encanta su trabajo. Lleva media vida con Pablo, pero ya no aguanta más.

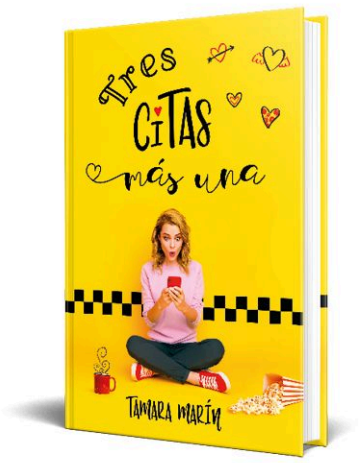
Después de tantos años sin tener una cita, la palabra Tinder le suena a chino. Aunque contará con la ayuda de su nuevo compañero de piso.

A Nico le encanta viajar y se ha pasado los últimos doce años de ciudad en ciudad. Pero, ante una inesperada llamada, deberá regresar al que era su pueblo y hacerse cargo del taller de su padre. Y es justo allí donde se reencontrará con quien lo hacía suspirar de adolescente.

¿Será Taira capaz de recuperar el tiempo perdido?

¿Podrá Nico asentarse en su antiguo barrio y dejar de huir?

¿Lograrán superar todos los obstáculos?

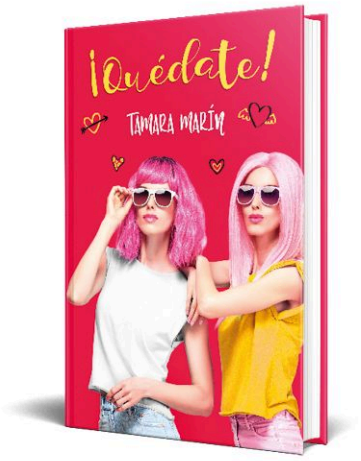

Tres
CITAS
más una
TAMARA MARÍN

Alma ha tenido mellizos y está sobrepasada, así que cree que lo mejor es separarse de Víctor, su marido y padre de sus hijos. Pero se percata rápidamente de que esa no es la mejor solución y se arrepiente casi en el mismo instante de tomarla.

Víctor acata la decisión de Alma sin inmutarse. Y concluye que lo mejor es rehacer su vida junto a otra persona. No cuenta con que los sentimientos que aún alberga por Alma lo asaltarán a cada instante.

Carlota trabaja para Manu y lo último que quiere y necesita es empezar una relación con un hombre como su jefe.

Manu dirige un local de copas y es un mujeriego empedernido. No entiende qué tiene Carlota para que se sienta tan atraído por ella.


¡Quédate!
TAMARA MARÍN

Emma tiene veintisiete años, es optimista, alegre y siempre intenta ver la parte buena de las cosas. Pero está pasando por el peor momento de su vida, por lo que decide huir de todo e irse a casa de su abuela, en un lugar perdido.

Gabriel dejó un trabajo que le entusiasmaba para hacerse cargo del negocio familiar, una pequeña casa rural, en un remoto pueblo de escasos habitantes.

¿Será capaz Emma de vivir allí o preferirá la ciudad?

¿Logrará Gabriel acercarse a ella sin salir herido?

¿Qué harán para cambiar sus vidas?


¡Yo me quedo AQUI!
Tamara Marín

Nani y Toni se reencuentran después de unos cuantos años separados.

¿Será suficiente el amor que se profesan para que lo suyo funcione?

¿Lograrán perdonarse y empezar de cero?

¿Podrá la magia de la Navidad volver a unirlos?

Este no es un típico cuento de Navidad. A su protagonista no le entusiasma en exceso esta época del año y por eso decide marcharse a Londres. ¡Grave error! Cómo acaba vestida de elfo y entregándole una carta a Santa Claus son cosas que ni ella misma entiende.

¿Quieres averiguarlo? Pues no te quedará más remedio que leer este relato.


Tamara Marín
LONDRES,
Navidad
y otros desastres

Brooke vive en un pequeño estudio situado en un bonito barrio de Nueva York. Tiene un buen empleo y una vida bastante tranquila.

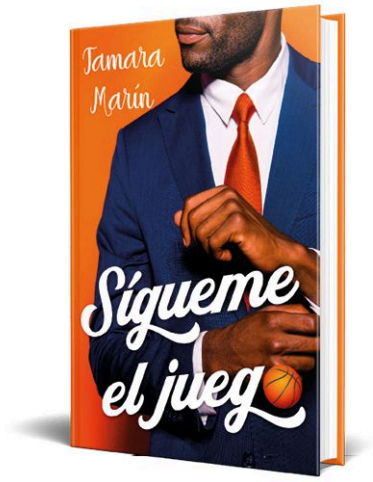
Sin embargo, esa calma se ve interrumpida cuando la despiden. Brooke deberá encontrar un trabajo con urgencia, aunque lo último que imagina es que acabará haciéndolo de cocinera, para un famoso jugador de la NBA.

Dan necesita con premura alguien que se haga cargo de su cocina si quiere continuar manteniéndose en forma. El único problema es que pide un montón de requisitos para ese puesto, como que la persona elegida sepa cocinar tortilla de patata y que él no sienta por ella ningún tipo de atracción sexual.

¿Conseguirá Brooke hacer frente a sus inseguridades?

¿Podrá Dan confiar en Brooke?

¿Serán capaces de superar las diferencias que los separan?


Tamara
Marín
Sígueme
el jueg

Jake es el mejor representante de Nueva York. Es frío, despiadado y jamás se deja dominar por ningún sentimiento. Por algo lo llaman el Depredador.

Sin embargo, es feliz con todo lo que ha conseguido. Le ha costado mucho, y más teniendo en cuenta sus orígenes.

Liz es una periodista ingenua y dulce que se mudó de un pequeño pueblo de Wisconsin a la Gran Manzana, haciendo realidad su sueño.

Por eso no puede consentir que Jake lo haga todo pedazos. Pero poco a poco se dará cuenta de que él tiene mucho más poder en esa ciudad de lo que ella creía.

¿Qué puede unir a dos personas tan diferentes?

Si crees que esta es la típica novela en la que el tipo duro salva a la inocente chica, es que no me conoces.


Tamara
Marín
Se acabó
el juego

Kate era una estupenda actriz, pero algo truncó su carrera de manera inesperada. Después de estar muchos años apartada de los focos, le ofrecen un papel que no puede rechazar. Sin embargo, una de las cláusulas hace que no le resulte tan fácil decir que sí.

Luke es un actor de películas de acción que se ve arrastrado a grabar un filme romántico. A pesar de que la idea no le entusiasma, decide aceptarla.

¿Podrá Kate regresar a ese mundo sin salir dañada?

¿Conseguirá Luke terminar el rodaje sin sentir nada por Kate?

¿Serán capaces de aceptar las cláusulas?

Lo que no sabe ninguno de los dos es que el rodaje de esa película cambiará sus vidas para siempre. Porque ¿y si lo suyo es un amor de película?


TAMARA MARÍN
¿Y SI SOMOS
UN AMOR
DE PELÍCULA?

Por casualidades de la vida, Victoria tendrá que cenar con un famoso cantante que jamás le ha gustado. Odia lo prepotente y egocéntrico que se muestra y lo que de verdad le gustaría sería que se fuera con la música a otra parte.

Leo es un cantante de éxito que lo último que espera encontrarse, en la cena que le han preparado, es a alguien como Victoria. Por ello moverá todos los hilos que hagan falta para que sea su acompañante en la gira que está a punto de comenzar.

Pero esta no es solo su historia. También es la de Aitana y Darío, el hermano mayor de Victoria, que no sabrá lo que tiene hasta que sea demasiado tarde. O tal vez no…

Una novela que nos habla de la familia;de cinco hermanos y de cómo los sentimientos pueden cambiar sin apenas darnos cuenta.


CON LA
música
A OTRA
parte
TAMARA MARIN

Jimena es una influencer de moda que empieza a recibir anónimos. No le da mayor importancia hasta que se da cuenta de quién puede estar detrás.

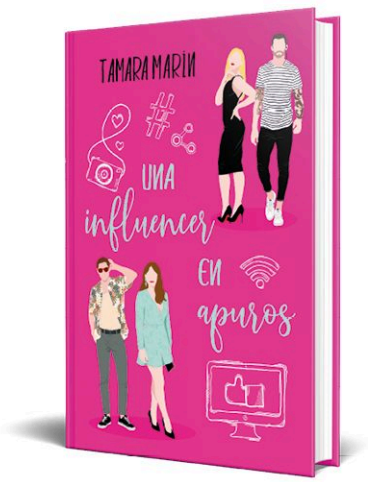
Héctor es el jefe de seguridad de Leo, pero Jimena le pide ayuda y él decide dejarlo todo para hacerse cargo de su protección.

Ella esconde un montón de secretos y él está dispuesto a descubrir cada uno de ellos.

Aunque no es solo su historia. También es la de Rocío, que, a pesar de llevar media vida enamorada de José, intentará seguir adelante, pues lo suyo es imposible.

Y la de José, que no es capaz de avanzar porque, a cada paso que da, el amor que siente por Rocío se lo impide.

Esta es una novela sobre la familia, pero sobre todo nos habla del amor y de la amistad. Es la historia de cinco hermanos y de cómo los sentimientos pueden cambiar sin apenas darnos cuenta.



Charlotte no ha tenido una vida fácil, y parece que esto no hace más que empeorar.

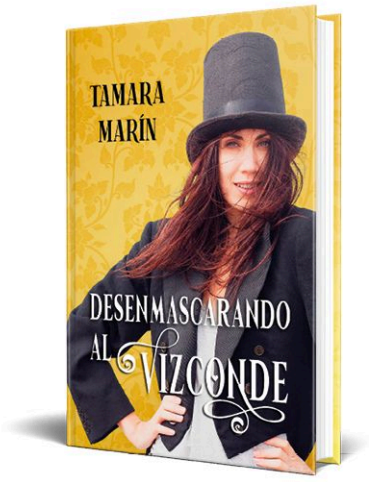
Por circunstancias de la vida acabará siendo más libre e independiente que el resto de las mujeres, sin embargo, el precio que deberá pagar por ello será elevado.

El conde de Devon hace su esperado regreso a Londres con un único objetivo en mente: casarse, tal y como le prometió a su padre.

¿Qué los llevará a pasar tiempo juntos?

¿Conseguirá el conde descubrir todos los secretos que esconde Charlotte?

¿Logrará olvidar aquello que siempre aseguró que no estaba dispuesto a perdonar?



A Arlet la han ascendido en el periódico donde trabaja. Hasta ahí todo bien, si no fuera porque el ascenso es en la sede principal, a muchos kilómetros de donde vive, y porque le han asignado la sección de moda, cuando ella no diferencia un escote barco de un palabra de honor.

Jon está al mando del periódico desde que su padre se jubilara. Es una persona responsable y metódica que intenta ajustarse a lo que todos esperan de él. Por eso no entiende qué le pasa cuando esa mujer, vestida con unos malditos tejanos, irrumpe en su vida y en su trabajo poniéndolo todo patas arriba.

¿Por qué motivo dos personas tan diferentes terminan convirtiéndose en amantes?

¿Serán capaces de controlar el inmenso deseo que sienten el uno por el otro?

¿Podrá Arlet dejar a un lado su pasado y entregarse por completo a él?

¿Logrará Jon averiguar cuál es el motivo por el que ella se comporta de una manera tan distante?



Lola ha aprendido desde muy pequeña a ser fuerte e independiente.

Trabajar como subinspectora en la comisaría donde su padre es el jefe ha reforzado esos rasgos de su carácter.

Ella solo quiere a los hombres para una cosa, y así le va muy bien, hasta que lo conoce a él.

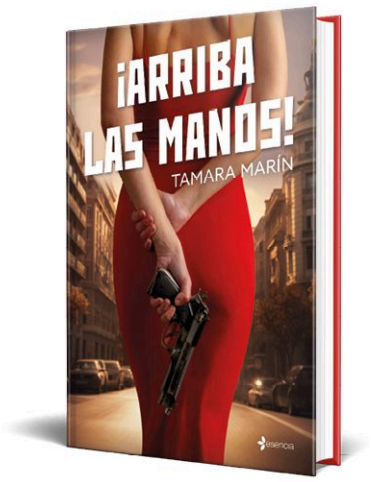
Cuando Nacho se incorpora a su nuevo destino laboral, lo último que espera es encontrase allí a Lola, la mujer con la que se había acostado la noche anterior.

Además, aún no saben que les tocará colaborar en un complicado caso, con mafia rusa incluida.

¿Logrará Lola dejar atrás todas sus convicciones?

¿Podrá trabajar Nacho con ella, apartando sus sentimientos?

¿Conseguirán salir ilesos de este caso?



El mismo día que dio a luz, a Elena la abandonó su pareja, que también era el padre de la niña que acababa de nacer. Desde entonces se ha convertido en una mujer disciplinada, metódica, inflexible y con una vida tremendamente ordenada y muy aburrida.

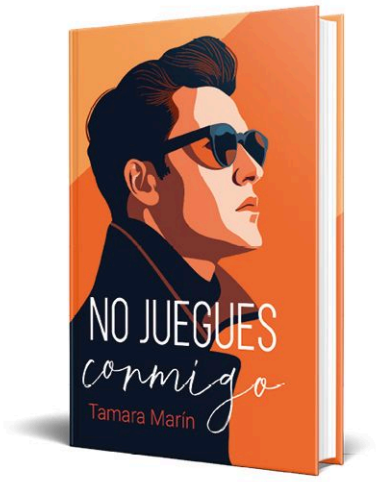
Asier es un jugador de fútbol al que su hermana y su entrenador ponen un ultimátum, pues no es la primera vez que tienen que pagar una fianza para sacarlo de la cárcel.

Elena es la abogada de Asier, aunque también se convertirá en la persona encargada de que este no vuelva a hacer nada que lo lleve a prisión.

¿Podrá Elena encauzar la vida de Asier?

¿O tal vez será Asier quien ponga patas arriba la vida de Elena?

¿Encontraran en el otro el equilibrio que ambos necesitan?



Tras una fatídica lesión, la vida de Lupe ha dado un giro inesperado. Tendrá que reinventarse para poder seguir adelante. Aunque no estará sola, pues contará con la ayuda de su médico.

Hace mucho tiempo que Mateo piensa que el amor solo trae complicaciones, por lo que vive dividido entre su trabajo y su hija.

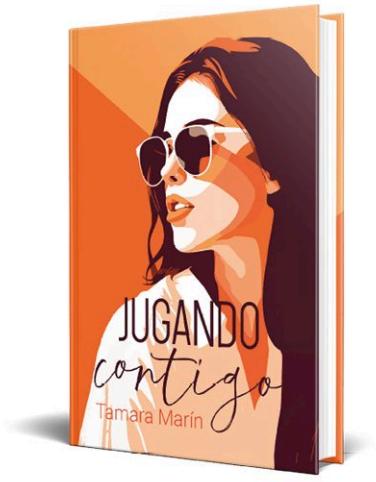
Lupe es una jugadora de fútbol con aspecto de chica dura. Mateo es doctor y padre de familia. La primera impresión es que no tienen nada en común. Sin embargo, entre ellos surgirá una inesperada amistad.

Una amistad que les hará replantearse un montón de cosas.

¿Podrá Lupe recuperarse de todo lo que la vida le tiene preparado?

¿Logrará Mateo volver a confiar en el amor?

¿Serán capaces de dejar a un lado su amistad cuando la atracción surja entre ellos?



Obligada por sus padres, Vera tiene que pasar el verano con su tía, a la que apenas conoce.

A Clara no le hace ninguna gracia que su hermana casi le imponga instalar a Vera en su casa durante tres meses.

Sin embargo, con cada verano que pasan juntas su relación se estrecha, gracias, en parte, a los libros.

Adrián tiene una vida difícil y la aparición de Vera solo conseguirá complicarla aún más.

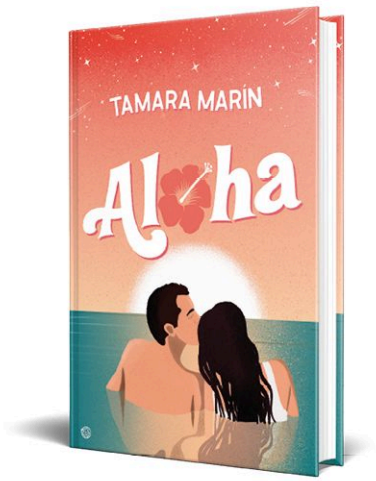
Iván es amigo de Clara y su socio en el Aloha. Lleva casi toda la vida enamorado de ella, aunque la propia Clara no se haya dado cuenta.

Unos cuantos veranos, un pueblo costero y distintas clases de amor.

¿Lograrán Vera y Adrián dejar a un lado todo lo que los separa?

¿Podrán Clara e Iván traspasar la línea de la amistad?

¿Conseguirá el Aloha unirlos a todos?



Desde que se ven por primera vez, Ismael y Cloe deberán lidiar con infinidad de mentiras y malentendidos.

Cloe no está dispuesta a dejarse seducir por un mujeriego empedernido y hará todo lo posible por evitarlo.

Ismael no entiende qué tiene esa chica de aspecto dulce para querer romper todas sus reglas con ella.

Cloe no sabe que Ismael es policía.

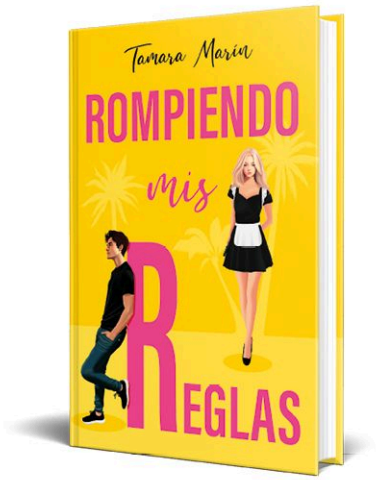
Ismael no sabe que Cloe será su perdición.

Dos policías, un nuevo caso y una investigación en la que nada es lo que parece.

¿Lograrán resolverlo?

¿Serán capaces de hacerlo sin resultar heridos?

Y, lo más importante, ¿qué harán con lo que sienten el uno por el otro?



Romeo y Julieta se ven por primera vez en el entierro de Francesco, el padre de ella. Sin embargo, ninguno de los dos imagina lo que se le viene encima.

Julieta no da crédito a las cláusulas que su padre ha dispuesto en el testamento, con unas condiciones imposibles para la herencia de su fortuna. ¿En qué demonios estaba pensando para obligarla a casarse con semejante personaje?

Romeo no logra imaginar castigo peor que el de tener que compartir su vida y su piso con esa pija estirada.

Aunque tiene una cosa muy clara: hará todo lo posible para que se largue antes de que pase el año establecido y así ser él quien cobre el dinero de Francesco.

Una herencia. Un precioso pueblo en la toscana italiana llamado San Gimignano. Y un matrimonio imposible. ¿O quizá no tanto?

